Grupo Editorial Portal



Rancho Collins LIBRO V

Disputa ENTRE VECINOS



Um romance Enemigos a amantes de

JÉSSICA MACEDO

Una novela de enemigos a amantes de

JÉSSICA MACEDO

Disputa ENTRE ¿vicinos

Rancho Collins LIBRO V

Grupo Editorial Portal

Copyright ©2025 Jéssica Macedo

Todos los derechos reservados. Está prohibido almacenar o reproducir cualquier parte de esta obra -física o electrónica- sin autorización previa de la autora. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley nº 9.610/98 y castigado en el artículo 184 del Código Penal.

Diseño gráfico de portada y contraportada

Jéssica Macedo

Consulte

Sonia Carvalho

Traductor

Matías San Miguel

Esta es una obra de ficción. Se han utilizado nombres de personas, acontecimientos y lugares que

existen o que existieron realmente en algún momento de la historia para ambientar la escena. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Resumen

Sinopsis
Capítulo uno
Capítulo dos
Capítulo tres
Capítulo cuatro
Capítulo cinco
Capítulo seis
Capítulo siete
Capítulo ocho
Capítulo nueve
Capítulo diez
Capítulo once
Capítulo doce
Capítulo trece
Capítulo catorce
Capítulo quince
Capítulo dieciséis
Capítulo diecisiete
Capítulo dieciocho
Capítulo diecinueve
Capítulo veinte
Capítulo veintiuno
Capítulo veintidós
Capítulo veintitrés
Capítulo veinticuatro

Capítulo veinticinco
Capítulo veintiséis
Capítulo veintisiete
Capítulo veintiocho
Capítulo veintinueve
Capítulo treinta
Capítulo treinta y uno
Capítulo treinta y dos
Capítulo treinta y tres
Capítulo treinta y cuatro
Capítulo treinta y cinco
Capítulo treinta y seis
Capítulo treinta y siete
Capítulo treinta y ocho
Capítulo treinta y nueve
Capítulo cuarenta
Capítulo cuarenta y uno
Capítulo cuarenta y dos
Capítulo cuarenta y tres
Capítulo cuarenta y cuatro
Capítulo cuarenta y cinco
Capítulo cuarenta y seis
Capítulo cuarenta y siete
Capítulo cuarenta y ocho
Capítulo cuarenta y nueve
Capítulo cincuenta
Capítulo cincuenta y uno
Capítulo cincuenta y dos
Capítulo cincuenta y tres
Capítulo cincuenta y cuatro

Capítulo cincuenta y cinco
Capítulo cincuenta y seis
Capítulo cincuenta y siete
Epílogo
Informazioni sull'autore
Leggi anche:
Social network (dall'editore)

Sinopsis

Un vaquero descarado y provocador.

Una niña mimada de ciudad.

Van a terminar como vecinos, dispuestos a volverse locos el uno al otro.

Liam siempre fue el más apasionado por la vida en el campo entre los hermanos Collins, el que más se dedicaba al próspero rancho familiar. Junto a su padre, cuidaba de los animales y se encargaba de toda la gestión de la propiedad. Pero en su tiempo libre, participaba en competencias de monta y le encantaba mostrar su cuerpo musculoso a las mujeres de la región. Mujeriego empedernido, el semental disfrutaba coleccionar conquistas. Era demasiado guapo para que a alguna le costara trabajo intentar atrapar su corazón salvaje.

Suelen Jones nunca pensó que dejaría su vida en la gran ciudad para irse a vivir al campo. Sin embargo, las deudas se acumularon y, para colmo, su hermano -su único pariente- murió, dejándole un rancho que debía administrar y un sobrino huérfano de apenas tres años.

Aprender a cuidar de una hacienda y criar a un niño no serán sus mayores desafíos cuando se cruce en el camino del mayor

seductor del pueblo.


Suelen
Jones

Capítulo uno

Llegué a casa exhausta después de un día horrible en el trabajo. Ser mesera en un bar lleno de borrachos definitivamente no era el empleo de mis sueños, pero sin estudios universitarios ni experiencia en otros sectores, era difícil conseguir algo mejor, por más que lo intentara de vez en cuando.

Después de que Cloé, mi mejor amiga, se casó, todo se volvió aún más complicado, porque ya no tenía con quién compartir los gastos del departamento, y se estaba volviendo imposible pagar el alquiler. Nunca fui del tipo de persona que ahorra, y cada vez estaba más endeudada.

Había una pila aterradora de cuentas bajo la puerta que ni siquiera me atrevía a tocar. Cobranzas del alquiler, internet y muchas otras amenazas de corte de servicios o incluso de desalojo. Intenté buscar otro lugar más barato para vivir, pero con el sueldo de mierda que ganaba, lo único que podía imaginar como opción era la calle.

Cloé decía que era demasiado orgullosa y que trataba de resolver todo por mi cuenta. Tal vez todo sería más fácil si pidiera ayuda, pero el único familiar que tenía era mi hermano mayor, y ya no teníamos la misma relación de antes, no desde que él abandonó su vida en Dallas para casarse con una ranchera perdida en medio de la nada.

Él podría haber tenido una carrera prometedora. Había conseguido una beca para estudiar Derecho en la universidad local, pero prefirió dedicarse a cuidar vacas y vivir en el interior del Estado. Por desgracia, tampoco le estaba yendo bien. Su esposa había muerto durante el parto de su hijo, y Austin estaba cuidando de la hacienda y del niño solo.

—¿Por qué no vas a vivir con tu hermano? —me sugirió Cloé un día, cuando me contó que iba a casarse.

La verdad es que me gustaba demasiado la ciudad como para irme a vivir en medio de la nada, como él hizo. Prefería seguir siendo terca antes que dar mi brazo a torcer y admitirle a Austin que no podía mantenerme por mi cuenta.

Claro que él me ayudaría, era mi hermano mayor, casi como un padre desde que nuestros padres murieron, pero siempre fui muy orgullosa.

Me quité las zapatillas de los pies doloridos, después de pasar horas de pie, y solté un profundo suspiro mientras tambaleaba hacia el viejo sofá lleno de agujeros.

Sí, necesito uno nuevo...

Pero considerando el alquiler y las cuentas atrasadas, eso no era una prioridad.

Empecé a desabotonarme el uniforme, loca por darme una ducha, cuando mi celular empezó a sonar.

—¡Ah, no jodas! —murmuré. No quería contestar, pero decidí hacerlo cuando vi el número en el identificador de llamadas. No era de alguien conocido, pero tenía el mismo código de área del lugar donde vivía mi hermano.

Pensé que tal vez Austin había cambiado de número o algo así. Era tarde, él solía dormirse mucho más temprano que eso, pero a veces se sentaba en la terraza y se ponía nostálgico, y terminaba llamándome para saber cómo estaba.

—Ya deberías estar en la cama —contesté con una voz burlona.

—¿Señorita Jones?

—Sí... —Me extrañó la voz masculina del otro lado de la línea. No era mi hermano, pero quien fuera, sabía que yo contestaría.

—Habla el sheriff Collins.

—Ah... hola... ¿Sheriff? ¿Acaso arrestaron a mi hermano?

Austin siempre fue demasiado correcto como para meterse en problemas, pero fue lo primero que se me vino a la cabeza al saber que un policía me llamaba.

—No.

—Ah, menos mal.

—Pero lamentablemente, no traigo buenas noticias. Lo picó una araña y sufrió un shock anafiláctico. La reacción fue muy rápida,

y él estaba en medio del bosque. Lo encontraron horas después, ya sin vida.

—¿¡Qué!? —Casi me dio un infarto al escuchar lo que dijo.

Austin era mi ejemplo, mi héroe. Siempre fue valiente y fuerte. Algo tan ridículo jamás le habría pasado a él.

—Lo siento mucho.

—¿Estás seguro de que es Austin? ¿Mi Austin?

—Sí, señorita.

—¿Picado por una araña? Él no sería tan idiota.

—Estaba partiendo leña y probablemente no vio al animal. Fue un accidente terrible, y su cuerpo ya fue trasladado a la funeraria local. Estamos esperando sus instrucciones, ya que usted es su pariente más cercana.

—¿Y Thomy?

—Su sobrino está al cuidado de los empleados del rancho, pero en ausencia de su hermano, usted se convierte en su tutora legal. Sé que no es un momento fácil. Le dejo mi número por si necesita algo. Necesito que venga a Fredericksburg.

—Está bien... —Estaba completamente en shock, sin poder pensar con claridad.

Mi hermano... Austin... No podía ser cierto...



Liam Collins

Capítulo dos

Sostuve la cuerda con un poco más de fuerza y levanté una mano para mantener el equilibrio mientras me acomodaba sobre el lomo del toro. El sombrero que llevaba en la cabeza me hacía sudar un poco, o tal vez solo estaba más nervioso de lo normal, ya que esa era la última competencia del día.

El animal debajo de mí era considerado uno de los más peligrosos del rodeo; si lograba aguantar los ocho segundos, aseguraría mi victoria.

La alarma sonó y la puerta de hierro se abrió. El toro salió dando saltos y se detuvo en medio del cercado, sacudiéndome con fuerza sobre su lomo. Necesité usar cada vez más fuerza y equilibrio para seguir encima de él. Esos pocos segundos se sintieron eternos mientras me sacudía tanto que el sombrero terminó cayéndose al suelo.

Tan pronto como los que me estaban viendo empezaron a gritar, me di cuenta de que el tiempo ya había pasado y salté del animal, rodando por el suelo de tierra y recogiendo mi sombrero, que había caído cerca de la cerca.

Me subí a la reja con los brazos en alto y la multitud gritó conmigo. Estaba lleno de mujeres, y algunas aprovecharon el

momento para tocarme los brazos y el abdomen por debajo del chaleco de cuero. A ninguna pareció importarle el sudor mientras se daban su gusto.

Les guiñé un ojo justo cuando el locutor me llamó.

—¡Liam Collins! —gritó mi nombre, y todos comenzaron a gritar aún más, enloquecidos por mi actuación—. ¿Cómo te sientes al ser campeón una vez más?

—Cada victoria trae una emoción distinta. —Intenté sonar modesto mientras todos me miraban.

Después de toda la celebración, fui a encontrarme con mi familia. Ellos habían estado mirando desde las gradas. Estaban mi papá, mi abuelo, mi mamá, mi hermano Malcon y sus dos hijas. Según él, el recién nacido aún era muy pequeño para tanto alboroto, así que se había quedado en casa con la mamá.

—¿Lo hice bien, no?

—Bájale un poco, hermano. —Se acomodó el sombrero.

—¿Estás herido? —Mi mamá me revisó con la mirada de pies a cabeza, buscando algún rasguño, como si todavía fuera un niño.

—Claro que no.

—Ya estás muy adulto para estas cosas, hijo —comentó mi papá.

—¡¿Me estás diciendo viejo?! Todavía tengo mucha fuerza.

—Fuerza... —Jasmine se rió.

—El tío es fuerte, ¿verdad, princesa? —Flexioné el brazo, marcando el tríceps, y ella se rió aún más.

—¡Hola, Judy! —Un niño de la edad de mi sobrina, o tal vez un poco mayor, se acercó a ella.

—¡Hola, Rick!

—¿Y tú quién eres, mocoso? —Lo sujeté del hombro antes de que se acercara demasiado a ella.

—¿Mocoso...?

—Liam. —Mi hermano me lanzó una mirada para que soltara al niño.

—Estoy protegiendo a mis yeguas.

—¿Yeguas? —Mi mamá frunció los labios.

—Liam, después de lo que hiciste con Zoe, mejor no exageres.

—Deberías estar de mi lado. —Encogí los hombros.

Hay mucho semental suelto por ahí, y mi hermano debería ser el más interesado en proteger a sus hijas.

—¡Hola, Liam! —Una mujer pasó junto a mí y me saludó con la mano. No tenía idea de quién era y tampoco me molesté en adivinar su nombre. Solo me importó que fuera morena, con el

cabello largo y un tremendo culo apretado en unos minishorts de jeans.

—Eres tú el que tiene que empezar a controlarse —murmuró Malcon.

—No soy el único semental suelto por aquí. Nos vemos en casa.

—¡Liam! —Mi mamá trató de detenerme, pero me alejé siguiéndole el paso a la morena hasta que me acerqué al grupo de amigas con las que estaba.

Todas se acomodaron los sombreros y el cabello mientras me sonreían.

—Hola, vaquero.

—Hola, chicas. —Me acerqué más y puse la mano en la cintura de dos de ellas.

—Hoy estuviste increíble.

—Todavía no han visto nada.

—¿Aguantas otros ocho segundos?

—Este jinete puede montar por horas. —Me humedecí los labios y ellas se echaron a reír.

—Así me gusta. —La morena me acarició el abdomen y se acercó para besarme en la boca.


Suele
Jone

Capítulo tres

—Mierda... —murmuré, al bajar del único taxi disponible en la terminal de autobuses del pueblo, y mi pie terminó hundido en un montón de lodo.

Había llovido durante la madrugada y todo el suelo tenía una consistencia pastosa y asquerosa. No necesitaba más de cinco minutos en ese rincón olvidado del mundo para recordar por qué jamás consideré irme a vivir con mi hermano.

En el fondo, había una parte de mí que todavía no lo perdonaba por haber renunciado a una posible carrera exitosa para quedarse en un lugar como ese. Para colmo, la mujer que él tanto amaba murió años después, y siguió cuidando la hacienda que había heredado de ella.

Con su muerte, no me quedó más remedio que venir a este agujero a resolver todo.

—¿Está todo bien, señorita? —preguntó el hombre del taxi.

—No, definitivamente no —murmuré.

—Siento mucho lo de su hermano. Austin era un buen hombre.

—Sí, lo era. —Suspiré.

Intenté seguir caminando hasta la entrada de la pequeña casa de madera, arrastrando mi maleta con ruedas, pero me vi obligada a quitarme los tacones cuando casi me tuerzo el tobillo al hundirme otra vez en el barro.

¡Qué asco! Puse una mueca horrible mientras sostenía mis zapatos con la otra mano. Esperaba no agarrarme alguna enfermedad por esto.

Subí las escaleras que llevaban a la entrada de la casa. Había visto ese lugar en fotos muchas veces, pero era la segunda vez que venía en persona. Después de la primera, Austin nunca logró convencerme de volver.

Dejé la maleta junto a una mecedora de madera y me limpié los pies en un felpudo antes de entrar.

—¡Hola! —llamé al darme cuenta de que la casa estaba abierta—. ¿Hay alguien ahí?

—¿Quién es? —Una señora se acercó desde la sala, secándose las manos con un trapo de cocina. Era bajita y robusta, con el cabello canoso recogido en un moño alto y un delantal con manchas de grasa.

—Soy Suelen...

—Ah, debes ser la hermana de Austin.

Asentí con la cabeza.

—Estaba esperando que llegaras. ¡Qué tragedia! Tu hermano era un hombre tan guapo y fuerte. Nadie habría imaginado que algo tan horrible le pudiera pasar. Pobre Thomy, ya no tenía mamá y ahora se quedó sin papá también.

—¿Dónde está?

—Conmigo, en la cocina.

—Ah...

—¿Quieres ir a verlo?

Asentí con la cabeza.

Todavía estaba asimilando todo aquello y tratando de no perder la calma. Desde que nuestros padres se fueron, Austin siempre fue el más responsable de los dos. Él ya era mayor de edad y cuidó de mí por bastante tiempo, y de cierta forma, aún lo hacía.

Pensar que ya no lo tendría en mi vida era terrible, y se volvía peor aún al imaginar que ahora él había dejado a un niño de tres años a mi cargo.

Ni siquiera podía cuidar de mí misma, ¿cómo iba a criar a un niño?

—Por cierto, me llamo Mary.

—Un gusto, Mary. —Le di una sonrisa forzada mientras me detenía en la puerta de la cocina y miraba al niño sentado en el

suelo, jugando con unas piezas de lego que trataba de encajar de una forma que no tenía mucho sentido.

Apenas notó mi presencia, soltó la pieza de plástico y ladeó la cabeza, observándome. Tenía los mismos ojos grandes y castaños de mi hermano, pero el cabello ralo era cobrizo, igual al de su madre.

—No deja de llamar a su papá —dijo Mary, tragando saliva—. No sé qué decirle. Ni siquiera sé si entiende lo que pasó.

—Hola, Thomy. —Me agaché junto a mi sobrino.

—Hola...

—¿Te gusta el juguete?

Asintió con la cabecita.

—Está bueno, ¿no? —Le sonreí.

—*Quielo* a mi papá...

—Sí... —Exhalé con fuerza, con el pecho apretado por la pena—. Yo también quisiera tener a tu papá, pero no va a volver.

Apretó sus labios finos y empezó a llorar.

—¡Papá!

Definitivamente tenía mucho que aprender sobre cómo tratar con niños. ¿Existía algún manual para cuidar de uno que caía del cielo en tu vida?

—Ahora somos tú y yo. —Intenté cargarlo en brazos para calmarlo, pero el niño no dejaba de llorar.

Por dentro estaba al borde de un colapso. Desde que el sheriff me llamó para avisarme de la muerte de mi hermano, supe que mi vida se complicaría aún más. No podía simplemente abandonar a mi sobrino, porque donde fuera que estuviera Austin, me odiaría por hacerlo, pero eso no significaba que supiera cómo cuidarlo.

—Papá...

—Ey, todo va a estar bien. —Intenté sonar optimista.

Me rodeó el cuello con sus bracitos y siguió llorando durante largos minutos, hasta que por fin se quedó más tranquilo. Pensé que se había calmado, hasta que Mary dijo algo.

—Se durmió.

—¿Ya?

—No tuvo una noche fácil.

Pobrecito, no fue el único.

—¿Dónde está su cuarto?

—Arriba, pero puedes dejarlo en ese corralito de ahí —dijo, señalando una estructura metálica rodeada por una red, con una base acolchada.

Acomodé mejor al niño en mis brazos y lo coloqué ahí con cuidado. Sentía que ni siquiera sabía cargarlo bien, y que tener que cuidar de un niño sería un desafío enorme.

Después de alejarme, arrastré una de las sillas de la mesa de madera y me senté en ella, estirando los pies descalzos y soltando un largo suspiro.

—¿Cansada del viaje?

—Así es, Thomy no fue el único que no durmió.

—Tu hermano va a hacer mucha falta.

—Sí... mucha.

—¿Ahora vas a mudarte aquí y hacerte cargo de todo?

—¿Mudarme?

—Sí. La hacienda necesita administración. Están los animales, la cosecha...

—No lo tomes a mal, Mary, pero yo no soy el tipo de mujer que puede vivir en un lugar como este. Para ser honesta, ni siquiera sé lo que tendría que hacer.

—Definitivamente tu ropa no es la más adecuada. —Soltó una risita al mirarme. Estaba sudada y con los jeans cubiertos de barro.

—Tuve que dejar los zapatos en la entrada.

—Necesitas un par de botas.

—¿Botas?

—Los tacones no sirven para andar por el barro.

—Me di cuenta, pero no pienso quedarme mucho tiempo.

—¿Qué piensas hacer?

—Resolver lo que sea necesario por aquí y volver a Dallas.

—¿Con el niño?

—Bueno, no puedo dejarlo, ¿no?

—Claro que no. —Tragó saliva, parecía algo triste con la idea de que él se fuera.

—Parece que eran muy unidos.

—Lo he cuidado desde que nació. Mi esposo y yo vivimos en una casita dentro de la propiedad. Yo mantenía todo limpio y ordenado mientras él ayudaba a tu hermano con los animales y el cultivo.

—¿No tuvieron hijos?

—Una hija. Se casó el año pasado y se mudó.

—Entiendo. ¿Sabes dónde queda la funeraria? —No quería pensar en eso, pero no podía evitar el tema por siempre.

—Al lado del registro civil, cerca de la plaza.

—Ah, claro.

Para ellos todo parecía muy simple, pero yo no tenía idea de la ubicación de nada. Esperaba que el GPS del celular me ayudara.

—¿Austin tenía algún auto?

—Una camioneta; está en el garaje.

—Necesito resolver todo esto.

—Espera a que termine el almuerzo y puedes ir. Yo me encargo del niño.

—Gracias.

No quería quedarme allí por mucho tiempo, aunque sabía que mi vida ya nunca volvería a ser la misma.



Liam Collins

Capítulo cuatro

—¡Sujétalo bien! —dije, al agarrar la pata del caballo, mientras Caleb mantenía firme la cabeza del animal para que pudiera limpiarle la pezuña y colocarle la herradura.

Intentó zafarse y necesité toda mi fuerza para mantenerlo quieto. Apreté los dientes mientras limpiaba el interior de la pezuña con una navaja.

—Eso es, buen chico. —Le di unos golpecitos en la panza.

—Una ya está. —Se rió Caleb, el veterinario que mi papá había contratado después de que Tatiana se fuera para casarse con mi hermano—. Faltan las otras tres.

—Y cinco caballos más.

—Exacto.

Pasé el dorso de la mano por mi frente sudada mientras miraba las paredes de madera del establo.

Me gustaba tratar con los animales y ocuparme del rancho, a diferencia de todos mis hermanos, que se habían ido y tomado rumbos distintos en la vida. A mi papá no le molestaba, y a mí tampoco. No me impusieron la responsabilidad de cuidar los

negocios de la familia, porque yo también podría haber elegido otro camino si me daba la gana.

—Escuché que te fue bien en el rodeo del sábado.

—¿Cuándo no me va bien? —Parpadeé.

—Se me olvidaba que el ego también es una de tus cualidades más fuertes.

—¿Vamos a terminar de poner las herraduras o no? —Cambié de tema.

—Claro que sí.

—Perfecto.

Tenía un poco de sueño, pero ya me había acostumbrado a dormir poco después de los rodeos. Mi forma de celebrar siempre se alargaba hasta bien entrada la madrugada, ya fuera detrás de algún muro o en la parte trasera de mi camioneta. Dos noches atrás no había sido la excepción. Me fui con la morena y sus amigas, y nos divertimos bastante sobre un viejo colchón delgado que yo tenía tirado sobre la parte trasera de la carrocería.

Me sorprendieron con lo flexibles que podían ser, y se me hacía agua la boca solo de acordarme.

—i¿Liam?!

—¡Sí!

—La otra pata, amigo.

—Okey.

Pasé toda la mañana con él en el establo, hasta que mi mamá me llamó para almorzar. Después volví para seguir con lo que quedaba.

Algunos podrían pensar que mi estilo de vida era algo rústico, pero a mí me encantaba llevar las cosas así. Trabajaba duro en el rancho y me distraía viendo a las yeguas pastando en los campos cercanos.

No necesitaba nada más para ser feliz. Mis hermanos se habían casado y parecían contentos con esposa e hijos. A mí me bastaba con tener sobrinos y seguir soltero.

Sabía que la mayoría de los tipos no quería compromisos, y yo era uno de ellos.


Suele
Jone

Capítulo cinco

Fui rebotando dentro de la camioneta hasta llegar al pueblito. El camino estaba lleno de baches y barro en varios tramos, pero por suerte la potencia del vehículo de mi hermano era suficiente para aquel terreno accidentado. Apenas sabía manejar en las calles asfaltadas de la ciudad, así que ahí se me hacía todavía más difícil. Sin embargo, el carro seguía pareciéndome una mejor opción que ir a caballo, ya que no tenía idea de cómo montar uno.

Austin había intentado enseñarme la vez que vine a visitarlo, pero no hice el menor esfuerzo y me rendí al instante.

Aseguraba que para mí ni siquiera valía la pena intentarlo. En ese momento seguía pensando lo mismo, porque quería salir de ese lugar lo antes posible. Solo esperaba que al regresar a casa todavía tuviera mi empleo, porque a mi jefe no le gustó nada cuando le dije que mi hermano había fallecido y que necesitaría unos días.

Sin esposa ni nadie más, todo recaía sobre mí.

Cuando el camino de tierra se convirtió en uno de piedras y adoquines, pronto vi la plaza y poco después, la fachada de la funeraria.

Estacioné el carro al frente y bajé, casi saltando al suelo, porque el vehículo era alto y yo apenas medía un metro sesenta.

—Hola... —dije al entrar en voz baja, mientras atravesaba el vestíbulo con una exposición de ataúdes de madera que me provocó escalofríos—. Hola... —Me detuve junto a una corona de flores y me encogí, sintiendo un sabor amargo en la boca.

—Eh... —Un tipo apareció en mi campo de visión. Esperaba ver a alguien que pareciera salido de la familia Addams, pero tenía una sonrisa amplia, el pelo canoso y vestía una camisa de cuadros de colores—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Suelen Jones, la hermana de Austin.

—Ah, sí. Te estaba esperando. Lamento mucho tu pérdida.

—Gracias.

—¿Quieres verlo?

—No sé... —Estaba tensa y con una punzada de miedo. Aunque fuera mi hermano, nunca me resultó fácil lidiar con el cuerpo de alguien, y me imaginaba que a la mayoría de las personas tampoco—. ¿Está muy hinchado por la picadura?

—La mano sí, pero la cara todavía no tanto. Ya pasó por el proceso de maquillaje y preparación, aunque con el paso del tiempo va a terminar hinchándose más.

—¿Y qué necesito hacer para autorizar el entierro?

—Tu hermano tenía un plan funerario. Solo tienes que firmar algunos papeles y autorizar que lo entierren aquí, en el cementerio

del pueblo.

—Está bien...

—¿Quieres hacer el velorio aquí o en el rancho?

—¿Puede ser aquí?

—Claro.

Aunque no tenía pensado quedarme en ese lugar, prefería que los recuerdos que la gente tuviera de mi hermano ahí fueran solo los buenos.

Lo seguí hasta una de las salas del fondo y vi a Austin en un ataúd con la tapa abierta. Se me llenaron los ojos de lágrimas de inmediato y me di cuenta de cuán terriblemente sola me sentía. Por más que no me gustara ese lugar, sabía que todavía podía encontrarlo ahí cuando necesitara un abrazo o que me pusiera los pies en la tierra. Al perderlo, ya no me quedaba nada.

Le agradecí al hombre que me ofreció unos pañuelos de papel para secarme las lágrimas.

Después del triste encuentro con el cuerpo de mi hermano, salí de la funeraria y caminé hasta la oficina del registro civil. El entierro de Austin no era la única cosa que tenía que resolver.

Apenas entré, un hombre con lentes redondos se levantó detrás de un mostrador de madera y se fijó en mí.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Soy Suelen Jones.

—¿La hermana de Austin?

Asentí con la cabeza.

—Vine para que me oriente sobre las medidas que debo tomar ahora con respecto a su patrimonio y a mi sobrino.

No es que hubiera venido por el posible dinero que Austin pudiera haber dejado, pero teniendo que criar a un niño de tres años, sin duda iba a necesitar ayuda. Mi hermano siempre fue mucho más responsable con las finanzas que yo.

—Austin no dejó testamento ni nada por el estilo.

—¿Quién a los treinta años está esperando morirse? —Solté con una sonrisa amarga. La respuesta era obvia, pero el chiste de mal gusto solo me hizo sentir peor.

—No lo tenía previsto, pero indicó que, si le pasaba algo, quería que tú cuidaras del niño. Como pariente más cercano y responsable legal, serás la tutora del pequeño Thomy hasta que cumpla la mayoría de edad.

—Entiendo. ¿Y los bienes que eran de mi hermano?

—Al no haber un testamento que indique su voluntad ni una designación de sus bienes, todo se transfiere al heredero legal, que en este caso es su hijo.

—Pero solo tiene tres años.

—Es la ley. Pero como tutora puedes administrar todo hasta que él tenga edad suficiente para hacerlo por sí mismo.

—¿Entonces puedo vender el rancho y llevarme a mi sobrino conmigo a Dallas?

—Vender no.

—¿Por qué?

—Necesitarás una autorización judicial para vender cualquier bien que ahora pertenezca a tu sobrino. Es una forma en la que el Estado protege el patrimonio de los menores y cuida sus intereses.

—¿Entonces no puedo vender nada?

Negó con la cabeza.

—Administrar sí, vender no.

—¿Y cómo se supone que voy a cuidar a un niño sin dinero?

—Hasta donde sé, el rancho es una buena propiedad con una producción rentable. Estoy seguro de que, si logras mantenerlo funcionando, no tendrás problemas financieros para cuidar del niño.

—¿Estás sugiriendo que me quede aquí?

—Así es, o puedes llevarte a tu sobrino y cerrar el rancho hasta que él decida qué hacer con él cuando sea mayor.

—Tiene que ser una broma —murmuré para mí misma, y el señor del registro no dijo nada más.

Si había algo que no quería, era quedarme ahí.



Liam Collins

Capítulo seis

—Pobre Austin Jones... —murmuró mi mamá mientras ponía el lomo asado en el centro de la mesa para nuestra cena.

—¿El Jones del rancho de al lado? —pregunté, inclinándome hacia adelante para tomar el plato y empezar a servirme.

—Murió por la picadura de una araña —completó mi abuelo.

—¿En serio? ¡Qué horror!

—Parece que era alérgico al veneno, la inflamación le cerró las vías respiratorias y se asfixió.

—¡Dios mío!

Si había una palabra que evitaba a toda costa en mi vocabulario, era "muerte". Me gustaba demasiado la vida como para pensar que podía acabarse, sobre todo de una forma tan trágica. La única vez que había lidiado con la pérdida de alguien cercano fue cuando falleció mi abuela, pero eso había sido hace muchos años.

—Fui a su velorio hoy. Qué tristeza. Era un hombre joven, y ya había perdido a su esposa.

—Tenía un hijo, ¿no? —preguntó mi papá.

—Sí, un niño de tres años.

—¿Y ahora quién se va a hacer cargo del niño?

—La hermana de Austin.

—¿Hermana? —Fue mi turno de mostrar curiosidad.

Conocía a todas las mujeres del rancho de al lado y, desde la muerte de Helena, la esposa de Austin, ninguna de ellas tenía menos de cuarenta años.

—Sí, llegó ayer.

—Hummm.

Entendí por qué no la conocía.

—¿Sabes cuántos años tiene, mamá?

—¡Hijo! —Mi papá carraspeó y me lanzó una mirada seria—. Mantén cerrada la cremallera de tu pantalón. La pobre acaba de perder a su hermano y tiene un niño del que ocuparse.

—Solo quería darle el pésame, papá. Austin era un buen tipo.

Mi abuelo se echó a reír y mi papá negó con la cabeza.

—Ojalá yo hubiera disfrutado tanto la vida cuando tenía tu edad —comentó mi abuelo.

—Yo creo que la disfruta demasiado. —Mi mamá frunció el ceño.

—Es joven y guapo, Francine.

—No le haría mal conseguirse una novia y calmarse un poco.

—¿Cómo que una novia, mamá?

—Ya le presenté algunas muchachas excelentes.

—Lo sé. —Mi sonrisa se ensanchó—. Me gustaron mucho. Todas me gustaron.

—¡Ay, Liam! —Ella bajó la cabeza y se frotó las sienes, negando con la cabeza—. Era para que elijas a una sola.

—Ahí está el problema, mamá. Hay muchas opciones interesantes.

—¿En qué fallamos contigo? —lo dijo mirando a mi papá, que solo se encogió de hombros sin saber qué responder.

—Jackson tampoco era un santo —le recordé, hablando de nuestro querido gobernador.

—Pero siempre amó a Tatiana y, por suerte, lo entendió antes de que fuera demasiado tarde y la perdiera.

—Estoy bien, mamá. No tienes que preocuparte.

—¿De verdad?

—Sí, tranquila.

—Disfrútalo entonces —murmuró mi abuelo, haciendo que mi mamá volviera a fruncir el ceño.


Suele
Jone

Capítulo siete

Me revolqué de un lado a otro en la cama de la habitación de huéspedes en la casa del rancho. Quería tener al menos una noticia alentadora después de la terrible noticia de la muerte de mi hermano, pero tras enterrarlo, todo estaba muy lejos de parecer más fácil.

Había algo de dinero en el banco y otro tanto guardado en una caja fuerte en su cuarto. Unos cuantos miles de dólares, que apenas alcanzaban para ponerme al día con los alquileres atrasados y otras deudas; jamás me alcanzaría para pagarle a una niñera que cuidara de Thomy mientras yo salía a trabajar. Llevaba meses buscando un empleo mejor, pero dudaba que fuera a encontrar uno como por arte de magia solo por tener un niño que cuidar.

Si me llevaba a Thomy conmigo a Dallas, lo único que conseguiría sería que nos desalojaran y termináramos pasando hambre. El rancho era autosustentable, la comida y un techo no serían un problema, además de que Mary estaría ahí para ayudarme a cuidarlo. Ella y su esposo trabajaban en la hacienda a cambio de un sueldo y un lugar donde vivir.

Odiaba con todo mi corazón la idea de quedarme en ese pueblito, pero cada vez lo veía más como mi única opción.

—Es solo temporal, Suelen. —Me aseguré a mí misma.

Con más calma, tal vez podría pensar en otra estrategia o incluso conseguir una autorización judicial para vender el rancho y usar el dinero para comprar algo en Dallas o en otra ciudad grande donde pudiera vivir con mi sobrino.

Escuché un llanto resonando por el pasillo, me senté en la cama, colgué las piernas por el borde y me froté los ojos somnolientos.

Caminé hasta el pasillo y encendí la luz antes de entrar al cuarto de mi sobrino. Estaba de pie en la cuna, sujetándose del borde con sus manitos regordetas y las lágrimas corriéndole por las mejillas.

—Hola, Thomy...

—¿Dónde está Papá?

—Yo también extraño a tu papá, pequeño. —Lo tomé en brazos y se calmó un poco, rodeándome el cuello con sus bracitos cortos y apoyando la cabeza en mi hombro.

Con él acomodado sobre mí, caminé por la habitación hasta detenerme frente a un mueble con un portarretratos que tenía una foto de mi hermano con su esposa. Ella estaba embarazada y con una panza enorme. Ambos se veían tan felices que nadie podría haber imaginado que todo terminaría de forma tan trágica.

—¿Qué te parece si duermes con la tía? —le pregunté a mi sobrino, y él asintió con su cabecita.

Me lo llevé conmigo a la habitación y lo acomodé a mi lado en la cama.

Estaba harta de tener que quedarme ahí, pero tuve que dejar mis necesidades de lado un momento y darme cuenta de que para él todo era mucho peor. Era un bebé que había perdido a sus dos padres y solo podía contar con una tía inadaptada que cuidara de él y de las cosas que mi hermano había dejado.

Me di cuenta de que tendría que esforzarme un poco más, no por mí, sino por él.

***

A la mañana siguiente, cuando Mary llegó a la casa, le dejé al niño y salí. Fui a encontrarme con su esposo para tratar de entender un poco cómo funcionaban las cosas en el rancho.

Podría no querer quedarme, pero la noche con mi sobrino al lado en la cama me hizo ver que no tenía opciones.

—¡Buenos días, señorita! —John me saludó con una sonrisa animada apenas me vio.

—Buenos días.

—¿Y eso en tu pie? —Frunció el ceño al mirar hacia abajo y notar lo que había improvisado para proteger mis zapatillas del

barro.

—Son bolsas.

—¿Por qué las amarraste así?

—No pagué caro por estas zapatillas para que se me llenaran de barro.

Se tapó la boca con la mano para tratar de contener la carcajada, pero no le salió muy bien.

—Es una buena alternativa.

—Fue lo mejor que se me ocurrió.

—Te recomiendo comprar botas.

—Sí, Mary me lo dijo, pero por ahora solo tengo esto. ¿Podemos empezar?

—¿Tienes experiencia en granjas?

—Ninguna.

—Lo imaginé. Tu hermano decía que no eras muy fan de la vida en el campo, que preferías estar en la ciudad con las uñas limpias y bien arregladas.

—¿Estás diciéndome que voy a ensuciarme las uñas?

—Los pies son solo el comienzo.

¡Mierda!

—El rancho produce principalmente leche y derivados. Hay unos cinco empleados además de Mary y yo, y todos son de la región. Algunos de nosotros estamos aquí desde antes de que el suegro de tu hermano muriera de cáncer... —John se detuvo y noté que sus ojos se dirigieron hacia la entrada, donde un hombre se acercaba a caballo.

Tenía unos brazos enormes, del tamaño de mis muslos, quizá por lo ajustada que llevaba la ropa. Su rostro estaba cubierto por la sombra del sombrero, así que desde ahí no podía distinguir bien sus rasgos.

—¿Ese también es empleado? —me arriesgué a preguntar.

John negó con la cabeza.

—No, es un Collins.

—No hables como si yo supiera quién es.

—¿Has oído hablar de Jackson Collins?

—¡Claro! Es el gobernador de Texas, voté por él para la reelección... ¿Estás diciéndome que son parientes?

—Hermanos.

—Ah...

—Los Collins son la familia más importante de esta zona y su rancho está justo al lado.

—Entiendo. ¿Y qué hace aquí?

—No lo sé...

—¡Hola, John! —El tipo saludó al empleado al girar el caballo y acercarse a nosotros.

Bajó del animal a pocos metros de distancia y se acercó más. Cuando levantó la visera del sombrero, pude ver mejor su rostro. Tenía el mismo color de cabello y ojos que el gobernador, pero parecía más joven, quizás de unos treinta años. Aunque solo había visto al gobernador por televisión, su hermano se notaba mucho más musculoso.

—¿Puedo ayudarte en algo, Liam?

—No. Solo vine a decir que lamento lo que pasó. —Se giró hacia mí—. Tú debes ser la hermana de Austin, ¿cierto?

—Sí.

—Lamento tu pérdida.

—Gracias.

—Si necesitas algo... —Me guiñó un ojo con picardía.

—Okay...

—Bienvenida a Fredericksburg.

—Gracias por la hospitalidad.

Su sonrisa se ensanchó de un modo que me provocó un cosquilleo en el vientre bajo, mientras un escalofrío me ponía en

alerta. Apenas se alejó, John me miró serio.

—Ten cuidado con él —advirtió, apenas el tipo se fue.

—¿Los Collins son corruptos o algo así?

—¡No! Toda la familia es buena gente, hacen mucho por el pueblo.

—Entonces ¿cuál es el problema con él? —Seguí mirando al tipo que se alejaba tan sigilosamente como había llegado.

—Digamos que es... mujeriego. Sobre todo con mujeres bonitas, solteras y jóvenes como tú.

—¿Estás diciéndome que es un idiota con las mujeres?

—Es una buena definición.

—Buen dato...

Ya tenía suficientes problemas como para meterme con un tipo que se creía irresistible y coleccionaba conquistas. Conocía muy bien al tipo: en Dallas me topé con varios así y siempre aparecía algún idiota en los lugares donde yo trabajaba.

Podría ser atractivo, pero no era el último hombre del planeta, como esos idiotas solían creerse.

—¿Por dónde quieres empezar? —John cambió de tema y dejé mis pensamientos de lado para prestarle atención.

—Por el principio.

El hombre soltó una risa.

—Vamos al establo.

—Okay.

Fue más fácil caminar por la tierra en ese momento porque el suelo ya se había secado, sin contar la hierba verde que cubría el lugar como si fuera una alfombra.

Había varias vacas lecheras en el lugar y John me explicó cómo se hacía la producción de leche que se vendía no solo en la región, sino también en otros Estados del país. También había algunos animales de engorde para la venta de carne.

Los cultivos eran principalmente para alimentar al ganado, pero también tenían una pequeña huerta y otros alimentos que los empleados consumían en el rancho, y las sobras se vendían en el pueblo.

Le agradecí a John por tomarse el tiempo para enseñarme todo con paciencia, casi como si fuera mi hermano. Traté de no mostrar lo poco que me gustaba todo eso, pero si iba a vivir allí, aunque fuera por unos meses, tendría que acostumbrarme al lugar.



Liam Collins

Capítulo ocho

—¿Dónde estabas? —preguntó Caleb, cuando desmonté del caballo cerca del corral donde solía dejar a los animales para que comieran y se ejercitaran.

—Fui a darle el pésame a la nueva vecina.

—¿A quién? —Frunció una ceja.

—A la hermana de Austin.

—Ah, el tipo que murió por la picadura de la araña.

—Sí.

—Apuesto a que es guapa.

—Me gustaría meterle la verga… —Me encogí de hombros.

—Eres terrible, Liam.

—La vaca está pastando justo al lado, tenía que ir a echar un vistazo.

—No hablas así con las mujeres, ¿verdad?

—Claro que no. —Me quité el sombrero y limpié el sudor que se me había acumulado alrededor del cabello.

—No te doy ni una semana antes de que ya estés revolcándote con ella por el pasto.

—¿Una semana? —Fruncí el ceño—. Una semana es demasiado tiempo, amigo.

—Así no va a quedar mujer en este pueblo para los demás solteros.

—No soy celoso. —Quité la silla del caballo y le di una palmada en la cadera para que saliera corriendo por el corral.

El veterinario me miró fijo y negó con la cabeza.

Me gustaba mucho mi estilo de vida y no veía razón para cambiarlo.

—¿Vas a domar a la yegua nueva? —Cambió de tema, o tal vez no, por un momento fue difícil saberlo.

—¿De cuál yegua nueva estamos hablando?

—La que está en el establo, la que llegó anoche en el camión.

—Claro. —Dibujé una sonrisa forzada.

—¿O vas a dejarla para tu papá?

—Mi papá ya no tiene edad para montar en animales bravos.

Yo, en cambio, me defendía bien. No había yegua que no se rindiera a mis órdenes. Sobre todo después de saber lo que era una montada mía.

—¿De qué te ríes?

—De nada. —Negué con la cabeza y me alejé del veterinario —. Apuesto a que tú también tienes cosas que hacer.

—Sin duda.

Lo dejé ahí y caminé hacia el establo, pasando entre las caballerizas. Todos esos caballos me conocían muy bien, estaban acostumbrados a mi presencia, excepto la recién llegada. Mi padre había comprado a la yegua de uno de los principales criadores del país. Tenía certificado de procedencia y sería usada principalmente para reproducción, con uno de nuestros machos premiados, pero antes de juntarlos, teníamos que calmarla.

—Hola, preciosa. —Extendí la mano hacia ella y traté de tocarla, pero el animal retrocedió varios pasos—. Sabes que tenemos que llevarnos bien, ¿no?

Relinchó.

No era el primer ni el último animal arisco que entraba a ese establo, pero siempre lograba domarlos, no sería distinto esta vez.

Abrí la puerta de madera que la mantenía encerrada e intenté acercarme más, pero solo retrocedió al fondo del pequeño corral.

—Vamos, preciosa. —Estiré la mano para tocar su cara y volvió a relinchar—. Tú y yo vamos a entendernos.

Volví a intentar tocar su rostro y ella giró la cabeza. Estaba más acostumbrado a tener problemas con las yeguas que con las

mujeres. Después de un rodeo, no me hacían falta más de treinta segundos de charla y un par de sonrisas para terminar montado sobre ellas.

Ya había perdido la cuenta de cuántas veces había pasado. Sin duda era mi forma favorita de celebrar después de una victoria en el ruedo. Para mis hermanos, especialmente para Malcon, yo solía excederme un poco, pero prefería aprovechar el pasto verde antes que dejarlo para otro.

—Vamos, preciosa. —Sujeté su cabeza con una mano firme y con la otra acaricié su melena, haciendo que se calmara un poco—. Eso es... buena chica...

Intentó alejarse otra vez, pero la mantuve firme hasta que se acostumbró a mi contacto.

Cuando se tranquilizó un poco, saqué una zanahoria del bolsillo y se la di como recompensa antes de ir a buscar la silla. Intenté acomodarla sobre su lomo, pero ella se sacudió y la tiró al suelo antes de que pudiera ajustarla.

—¡Ey, tranquila! —Volví a acariciar su rostro mientras ella se ponía otra vez nerviosa—. No voy a hacerte daño.

Tomé la silla y la acomodé sobre su lomo otra vez. La yegua golpeó el suelo con las patas, dejando claro que no le gustaba la idea, pero esta vez logré tirar de la correa y ajustar la estructura de cuero alrededor de su barriga.

—Muy bien...

Relinchó.

Me sujeté de la montura, puse el pie en el estribo y me impulsé hacia arriba para montarla. La yegua se agitó y casi me tiró al suelo, pero ya estaba acostumbrado a cabalgar animales mucho más bravos que ella.

La puerta de su caseta estaba abierta y salió dando saltos, haciendo todo lo posible por lanzarme al suelo.

—Tranquila, tranquila...

Acariciaba su crin con una mano mientras con la otra sujetaba con fuerza las riendas, manteniendo el equilibrio e intentando controlarla.

Saltó hasta el centro del corral, llamando la atención del veterinario, que se acercó otra vez para mirar. Sabía que estaba esperando que me cayera, pero yo era demasiado bueno para eso.

—Relájate, preciosa...

Todavía no tenía nombre, pero lo dejaría para otro momento, cuando no me estuviera sacudiendo como loca.

Sus patas subían y bajaban en un movimiento ondulante, haciendo todo lo posible por quitarme de encima. Hasta que se paró en dos patas, moviendo las delanteras hacia adelante, pero me

aferré con fuerza, dejando que entendiera que no sería tan fácil deshacerse de mí.

Volvió a apoyarse en las cuatro patas y resopló, relinchando, hasta que empezó a respirar con dificultad, demostrando que estaba cansada. Al poco rato ya caminaba a un ritmo más tranquilo, dándome vueltas por el corral.

Saqué otra zanahoria del bolsillo y se la ofrecí.

—No fue tan difícil.

Me quedé un rato más sobre su lomo hasta que se acostumbró a mi presencia, luego me bajé, me quité el sombrero y me acerqué a Caleb, que me observaba.

—Haces que parezca tan fácil.

—Tengo experiencia —me jacté, convencido.

—Quiero ver el día que encuentres una que te derribe.

—Eso no va a pasar.

—¿Seguro?

—Puedes apostarlo. —Le di unas palmadas en el hombro antes de saltar la valla y caminar hacia la casa principal.


Suele
Jone

Capítulo nueve

Mary preparó un almuerzo excelente, sencillo pero delicioso. Llegar a casa y tener la comida servida era algo a lo que fácilmente podría acostumbrarme.

Después de pasar el día recorriendo la hacienda con John, mientras me explicaba cómo funcionaba todo, me senté en el sofá con los pies doloridos. Podría parecer que no, pero era muchísimo más agotador que estar en una cafetería. Al menos aquí no había clientes fastidiosos ni borrachos mirándome el culo o intentando aprovecharse de alguna forma.

Me presentaron a algunos otros trabajadores, todos hombres, pero fueron muy amables y me recibieron con cortesía. Sabían que no era fácil para mí estar ahí y que venir de la ciudad solo hacía todo más complicado.

—Tómate un tecito —dijo Mary, acercándose con una bandeja mientras yo estaba recostada en la mecedora del balcón.

—Muchas gracias.

—No hay de qué. Era el té favorito de tu hermano.

—¿Mi hermano tenía un té favorito? —Me sorprendí.

Cuando Austin y yo convivíamos, solo lo veía con su cerveza favorita en la mano.

—Manzanilla, en los días fríos o estresantes.

—Qué bueno saberlo. —Tomé la taza de la bandeja y le di un sorbo—. Gracias.

—No hay de qué.

—¿Cómo pasó el día Thomy?

—Todavía está llorando, preguntando por el papá. Va a tomar tiempo que el niño se acostumbre a la ausencia de Austin.

—Como todos nosotros —suspiré.

—Tienes razón.

No era nada fácil recordar la muerte de mi hermano. Aunque ya no viviéramos juntos desde hacía tiempo, me daba cierta tranquilidad pensar que, de alguna forma, él estaría ahí si alguna vez lo necesitaba, aunque mi orgullo muchas veces no me dejara pedir ayuda. Con su muerte, estaba sola.

Bueno... no completamente sola.

Tenía a mi sobrino, y debía preocuparme por él.

Nunca había planeado tener hijos ni nada parecido, pero mi vida parecía no estar interesada en respetar mis decisiones.

—¿Podrías vigilarlo una o dos horas más si no es mucha molestia? —le pregunté a Mary, con una sonrisa leve.

—Claro, no hay problema. Estoy acostumbrada a cuidar al niño. ¿Quieres que llame a John para que te ayude con algo en la hacienda?

—En realidad, no. Voy al pueblo, necesito comprarme un par de botas.

—Tienes razón —dijo, mirando mis pies, aún cubiertos con bolsas de plástico gastadas, rotas por tanto caminar—. Sí que lo necesitas.

—Así es. —Me reí.

—Yo cuidaré de Thomy hasta que regreses.

—Muchas gracias.

Por más que no me gustara vivir en un rancho, tenía que admitir que las cosas podrían ser mucho peores. La propiedad funcionaba bien, no tenía deudas y era rentable. Además, todos los empleados estaban haciendo lo posible por integrarme y hacerme sentir bienvenida.

Me di un baño para quitarme el sudor y la tierra que tenía pegados al cuerpo, y me cambié de ropa antes de salir rumbo al pueblo.

Fui dando tumbos en la vieja camioneta hasta llegar a la plaza. Me di cuenta de que no había mucha ciencia: solo tenía que seguir la carretera principal, ignorando las bifurcaciones que llevaban a otras propiedades.

Estacioné el vehículo y entré a una marroquinería que estaba al lado de una pequeña farmacia y justo frente a un bar. El lugar me pareció interesante, pero tenía que volver por mi sobrino, así que conocer ese sitio y tomar una cerveza fría tendría que esperar.

El dueño de la zapatería era simpático. Me contó una breve historia sobre el cuero que se producía en la región y dijo que podía hacerme unas botas a la medida si quería, pero en ese momento solo necesitaba unas que no me apretaran los dedos.

Tenía algunos pares listos y uno terminó quedándome bien. Eran botas bajas, pero con caña larga. Parecían lo suficientemente resistentes para protegerme del barro y me sentí cómoda al ponérmelas.

—Están perfectas.

—Voy a tomar la medida de tus pies para hacerte otras.

—No hace falta.

—Insisto.

Era bastante terco, así que al final lo dejé hacer lo que quisiera.

—Está bien —dije, tomando mi pequeña bolsa y sacando la cartera. No tenía mucho dinero, pero esperaba que alcanzara.

—¿Cuánto le debo?

—Por estas, nada. Después me pagas las personalizadas.

—Pero, señor...

—No te preocupes, niña.

—Está bien. —Agradecí con una sonrisa.

Tenía que reconocer algo: me estaban tratando mejor en ese pueblo que en todos los años que viví en Dallas. Tal vez por eso a Austin le gustaba tanto este lugar y no quería regresar a la ciudad.

—Todos sentimos mucho lo que pasó con tu hermano.

—Fue una tragedia terrible. —Bajé la mirada, dolida.

—Sí, pero por suerte el pequeño Thomy te tiene a ti.

No estaba segura de si eso era tan bueno. Todavía me faltaba mucho por aprender sobre cómo cuidar a un niño, pero por Austin y por Thomy tenía que esforzarme. Mi hermano cuidó de mí cuando quedamos huérfanos, y ahora era mi turno de devolverle el favor.

—Una vez más, muchas gracias por las botas.

—No hay de qué.

—Que tenga un buen día.

Me despedí del señor y regresé a la camioneta. Todavía era tarde, pero el sol comenzaba a bajar. Respondí un mensaje del dueño del apartamento que alquilaba en Dallas. Quería que desocupara el lugar para poder alquilarlo a otra persona. Ya no me parecía una tragedia, porque había aceptado que aún no podía volver.

Él aceptó de inmediato cuando le dije que podía empacar mis cosas y enviármelas. Obviamente, seguiría cobrándome los alquileres atrasados, pero ese era un problema para otro momento. No tenía muchas pertenencias, quizás todo cabía en dos o tres cajas, ya que los muebles eran del dueño.

Después de resolver ese asunto, manejé de vuelta al rancho. Ya comenzaba a oscurecer, pero esperaba llegar antes de que se pusiera el sol. Por más amable que Mary estuviera siendo conmigo, no quería abusar. Thomy todavía iba a necesitarla mucho. Era un rostro familiar que no quería que desapareciera.

Iba conduciendo distraída cuando escuché el relinchar de un caballo. Había tantos animales como ese por la zona que no le di importancia, hasta que apareció justo frente a mí, saliendo de una bifurcación. Pero no estaba solo. Alguien venía montado sobre él: el mismo tipo que había visto más temprano.

Liam Collins...

Se acercó y tuve que reducir la velocidad para no atropellarlo a él y al animal.

—Hola, vecina —dijo, tocándose el ala del sombrero con una sonrisa amplia.

—Hola.

—¿Necesitas ayuda con algo?

—No.

Bajó del caballo, se acercó a mi ventana y se inclinó, quedando a unos pocos centímetros de mi rostro.

El cabello rubio, la barba sin afeitar, los ojos claros y ese olor a sudor lo hacían muy atractivo, pero John ya me había advertido sobre ese sujeto y yo no quería meterme en problemas. Ya tenía suficientes.

—¿Qué te parece si vamos a tomar una cerveza? —Me guiñó un ojo con tono seductor—. Como cortesía de bienvenida, claro.

—No.

—¿Qué? —Se desconcertó.

—No tengo tiempo para salir a tomar cerveza.

—Te aseguro que no te vas a arrepentir.

—Con permiso. Tengo que irme, mi sobrino me necesita.

Definitivamente no necesitaba más dolores de cabeza. Ya tenía suficientes con todos los problemas que estaba enfrentando. Podía resistirme perfectamente a una sonrisa linda y a un cuerpo de gimnasio.

—No nos va a tomar mucho tiempo…

—Que tenga un buen día, señor Liam.

—¿Señor? —Retrocedió cuando subí el vidrio de la camioneta, obligándolo a alejarse.

Encendí la camioneta y esquivé al caballo para seguir rumbo al rancho.



Liam Collins

Capítulo diez

Me quedé boquiabierto mientras la veía alejarse en esa camioneta azul.

Las mujeres nunca rechazaban mis invitaciones para salir. Bastaba una sonrisa y una frase atrevida y estaban todas a mis pies, pero esa simplemente me ignoró y se fue. Podría estar solo haciendo un juego, pero tenía que admitir que me molestó.

Algo desconcertado, regresé al caballo y me fui a casa.

Las mujeres no me decían que no. Quizás necesitaba un poco más de esfuerzo para domarla, no sería tan difícil.

Ya era de noche cuando bajé del caballo en el establo, y antes de llegar a casa, escuché el ruido de un helicóptero aterrizando en el campo. No sabía que Jackson vendría, pero fue fácil deducir que era él antes de acercarme.

Claro, el gobernador siempre tenía llegadas extravagantes.

Seguí el sonido hasta encontrar la aeronave apagándose antes de que se abriera la puerta. Mi hermano fue el primero en bajar y le tendió la mano a su esposa, que sostenía a la hija pegada a su cuello.

—¡Liam! —Tatiana sonrió al verme cuando nuestros ojos se cruzaron.

—Hola, cuñada.

Ella era una de las pocas mujeres del pueblo con las que nunca había tenido algo. Aunque mi hermano nunca lo admitiera, siempre se dio por hecho que ella perteneció a Jackson, incluso cuando solo eran amigos.

Pero debo admitir que era mucho mejor tenerla como veterinaria que Caleb, el establo se veía mucho mejor con ese cabello rojizo.

—¿Cómo está la princesa? —Me acerqué para ver a mi sobrina, que tenía los ojos cerrados.

—Dormida. Dentro de poco se despertará.

—¡Ey, hermano! —Me detuve frente a Jackson y me dio un abrazo.

—Hola.

—¿Cómo va todo?

—Bien. Mañana es el cumpleaños de Tati y ella quería pasarlo con los padres, así que organizamos venir para acá.

—Es una buena noticia. Nuestros padres estarán felices.

—Sí.

Caminamos juntos hasta la entrada de la casa. Mi padre estaba en la terraza, leyendo un libro, y se quitó los anteojos al notar nuestra llegada, levantándose para abrazar a Jackson y a su nuera.

—¡Qué bueno!

—Hola, papá.

—¿Por qué no avisaron que venían?

—Queríamos sorprenderte.

—Me gusta esta sorpresa. —Sonrió el viejo y abrazó a su primogénito con más fuerza—. Vamos a entrar, tu mamá ya debe estar terminando la cena.

Los dejé en la sala y me fui a mi cuarto a darme un baño. Estaba sudado y cansado de la rutina. Aunque amaba la vida que llevaba en ese lugar, no significaba que fuera menos agotadora.

Sin contar que estaba molesto. Esperaba que la recién llegada cayera fácil ante mis encantos, pero simplemente me dejó solo y se fue. El problema es que me gustaban los desafíos, para demostrar que podía domar a la bestia.

Cuando regresé a mi cuarto, con un short y secándome el cabello con una toalla blanca y esponjosa, me senté en la cama y tomé mi celular. Por las tareas del día a día, no pasaba mucho tiempo con el teléfono, pero siempre que lo tomaba, veía varios

mensajes de mujeres, no solo mensajes, sino también fotos y videos íntimos que me excitaban. Tenía muchas fotos de desnudos sin siquiera preocuparme en buscar. Aunque siempre prefería el contacto real, poder tocar, besar y morder.

No tenía de qué quejarme de mi vida. Todo seguía exactamente como más me gustaba.

—¡Liam, ven a cenar! —gritó mi madre desde el piso de abajo.

Abrí el armario y tomé una camiseta. La mayoría de ellas tenía mangas amplias para que entraran mis brazos, pero siempre me quedaban ajustadas. No pasaba mucho tiempo en el gimnasio como los chicos del pueblo, pero lo compensaba con las actividades en la finca, cargando peso y otras tareas que requerían fuerza.

Cuando bajé, la familia ya estaba reunida alrededor de la mesa. Entendía cuando mi madre decía que la casa se estaba quedando vacía. Jackson ya no vivía con nosotros desde hacía varios años, pero después de que Malcon se mudó con la pequeña Judy, y Brandon convenció a Cora de mudarse a Dallas, solo quedábamos yo, mis padres y mi abuelo.

No tenía ninguna intención de dejar ese lugar. Mis hermanos seguramente no se preocuparían por mantener el rancho, pero yo no me veía en otro sitio. Los rodeos eran un pasatiempo, y aunque ganaba algo de dinero, mi vida era realmente en ese lugar.


Suele
Jone

Capítulo once

—Aquí, vamos a encajar esto aquí. —Tomé una de las piezas de plástico y ayudé a mi sobrino a terminar un castillo de piezas de colores, al menos eso era lo que me esforzaba por imaginar, ya que ninguno de los dos tenía talento para la arquitectura.

—¡Iuju!

—¡Muy bien!

Thomy sonrió contento cuando las piezas encajaron.

Después de la deliciosa cena preparada por Mary, había tomado a mi sobrino, me senté con él en el piso de goma de la sala y lo llamé para jugar. Estaba muy lejos de ser como su padre, y eso era un vacío imposible de llenar, pero sabía lo importante que era que él sintiera mi presencia.

No había nada peor en el mundo que sentirse solo, y menos para un niño de su edad.

—¡Tía! —Tiró de la manga de mi camiseta.

—¿Sí?

—Dame más. —Señaló el balde de plástico lleno de piezas.

—¿Aquí?

—¡Sí!

Derramé más piezas en el suelo y él volvió a armarlas, sonriente. Eran formas algo sin sentido y otras simplemente cuadradas, pero solo por verlo sonreír en lugar de llorar pidiendo a su padre, eso ya me aliviaba.

No quería que Thomy olvidara a mi hermano, sin embargo, el sufrimiento por la ausencia de su padre era algo que quería alejar lo más posible, aunque sabía que no sería nada fácil.

No era madre, ni había convivido mucho con otros niños antes, pero me estaba esforzando por ser lo mínimo para él. Mary también me había dado varios consejos, con una hija criada. Ella sabía bien qué hacer.

Debo admitir que hasta estaba logrando acostumbrarme. La internet no era de las mejores y ni siquiera había abierto la computadora, pero debía reconocer que nunca me había sentido tan acogida.

La casa del rancho era un verdadero palacio en comparación con el departamento de un cuarto y un baño donde yo vivía en Dallas. Tenía una bonita vista a un bosque y al pasto. Incluso el atardecer ahí parecía más agradable.

—¿Te gusta vivir aquí, Thomy?

—¿Vivir? —Inclinó su cabecita mirándome—. Me gusta.

Estaba segura de que ni siquiera había comprendido mi pregunta, pero lo dejé pasar.

—Sí, las cosas van a estar bien aquí —admití.

Pero para eso necesitaba aprender a cuidar ese rancho. Eso ya era otro tema.

Para alguien como yo que solo estaba acostumbrada a tomar pedidos y entregar platos, tenía un gran desafío por delante.



Liam Collins

Capítulo doce

Como de costumbre, me desperté con el amanecer. Mi madre ya estaba preparando el café cuando bajé, pero no vi a mi padre ni a Jackson. Probablemente, seguían acostados o simplemente no habían salido del cuarto.

—Buenos días, mamá. —Le di un beso en la mejilla.

—Buenos días, Liam. ¿Tienes muchas tareas esta mañana?

—Lo de siempre. Empezaré poniendo comida a los animales en el establo.

—¿Podrías hacerme un favor después?

—¡Claro! Solo dime qué necesitas.

—Estoy terminando un pastel, ¿puedes llevarlo al rancho de los vecinos por mí? Quiero hacerles un detalle después de todo lo que pasaron allá.

—¿Solo llevar el pastel?

—Sí.

—Está bien. Alimentaré a los animales y volveré.

—¿No vas a tomar café primero?

—Lo haré antes de llevar el pastel.

—Está bien. Para entonces Jackson y Tatiana ya deben haber despertado.

—Debes estar feliz con ellos aquí.

—Por mí, no dejaría que mis hijos nunca salgan de casa.

—No hay espacio para todos, sobre todo porque no dejan de hacer hijos.

—Podríamos ampliar la casa...

—No es necesario, mamá.

—¿Y tú cuándo te vas a casar?

—Vuelvo en un rato. —Evité el tema y salí de la casa, no quería empezar esa conversación de nuevo.

Mi madre ya tenía suficientes nietos y nueras como para no preocuparse por mí.

Fui al granero, tomé unos rollos de heno y los coloqué sobre mi espalda, equilibrando el peso, y los llevé al establo. Llené los pesebres de los caballos, que pronto empezaron a masticar aquella paja seca como si fuera lo más sabroso.

Luego llené un balde con agua del pozo y lo llevé para ponerlo en los cubículos. Esa rutina era casi un ritual todas las mañanas. Aunque teníamos otros empleados que se encargaban de una propiedad de ese tamaño, siempre mantenía las tareas que tenía desde niño.

Cuando regresé a la casa, un poco sudado y con algunos trozos de heno pegados a la ropa, vi que mi familia ya había despertado. Isabela vino corriendo hacia mí y abrazó mi pierna.

—¡Tío, Liam!

—Buenos días, princesa. —Me incliné para levantarla en brazos.

Con los ojos verdes y el cabello que dejaba de ser rubio para volverse más rojizo, cada vez se parecía más a su madre. Jackson tendría que contratar un guardaespaldas para ella cuando estuviera un poco más grande.

—¿Qué es esto? —Tiró de los trozos de heno de mi ropa.

—Heno, comida para caballos.

—¿Ibas a ser comida para caballos? —Inclinó la cabeza, haciendo una mueca.

Al escuchar eso, Jackson se tapó la boca, pero no pudo evitar soltar una risa maliciosa ante la idea que pasó por su cabeza. Afortunadamente, su hija era demasiado inocente para entender ese tipo de maldad.

—No, el tío fue a poner comida para los caballos.

—¿Como cuando yo pongo comida para el pececito?

—Exactamente.

—¡Ah, qué bien! ¿Puedo ir?

—¿A poner comida conmigo?

Asintió con la cabeza.

—El día que puedas, yo te llevo.

—¡Yupi! —Celebró emocionada.

—Vengan a desayunar —nos llamó mi madre para que nos reuniéramos alrededor de la mesa.

Cuando Tatiana bajó, le deseamos feliz cumpleaños y la abrazamos.

—Gracias. —Sonrió para nosotros.

Después de la comida, tomé el pastel y me fui a entregárselo a mi vecina. Después de nuestro encuentro no tan favorable el día anterior, sería una buena excusa para verla.


Suele
Jone

Capítulo trece

Me desperté cuando Mary entró a la casa, afortunadamente ella tenía llave y no tuve que bajar a abrir la puerta. Todavía estaba somnolienta cuando aparecí en la puerta de la cocina frotándome los ojos con el dorso de la mano.

—¡Buenos días! —dijo, con una sonrisa amplia. Parecía mucho más animada que yo—. ¿Tuviste una noche difícil?

—En realidad, no. Thomy y yo estuvimos jugando hasta tarde y cuando se acostó en la cuna, se quedó dormido de inmediato. Está durmiendo aún.

—Eso es algo bueno.

—Sí. El solo hecho de no tener que escuchar su llanto pidiendo por mi hermano ya me deja más aliviada.

—Para los niños es más fácil acostumbrarse.

—Espero que sí. Aún me da mucha pena por él, si pudiera hacer algo para que Austin aún estuviera aquí...

—Lamentablemente, ninguno de nosotros puede.

—Así es... —Tiré de una de las sillas de madera y la acomodé cerca de ella en la cocina—. Qué bueno que te tenemos.

—No es para tanto —respondió con modestia, desviando la mirada mientras observaba el fregadero.

—Claro que sí. Mi experiencia con ranchos y niños es nula.

—Pero aprendes rápido.

—Estoy esforzándome.

—Eso ya es lo más importante.

—Espero que sea suficiente.

—Hacemos lo mejor que podemos y muchas veces fallamos, pero eso es parte de la vida.

—Tienes razón.

Escuchamos que golpearon la puerta de entrada y eso llamó nuestra atención.

—¿Será John? —Me arriesgué a adivinar.

—Él entraría por la puerta de la cocina sin golpear.

—Entonces, ¿quién puede ser?

—No lo sé. —Movió la cabeza.

Fuera quien fuera, golpeó nuevamente, impidiéndome ignorar.

—Voy a ver quién es. —Me levanté, pasando la mano por el cabello para acomodarlo lo mejor posible antes de enfrentar a cualquier desconocido.

Todavía me estaba acostumbrando al hecho de que todos en ese pueblo se conocían y sabían demasiado sobre la vida de los demás.

Nada era tan perfecto.

Cuando abrí la puerta de la sala, me encontré con esos ojos verdes. No era alguien que esperaba ver a esa hora de la mañana.

—¡Buenos días! —dijo, abriendo una amplia sonrisa que destacaba los rasgos firmes y cuadrados de su rostro.

Era difícil no quedarme mirándolo, porque provocaba un tipo raro de escalofrío que me dejaba desconcertada.

—¿Qué haces aquí? —Apreté los dientes, con un tono rudo—. Ya te dije que no quiero tomar una cerveza.

—¡Tranquila! —dijo en tono conciliador, dándose cuenta de que estaba dispuesta a darle una patada si era necesario—. Imagino que te gusta el pastel, ¿no? —Señaló el paquete que sostenía.

—¿Qué haces con un pastel?

—Mi mamá lo envía.

—¿Por qué?

—Hospitalidad.

—No necesito un pastel. —Intenté cerrar la puerta en su cara, pero antes de lograrlo, Liam la detuvo con la mano libre. Su fuerza parecía infinitamente mayor que la mía.

—¿No te enseñaron modales de donde vienes?

—Aprendí modales en el mismo lugar que tú.

—¿Qué estás diciendo?

—Nada. —Me encogí de hombros.

—Dale el pastel a Mary.

Era obvio que él sabía el nombre de la empleada del rancho, al parecer yo era la desconocida en ese lugar.

—Está bien. —Tomé el paquete de su mano—. Gracias. Dile a tu madre que me sentí halagada por su cordialidad.

—No parece que te hayas sentido halagada. —Apoyó ambas manos en el marco de la puerta y se inclinó hacia mí.

Era difícil no desconcertarme con esa montaña de músculos y su sonrisa conquistadora, pero ya había visto tipos como ese antes y siempre significaban problemas.

—Ya me han advertido sobre ti.

—¿Advertido? —Levantó las cejas, sorprendido por lo que dije.

—Eres el galán del pueblo.

—¿Galán? —Se rió.

—Sí.

—Estoy muy lejos de ser o parecer un galán.

—Estoy segura de que sabes a lo que me refiero.

—Puede que hayan exagerado un poco. —Parpadeó sin dejar de mostrar el encanto que emanaba de su piel bronceada.

—Lo dudo.

—Puedes descubrirlo por ti misma.

—Paso.

—Pero...

—Gracias por el pastel, seguro que no soy la única que tiene otras cosas que hacer.

—Yo...

—Que te vaya bien. —No dejé que terminara la frase.

Tomé el paquete y esperé que no viniera tras de mí, lo cual, afortunadamente, no ocurrió. Solo escuché el sonido de la puerta cerrándose antes de llegar a la cocina.

—Trajeron un pastel. —Lo puse sobre la mesa de madera cuadrada.

—¿Quién? —Mary se giró hacia mí mientras seguía colando el café.

—Los Collins.

—Ah, Francine siempre es tan amable.

—No sé si ella realmente tenga algo que ver con esto.

—¿Por qué no?

—Fue Liam quien lo trajo.

—Ah, John me dijo que él anduvo cerca de ti ayer.

—Tu marido ya me advirtió sobre la fama de ese tipo.

—John es un poco exagerado.

—¿Qué dices? —Me acerqué a ella y me apoyé en la esquina de piedra del fregadero de la cocina.

—Que si tuviera tu edad y no estuviera casada, aprovecharía un poco más la vida.

—Esa no me la esperaba, Mary. —Me reí.

—Él tiene edad para ser mi hijo, pero para ti es otra historia.

—Definitivamente no necesito más líos en mi vida.

—A veces un poco de caos está bien. —Se rió, lo que me hizo reír aún más.

Si hasta Mary caía ante ese tal Liam, ni quería pensar en cómo serían las mujeres solteras del pueblo.

—¡Tía! —Escuchamos un llanto proveniente del piso de arriba.

—Creo que ya tengo suficiente caos para lidiar.

—Tienes razón. Liam no es un hombre de una sola mujer.

—El plato demasiado disputado lo dejamos para quien tiene hambre. —Salí de la cocina y subí a ver a Thomy, que estaba llorando en la cuna.

Entré al cuarto y lo vi apoyado en la baranda, con los ojos hundidos y llorosos. La expresión del pequeño me partió el corazón. Definitivamente tenía asuntos mucho más importantes que atender que el galán del pueblo.

—Ey... —Tomé a Thomy en brazos y él me abrazó el cuello.

—Tengo miedo.

—¿De qué?

No respondió, solo apretó más fuerte mi cuello.

—Está todo bien, pequeñito. Tu tía está aquí contigo. ¿Vamos a ver a Mary?

Asintió con la cabeza y siguió abrazándome como un monito.

Thomy podría ser muy pequeño, pero tenía más razones para sufrir que mucha gente grande.



Liam Collins

Capítulo catorce

¿De verdad?

No sabía de dónde había salido esa mujer, pero era una bruja total.

Siempre había tenido una buena relación con su hermano. Austin era un buen tipo, siempre dispuesto a ayudar, y gracias a que nuestras propiedades estaban una al lado de la otra, resolvíamos muchas cosas juntos, especialmente problemas con las cercas.

Al principio, pensé que el aire femenino sería más agradable, pero podría estar completamente equivocado.

Ya me han advertido sobre ti... ¡Galan!

La que se lo perdía era ella.

—¿Cuál es el motivo de tu mal humor? —me preguntó Caleb, cuando bajé del caballo.

—Ninguno —mentí.

—No es lo que parece.

—¿No tienes trabajo que hacer?

—Estoy esperando la entrega de una partida de vacunas para ganado vacuno.

—Mmm...

—Te dio un plantón —concluyó por su cuenta, riendo.

—¿De qué hablas? —Fingí no entender.

—De la Jones que llegó al pueblo. A lo mejor hay alguna mujer que pueda resistir a tu encanto.

—Esas son puras tonterías. Todas me quieren. —No iba a ceder de ninguna manera.

—No todas...

Revolví los ojos, pero antes de que el tema continuara, vimos una furgoneta aparecer en el horizonte. Era blanca y llevaba el logo de un laboratorio veterinario. Supuse que eran las vacunas y que algo tendría que hacer Caleb que no fuera mencionarme el hecho de que Suelen no era exactamente el tipo de mujer que yo esperaba.

Tenía mucho trabajo que hacer, no iba a perder el tiempo con esa forastera.

Dejé que el veterinario se ocupara de las vacunas y me fui con otro empleado a revisar el techo del granero. Después de las lluvias de la semana pasada, tenía la sensación de que se habían formado algunos agujeros y no quería correr el riesgo de que el heno o los granos se mojaran y se pudrieran.

—Vamos a tener que cambiar algunas tejas, Liam —dijo Jules, después de subir al techo con una escalera.

—¿Cuántas? —Me ajusté el ala del sombrero para levantar la cabeza y evitar que el sol me molestara en los ojos.

—Tres... Compra cuatro para asegurarte.

—Voy a llamar a la tienda de materiales de construcción y confirmar si tienen.

—¡Genial!

—Ahora bájate de ahí. Ten cuidado de no caerte.

—Soy un experto en estas cosas.

—Mejor no tentemos a la suerte, amigo.

Asintió y tomó el camino de vuelta hacia el suelo firme.

Después de asegurarme de que el tipo no se iba a hacer daño, volví a casa y tomé mi celular. Llamé al dueño de la tienda de materiales de construcción y acordé recoger las tejas a primera hora de la tarde, junto con algunos otros artículos para reforzar el techo. Quizás me alcanzara el tiempo para pasar por la escuela y saludar a mi hermana pequeña.

Después de su boda, ella se mudó a una casa en el pueblo, en la misma calle que Malcon, y a unas pocas cuadras de la escuela primaria donde trabajaba.

La extrañaba tener cerca y aún no confiaba plenamente en Justin, pero las últimas veces que traté de meterme, terminé siendo el villano de la historia.

¿Y acaso tenía culpa de querer proteger a mi hermanita de un idiota que ya había jugado con ella antes?

No creía que él hubiera cambiado tanto y, definitivamente, no pondría las manos en el fuego por ese tipo. Sin embargo, mi familia veía la situación de manera diferente y me vi obligado a dar un paso atrás.

Pero siempre estaría ahí para romperle la cara si fuera necesario.


Suele
Jone

Capítulo quince

Después de haber dejado a Thomy bajo el cuidado de Mary, me puse mis botas nuevas y fui a encontrarme con John para otro día de trabajo en la finca. Puede que antes subestimara el trabajo de mi hermano, era mucho más agotador que servir mesas.

—¿Por dónde empezamos hoy? —pregunté, deteniéndome a su lado, estirando el cuerpo y levantando los brazos hacia arriba casi como si estuviera haciendo un estiramiento.

—El establo necesita ser limpiado. Desde la muerte de tu hermano no hemos tocado nada ahí, y los animales ya están empezando a ponerse inquietos.

—Ah, está bien...

La limpieza no era lo que más me gustaba hacer, pero no estaba allí para hacerme la fina.

John me indicó el camino para que lo siguiera hasta allí. Era una estructura de madera que ya había visto antes. Tenía un pasillo amplio con varias divisiones más pequeñas donde se encontraban los animales.

El olor no era el mejor y me hizo tapar la nariz. Mi estómago se revolvió, pero dudaba que el malestar terminara ahí.

—Hay una carretilla por ahí, junto con otros materiales de limpieza. Puedes acumular el estiércol en los barriles grandes, y después lo usaremos en las siembras.

—¿No vas a ayudarme?

—No, tengo otras cosas que hacer. No creo que algo malo te pueda pasar, pero si necesitas algo, me gritas.

¡Maravilloso!

Lo peor era que ni siquiera podía quejarme, dependía de ese tipo para mantener la finca funcionando y, además, necesitaba aprender.

John me dejó sola y solté un profundo suspiro. No era el fin del mundo, podía arreglármelas.

Me acerqué al primer establo y me fijé en el caballo que estaba allí dentro.

—¡Hola, buenos días! —Retrocedí casi instantáneamente—. ¡Guau!, cuánto estiércol.

Todavía hay gente que cree que la vida en el campo es fácil...

Fui hasta la carretilla y tomé una pala grande. Después de ese día, nunca más iba a quejarme de tener que limpiar platos sucios o salsa derramada.

Abrí la puerta del establo y di algunos pasos dentro. El caballo me observó, dejando claro que incluso él había notado que

no tenía mucha experiencia con lo que pensaba hacer.

—Hola. ¡Buenos días! —Sonreí para él—. Sé bueno conmigo, todavía estoy aprendiendo.

Relinchó, como si me estuviera respondiendo, pero no sabía si era algo bueno o malo.

Puse una mueca al darme cuenta de lo sucio que estaba el lugar. No sería barato encontrar un sitio para vivir. Agarré la pala para empezar a quitar los deshechos, pero acabé pisando mal y cayendo de culo al suelo cubierto de estiércol de caballo.

—¡Ah, qué asco! —grité fuerte.

Casi podía imaginarme a Austin parado a mi lado riéndose de mi situación, que no podía ser más lamentable. ¿Por qué él no había elegido una casa en la playa para vivir?



Liam Collins

Capítulo dieciséis

—¡Ey, Jennifer! —saludé a mi cuñada cuando la encontré en la puerta de la escuela durante la salida de los niños.

—¡Hola, Liam! —La mujer del sheriff se acercó y me dio un abrazo—. Qué sorpresa verte aquí.

—Vine al pueblo a comprar algunos materiales que voy a necesitar en el rancho y decidí pasar por aquí para ver cómo estaba Zoe.

—¡Estoy excelente!

Me di vuelta y vi a mi hermana acercándose. Ella salió del interior de la escuela empujando un carrito de bebé con el pequeño Matt.

—Deberías haber descansado más antes de volver.

—Tuve un bebé, no es el fin del mundo —dijo, frunciendo los labios, en desacuerdo con mi opinión.

Nuestras discusiones habían aumentado mucho desde que Justin había regresado al pueblo, pero cada vez que hablaba, Zoe pensaba que estaba exagerando.

—¿Realmente necesitas traer al bebé a la escuela? Un descanso no te vendría mal.

—¿Y quién se ocuparía de mis alumnos? Además, ellos adoran la compañía de Matt. Es como si fuera la mascota de la clase. Los días que son más movidos, lo dejo en casa con Justin.

—Puedes dejarlo conmigo también —se ofreció Jennifer—. Los primos pueden hacerle compañía. —Apuntó al cochecito que estaba con ella.

Después de tantas niñas, finalmente empezaban a aparecer niños en la familia.

—Espero que ahora Malcon se haya hecho una vasectomía.

—¡Liam! —Zoe me dio un golpe en el hombro.

—Ya tuvo suficientes hijos.

Jennifer se sonrojó.

—Nuestros padres tienen cinco.

—Eran otros tiempos.

—Eres un pesado.

—Solo un poquito. —Hice puchero y ella negó con la cabeza.

—¿Qué quieres?

—Solo pasé por aquí para darte un abrazo y ver cómo estás. No sé si Justin está cuidando bien a mi hermanita.

—Ya me he cansado de que te metas con él. Puedo asegurarte que está siendo un excelente esposo.

—Eso espero. Si no, solo dime y me encargaré de él.

—¡Relájate, Liam! Ya hiciste suficiente y puedo cuidarme sola.

—Pero...

—Fue genial verte, dile a papá y a mamá que los quiero. —Me dio un beso en la mejilla y se alejó, caminando junto a Jennifer y las sobrinas.

Me quedé parado, viéndolas alejarse mientras Judy y Jasmine me saludaban.

—Adiós, tío.

—Adiós, princesas.

—Podemos hacer una juntos si quieres. —Me giré al escuchar la voz de una mujer justo detrás de mí.

Reconocí rápidamente a la morena de cabello rizado, con piel de tono chocolate y labios gruesos. Ya me había involucrado con ella en algún momento después de una fiesta o rodeo.

¿Tal vez era otra?

Había tantos rostros y bocas en mi cabeza que no podía recordar a todas.

—Los hijos no están en mis planes para un futuro cercano.

—Honestamente, tampoco en los míos, pero no necesitamos pensar en ellos para divertirnos un poco.

—No, claro —dije, sonriendo—. Por suerte tengo un paquete de condones nuevos en mi camioneta.

—Ah, me encantaría ir a comprobarlo.

Le guiñé el ojo y le hice un gesto para que me siguiera.

No veía razón para regresar rápido a casa y podría divertirme un poco antes de eso.


Suele
Jone

Capítulo diecisiete

Pasé todo el día sacando mierda de caballo y llenando barriles con ese material pastoso y asqueroso. Cuando finalmente fui a bañarme, me froté hasta que la piel me quedó roja, pero aún sentía que no era suficiente, como si el olor se hubiera pegado a mi alma.

Ni siquiera me arriesgué a ponerme perfume, no quería que los olores se mezclaran y me quedara aún más olorienta.

Cuando salí del baño, bajé para la cena y vi a Mary quitándose el delantal mientras Thomy la observaba.

—¿Todo bien? —preguntó.

—Digamos que fue un día largo. —Solté un suspiro profundo.

—Pronto te acostumbrarás.

No era precisamente el tipo de cosa a la que quería acostumbrarme, pero preferí no decir nada.

—La cena está sobre la mesada. Si ya se enfrió, puedes agarrar el plato y meterlo en el microondas.

—¿Tú y John no van a comer hoy?

—Él quiere hacer unas hamburguesas y tomar unas cervezas.

—Suena como un plan genial.

—Sí. —Sonrió, y me imaginé que pasarían una buena noche de pareja.

Me despedí de Mary y miré a Thomy jugando dentro del corralito.

—Ahora solo somos tú y yo.

—Tú y yo —repitió como un loro.

—Exacto.

Me fui a servir mi plato y me senté en la mesa de la cocina para comer mientras observaba a mi sobrino. Se veía bien. Estaba tranquilo. Ya no parecía que hubiera pasado por el terrible trauma de perder a su padre, y esperaba que siguiera así.

Puede que no fuera la mejor tutora del mundo, pero al menos me estaba esforzando y aprendiendo cómo cuidar a un niño.

Después de la cena, llevé a Thomy conmigo a la sala, encendí la televisión en un programa cualquiera de recetas de cocina y lo puse sobre la alfombra con los juguetes.

Fue entonces cuando tomé mi celular, después de haber pasado todo el día sin tecnología.

Vi que tenía algunos mensajes, cobros de cuentas antiguas y un aviso del lugar donde vivía, diciendo que ya habían enviado mis

pertenencias y que el apartamento ya tenía un nuevo inquilino. Definitivamente no esperaron mucho para echarme.

Mi jefe también quería saber si no regresaría al trabajo, además de algunos mensajes de Cloé, que había estado desaparecida desde que viajó con su esposo.

Cloé:

Hola, ¿cómo estás? Ha pasado tiempo desde que no hablamos.

Suelen:

Te habías desaparecido.

Cloé:

Adaptándome al matrimonio y al nuevo trabajo.

Tantas cosas cambiaron.

Suelen:

¿No está siendo como imaginabas?

Cloé:

Muy al contrario. ¡Es increíble!

Admito que físicamente un poco agotador.

Suelen:

Eres una perra traviesa.

Cloé:

No dije nada malo.

Suelen:

Pero sé a qué te refieres.

Cloé:

Ah, esa es la mejor parte.

Suelen:

Claro, jaja.

Cloé:

Apuesto a que ahora tienes el cuarto todo para ti, recibiendo visitas nocturnas.

Suelen:

Entregué el apartamento.

Cloé:

¿En serio? Lo siento. Pensé que podrías mantenerlo sola.

Suelen:

No pude, pero eso no fue lo peor que me pasó últimamente.

Cloé:

¡Dios mío! ¿En serio?

Suelen:

Sí. Mi hermano murió y me dejó a su hijo de tres años para cuidar.

Cloé:

¡Oh, por Dios! ¿Cómo lo estás manejando? Puedo hablar con mi marido para ayudarte.

Suelen:

No te preocupes, todo está bien. Mi hermano dejó el rancho y sus bienes al niño. Estamos bien.

Cloé:

Eso es una buena noticia.

¿Él está contigo en Dallas?

Suelen:

No. Bueno, no puedo vender el rancho, y como es el único lugar donde puedo vivir con el niño, me estoy acostumbrando a la vida en el campo.

Cloé:

No me imagino viviendo en una granja, cuidando la tierra y los animales.

Suelen:

Mejor que no lo intentes.

Cloé:

Al menos debe haber algún peón guapo por ahí, ¿no?

Siempre tuve ese fetiche, jaja.

Suelen:

Estoy evitando problemas.

El único hombre del que me preocupo es de Thomy, y ni siquiera sabe hablar bien aún.

Cloé:

Quién te ha visto y quién te ve, amiga. Todavía me acuerdo de las veces que salíamos de fiesta sin horario de regreso.

Suelen:

Las cosas han cambiado.

Cloé:

Seguro, pero no dejes de divertirte, o te vas a volver loca.

Suelen:

Tengo mucho que arreglar primero.

Cloé:

Lo entiendo. Si necesitas algo, solo avísame.

Suelen:

Gracias.

Cloé:

Apuesto a que no debe estar siendo nada fácil cuidar de tu sobrino.

Suelen:

Es un amor, se parece mucho a Austin, pero todavía me estoy acostumbrando a esto de ser "madre".

Cloé:

Vas a hacerlo bien.

Suelen:

Espero que sí.

Cloé:

Buena suerte, amiga.

Suelen:

Gracias, sé que la voy a necesitar.

—¡Tía! —Thomy se levantó del suelo y caminó hasta mí, parando con las dos manitos sobre mis rodillas, observándome.

—¿Qué pasa? —Dejé el celular a un lado para mirarlo. Tenía un carrito de plástico en la mano, y la rueda parecía haberse salido de lugar.

—Creo que se rompió.

—Déjame ver. —Extendí la mano para que me lo diera.

—Sí.

Tomé el carrito y vi que la estructura de metal que unía las ruedas estaba desplazada. La empujé, forzándola para que volviera a su lugar, y logré encajarla de nuevo.

—¡Listo! —Se lo devolví—. Como nuevo.

—Gracias.

—De nada. —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

Debería sentirme muy sola después de la muerte de mi hermano, pero desde que llegué a ese rancho, no podría decir eso. Era como si hubiera más gente ahí para mí y dispuesta a ayudarme que la que tuve durante toda mi vida. Los empleados del lugar y todas las personas del pueblo estaban siendo muy acogedores.

Hasta Liam...

Me pareció mejor no pensar más en ese vaquero. Ya había disfrutado mucho de la vida cuando Cloé vivía conmigo, pero con

Thomy para cuidar, era mejor que mantuviera un comportamiento moderado y no me metiera en líos.

—¿Dejarás que la tía juegue contigo? —Me senté en la alfombra con él.

—Claro.

—¡Genial!

Tomé otro carrito y comencé a jugar con él.



Liam Collins

Capítulo dieciocho

La primera tarea de la mañana fue reparar el techo. Me desperté muy temprano y me fui con Jules al granero, mientras mi padre y Caleb intentaban asistir el parto de una de las vacas que había desaparecido durante la noche anterior. El veterinario la encontró en el pasto y ambos se dirigieron hacia allí.

Estuve hasta la hora del almuerzo arreglando las tejas y asegurándome de que no hubiera goteras cuando llegara la próxima lluvia.

Después del almuerzo con mis padres y mi abuelo, ya que Jackson había regresado a la residencia del gobernador para atender sus asuntos políticos, me monté en Goliat, un semental de pelaje marrón oscuro y uno de mis caballos favoritos de la propiedad.

Cabalgué por el pasto, dando una vuelta por las varias hectáreas de nuestra finca para revisar el ganado. La cría de animales para la venta a frigoríficos era una de nuestras principales fuentes de ingresos, y su cuidado siempre fue nuestra principal preocupación.

Regresaba al establo cuando vi la cerca y me di cuenta de que mi nueva vecina estaba con John.

—¿Pasó algo? —Bajé del caballo, sosteniendo las riendas con una mano y me acerqué a ellos.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes, Liam —me saludó el peón.

—Hola, John. Suelen. —Me quité el sombrero en un gesto de cortesía, y ella solo movió la cabeza, sin decir nada—. ¿Qué pasa?

—Creo que dos de nuestros animales pasaron al otro lado de la cerca.

—Reparamos los agujeros la semana pasada.

—Pero ellos ya hicieron otro. —Señaló el problema en la cerca. Estaba el metal doblado y una de las tablas de madera caída al suelo.

—Tal vez el pasto de este lado sea más verde. —Solté una risa.

Suelen rodó los ojos con un aire de burla, y eso me irritó aún más. Ni siquiera había probado para atreverse a burlarse de esa forma.

—¿Podrías ayudarnos a encontrarlos?

—Claro.

No era porque mi nueva vecina y yo no nos lleváramos bien que no iba a ayudarlos, como siempre lo hacía.

—Ve con él, Suelen, yo me encargaré de la cerca.

—¿Yo? —Sus ojos se abrieron, sorprendida por la sugerencia —. Pero...

—No vas a saber arreglar la cerca, así que es mejor que vayas a buscar los animales.

Ella apretó los dientes, pero suavizó su postura enseguida. Sabía que estaba exagerando y no había razón para seguir molesta por eso.

—¿Dónde está tu caballo?

—¿Caballo?

—Sí, ¿cómo llegaste hasta aquí? —Miré a mi alrededor, pero no vi ningún animal cerca.

—Caminando.

—¿No sabes montar?

Ella me miró en silencio sin responder, pero fue suficiente para que sacara mis propias conclusiones.

—¿Cuántas veces te has subido a un caballo?

—¿Y eso qué tiene que ver? —Cruzó los brazos con una postura desafiante.

—Debería haber deducido que eres una "niñita de ciudad".

—"Niñita de ciudad" es tu herma... —Se detuvo a mitad de la frase, apretando los dientes, probablemente por respeto a John, que todavía estaba cerca—. Puedo perfectamente ir caminando.

—¿Sabes el tamaño de mi propiedad?

—Mis piernas son fuertes.

—Pero te tomará mucho más tiempo.

—No tengo prisa.

—No tenemos todo el tiempo del mundo. Ven conmigo. —Extendí la mano para que cruzara la cerca.

—¿Contigo?

—Puedes montar en mi caballo conmigo.

—No es necesario.

—¡Deja de ser tan terca, mujer!

John se empezó a reír, y ella bufó aún más fuerte. Me miró por unos segundos hasta que finalmente aceptó.

—Solo porque necesito encontrar a mis animales.

—¡Por supuesto!

Fui el primero en montar y extendí la mano para que se acomodara detrás de mí. Tenía suficiente fuerza para levantarla sin mayor dificultad y la ayudé a acomodarse sobre el lomo del animal.

Goliat dio un paso hacia adelante y, sin querer, ella se inclinó hacia adelante, abrazando mi cintura.

—¡Me voy a caer!

No pude evitar reírme ante su desesperación.

—Solo sujétate bien. —Ajusté sus manos alrededor de mi cintura, y ella las apretó aún más.

—Si vas muy rápido...

—¿Por qué haría eso? —Casi parecía que me estaba provocando sin querer.

Eso podría ser muy divertido.

Saludé a John con una mano y golpeé los talones de Goliat para que comenzara a moverse. Solté las riendas, dejando que el caballo tomara velocidad, y Suelen gritó, apretando aún más mi cintura.

—¡Me voy a caer!

—No lo harás.

—¡Detén este caballo, quiero bajar!

—No seas dramática, niñita de ciudad.

—¡Ah, tú...!

—Relájate, deja que el viento te pegue en la cara. —Subí una pequeña colina con el caballo galopando.

Cada pequeño salto que ella daba sobre el lomo del caballo, más fuerte se aferraba a mi cintura. Quedó muy claro que, en realidad, nunca había montado.

—¡Déjame bajar!

—¡Tranquila!

—¡Detén este caballo!

—Exagerada.

Vi algunos animales reunidos en un pequeño grupo, y la etiqueta en la oreja de dos de ellos era azul, diferente de la nuestra, que solía ser amarilla.

—Creo que esos son los tuyos. —Señalé.

—¡Déjame bajar! —gruñó.

—Está bien... —Detuve el caballo y ella prácticamente cayó al suelo, inclinándose hacia un lado. Solo no cayó completamente porque la sujeté del brazo y esperé a que sus pies tocaran el pasto antes de soltarla.

Bajé del caballo poco después y me encontré con ella bufando como un dragón.

—¡Estás loco! —Golpeó mi pecho con las dos manos abiertas, con tanta fuerza que hizo un chasquido—. ¿Querías matarme?

—No seas exagerada.

—¿Exagerada?

—Solo estábamos divirtiéndonos.

—Eres un idiota. —Intentó golpearme el pecho de nuevo, pero antes de que pudiera, tomé sus muñecas y la sujeté.

Nuestros ojos se encontraron y me sentí paralizado por un momento. El primer impulso que tuve fue inclinarme hacia ella y acortar la distancia entre nuestras bocas, finalmente saboreando la lengua de esa bruja, pero lo único que hice fue humedecer mis labios mientras notaba que sus pupilas se dilataban, tiñendo de negro el marrón de sus ojos.

—¡Suéltame! —Jaló sus muñecas, esquivándose de mí, y dio un paso atrás, como si hubiera perdido el equilibrio.

—Como quieras…

Ella se acomodó la ropa y se pasó las manos por el cabello, como si yo hubiera hecho algo, pero solo parecía una excusa para recomponerse. Podía negarlo, pero era obvio que se sentía atraída por mí como cualquier otra mujer.

—Voy a buscar a mis toros. —Se puso firme y caminó hacia ellos con aire confiado.

—¿Cómo piensas hacer eso?

—Bueno, yo...

—Creo que no podrás cargar los dos sobre tus hombros y llevarlos de vuelta a tu rancho.

—Ya se me ocurrirá algo.

—Claro... —Mi tono estaba cargado de sarcasmo, lo que la hizo enojar aún más—. ¿No trajiste cuerdas?

—¿Qué haría yo con cuerdas?

—¿Amarrarlos?

—Ah, sí...

—Por suerte siempre llevo una en mi silla. —Volví junto a mi caballo y tomé el trozo de cuerda enrollado que había dejado en uno de los soportes de hierro—. Aquí tienes.

—Gracias. —Noté lo difícil que le fue decir esa palabra, lo que solo hizo que la situación fuera aún más graciosa.

—De nada. —Me apoyé en mi caballo y crucé los brazos, esperando a ver qué haría.

Suelen se quedó mirando la cuerda en sus manos y luego los animales, pensando en qué hacer, y supe que no tenía ni idea de lo que estaba haciendo. Austin seguramente no le había enseñado a cuidar de los animales.

—¿Está difícil la cuestión? —pregunté.

—¿No tienes algo más que hacer?

—Por ahora no. —Incliné la cabeza. Aunque había varios asuntos por resolver en el rancho, no pensaba moverme de allí sin ver qué iba a hacer ella. Sería un espectáculo que no podía perderme.

—Ah... —Desenrolló la cuerda y trató de acercarse a los animales, pero ellos no eran lo suficientemente mansos para permitirle que los atara.

—No va a funcionar así —comenté.

—¿Hay otra forma?

—Sí.

—Obvio que lo sabes.

—He vivido en el rancho toda mi vida. —Intenté ser modesto —. ¿Necesitas ayuda?

—Yo...

—No te va a pasar nada si admites que sí. —Seguí con los brazos cruzados mientras ella aún evaluaba la cuerda.

—Me las arreglaré.

—Como quieras. —Entorné los ojos.

Ella intentó una, dos, tres veces y casi fue pisoteada por un toro.

—Eso no va a funcionar.

—Está bien. —Dejó caer los hombros en señal de derrota—. Necesito ayuda.

Caminé hasta su lado y extendí la mano para que me diera la cuerda.

Hice un lazo en el extremo y lo giré sobre mi cabeza hasta que lo lancé, acertando en el cuello del animal y tirando de él para ajustarlo como un collar.

—Aquí está. —Le entregué la punta.

Suelen me miró por un instante, boquiabierta.


Suele
Jone

Capítulo diecinueve

¿Quién podría hacer que eso pareciera tan fácil?

—Gracias —dije en voz baja, con cierta dificultad para dejar que la palabra saliera, aunque sabía que tenía que agradecerle.

Liam Collins era tan seguro de sí mismo y tan arrogante que hasta algo como eso lo hacía parecer un idiota. Tal vez, en el fondo, ya estaba cultivando un resentimiento innecesario hacia ese tipo, pero era más fuerte que yo. Éramos vecinos, inevitablemente tendríamos que convivir. Necesitaba relajarme un poco y no complicarme tanto.

Miré de un lado a otro, mientras sostenía la cuerda con una mano. Estábamos en medio del campo abierto y no tenía la menor idea de por dónde seguir.

—Tu cerca está por allá. —Señaló Liam.

—Gracias.

—¿No quieres que use la punta libre para atar al otro toro y así llevar los dos a la vez?

No había pensado en eso.

—¿Puedes hacerlo?

Liam solo me sonrió.

Era obvio que podía.

Extendió su enorme mano y le entregué la punta de la cuerda. Con la misma agilidad de la primera vez, ató al otro animal y yo sujeté el medio de la cuerda, tirando de los dos. Se tomaron su tiempo, pero empezaron a moverse, siguiéndome en dirección a mi cerca.

No tenía idea de cuán lejos estaba hasta que comencé a caminar. Me había puesto tan nerviosa en el lomo del caballo que perdí la noción de la distancia y el tiempo.

Miré hacia atrás y vi a Liam cada vez más lejos hasta que desapareció. Afortunadamente, no vino tras de mí, y no quería darme aún más por vencida ni admitir que su ayuda había sido crucial.

Tipos como él no eran exclusivos del campo. Arrogantes, llenos de ego y siempre aprovechando cualquier oportunidad para mostrar sus habilidades.

Estaba segura de lo que le había dicho a Cloé, no quería meterme en problemas, y Collins parecía ser uno de los más grandes.

—Lograste encontrarlos —John se sorprendió cuando aparecí con los animales.

—Estaban socializando con los toros del vecino.

Él se rió de mi comentario.

John tomó la cuerda de mi mano y tiró de los dos por la abertura en la cerca antes de soltarlos del otro lado. Los animales salieron corriendo.

—¿Dónde conseguiste esta cuerda?

—Es de Liam.

John la enrolló y me la entregó.

—Devuélvesela después.

Hubiera preferido pedirle que él se la devolviera, pero esas palabras se me quedaron atoradas en la garganta.

Basta, Suelen, es solo una cuerda.

No tenía razones para hacer un escándalo por algo tan insignificante, y el tipo me había ayudado.



Liam Collins

Capítulo veinte

Bajé de mi cuarto después de bañarme ese día. Me reí solo al recordar a Suelen en pánico sobre el lomo del caballo. Yo ya había galopado mucho más rápido que eso, pero preferí no hacerlo ese día, no quería matarla del susto antes de tiempo.

Era evidente lo mucho que ella trataba de evitarme, pero también era claro que todo eso no era más que un juego.

Estaba a punto de sentarme al lado de mi padre en el sofá cuando escuché unos golpes en la puerta que llamaron mi atención.

—¿Estás esperando a alguien? —le pregunté.

Mi padre solo movió la cabeza en señal de no.

—Debe ser alguno de tus hermanos.

—¿Desde cuándo ellos tocan la puerta?

—Tienes razón.

—Voy a ver quién es. —Me dirigí hacia la puerta y me sorprendí al abrirla y encontrarme con Suelen.

Puede que fuera mi vecina, pero era la última persona que imaginaba que aparecería así al caer la noche.

Suelen no estaba sola, había un niño pequeño aferrado a su pierna, escondiendo el rostro en su muslo, entre vergüenza y miedo.

—¡Hola! —dije, sonriendo.

—Hola. —Ella se mostró algo incómoda.

—Este es el hijo de Austin, ¿verdad? —Me agaché a la altura del niño y él se volteó para mirarme. Mi rostro le era familiar y terminó sintiéndose más cómodo.

—Sí, mi sobrino. Con la muerte de mi hermano, me hice responsable de él.

—Lo imaginaba. —Me puse de pie nuevamente y nos miramos por un largo momento. La tensión entre nosotros fue creciendo hasta que me arriesgué a romper el silencio—. ¿A qué debo el honor?

—Vine a devolverte la cuerda. —Extendió la mano y agitó el objeto frente a mí.

—Gracias, ¿quieres entrar? —Di un paso a un lado e indiqué la sala. Mi madre siempre me había enseñado a ser hospitalario.

—No, solo vine a devolverte la cuerda. Gracias de nuevo por la ayuda con los animales esta tarde.

—No hay de qué.

—Vamos, Thomy. —Se agachó para levantar al niño en brazos.

A lo lejos vi la vieja camioneta de Austin y supe cómo habían llegado hasta aquí.

—¿Quién es, Liam? —Mi madre apareció en la puerta a mi lado y vio a Suelen con el niño.

—Hola, señora Collins.

—¡Hola, niña! Es un placer verte en una situación mejor que aquella del velorio.

—Sí...

—¡Entra! —Mi madre me empujó a un lado y abrió más la puerta—. Acabo de servir la cena, eres muy bienvenida a comer con nosotros.

—Le agradezco, pero Mary ya dejó la cena lista. Solo vine a devolver la cuerda que Liam me prestó.

—¿Puedes dejarla para otro día? Preparé una de mis especialidades.

—La comida de mi madre es realmente muy buena —comentó Liam.

—Les agradezco mucho, pero Thomy quiere irse, ¿verdad?

El niño, algo confundido, solo movió la cabeza afirmativamente.

—Vamos a dejarlo para otro día entonces —insistió la mujer.

—Será un placer.

Ella hizo un gesto de despedida y se dirigió hacia la camioneta.

Mi madre me dio un empujón y casi me caí hacia adelante, bajando los escalones tras ella hasta el vehículo.

Suelen abrió la puerta trasera, poniendo al niño en su silla, antes de girarse hacia mí.

—Conozco el camino de vuelta a mi casa.

—Supongo que sí. —Me apoyé en la parte metálica del vehículo—. ¿Estás segura de que no quieres quedarte a cenar?

—Sí, lo estoy.

—No es solo la comida de mi madre lo que tenemos para ofrecer.

—¡No puedo creer que digas algo así!

—¿Qué? —Me hice el desentendido—. No tiene nada de malo.

—Claro que no. —El sarcasmo era evidente en su tono—. Que tengas buenas noches, Liam Collins.

Suelen dio la vuelta alrededor del coche y se subió al asiento del conductor, arrancando la camioneta sin ni siquiera mirarme una vez más.


Suele
Jone

Capítulo veintiuno

¡Qué idiota!

Él era demasiado vanidoso.

Había un viejo dicho que siempre creí que se aplicaba bien en esas situaciones: "perro que ladra no muerde". Me imaginaba que ni siquiera se podía garantizar cuando realmente estuviera con una mujer.

—No te pongas así cuando seas grande, Thomy —le dije a mi sobrino.

—¿Así cómo?

—Como un idiota, igual que los hombres como Liam Collins.

—¿Idiota? ¿Qué idiota?

—Déjalo, no importa.

Conduje de vuelta a nuestra casa. Serví la cena que Mary había dejado lista y jugué un rato con Thomy antes de mandarlo a dormir. Después tomé mi celular y me puse a navegar por internet. Estaba tan desconectada de las noticias de Dallas, casi como si me hubiera transportado a otra dimensión.

En el fondo, tenía que admitir que no las extrañaba tanto.

Con el paso de los días, vivir en el rancho parecía ser cada vez menos terrible, aunque todavía tenía mucho que aprender sobre cómo cuidar el lugar y los animales.

***

A la mañana siguiente, desperté con la alarma, casi como si mi cuerpo ya se hubiera programado solo. Las actividades en el rancho comenzaban temprano y yo necesitaba estar de pie con el sol.

Después de mi higiene matutina, con protector solar y un poco de crema hidratante, me puse las botas y el sombrero que había pertenecido a mi hermano. Antes pensaba que ese accesorio era solo un adorno, pero pronto me di cuenta de lo útil que era contra el sol, ya que pasaba mucho tiempo expuesta a él.

Thomy también se levantaba temprano. Su rutina parecía estar muy sincronizada con el ritmo del lugar. Lo saqué de la cuna y bajé a la cocina, colocándolo en su corralito justo antes de ver entrar a Mary por la puerta.

—¡Buenos días, Suelen!

—Hola, buenos días.

—¿Cómo están hoy?

—Bien. ¿Verdad, Thomy?

—¡Sí!

Mary puso algunas verduras sobre la mesa que había traído en su bolso antes de volver a mirarme.

—Esta noche hay fiesta en el pueblo. Con puestos, juegos y hasta una banda con música en vivo.

—Estoy algo desconectada de lo que pasa en el pueblo.

—Sería bueno que fueras. Es una oportunidad para conocer a la gente de la zona. Los hombres solteros...

—¡Mary!

—Eres joven y bonita, mereces salir y disfrutar un poco de la vida.

—Tengo que cuidar a Thomy, y dudo que él quiera quedarse hasta tarde con música fuerte.

—Déjamelo a mí.

—Pero ya te encargas de él todo el día.

—Se porta muy bien y no me da ningún trabajo. Me encanta la compañía de este niño.

—Pero, ¿no vas a ir a la fiesta? Apuesto a que a John le gustaría salir un poco.

—Probablemente John va a jugar y beber con sus amigos, y ya estoy demasiado vieja para esas cosas, pero tú sí necesitas divertirte.

—No hace falta, Mary.

—Será bueno para ti. Después de todo lo que has pasado, te mereces un descanso, y quién sabe, tal vez conocer a algún hombre interesante.

—¿Existen? —Me reí.

—Algunos sí.

—Ay, ay, Mary...

—Voy a preparar el café para que empecemos el día.

—Gracias.

Aunque la idea de un poco de diversión me resultaba tentadora, no quería meterme en problemas. Ya tenía suficiente con lo que lidiar, y el hecho de ser responsable de Thomy me hizo dar cuenta de que tenía que ser más cautelosa de lo normal.

Mi sobrino me necesitaba.

Bueno, yo también lo necesitaba.



Liam Collins

Capítulo veintidós

La principal diversión de la gente en nuestro pueblo eran las fiestas. Generalmente organizadas por la alcaldía o la iglesia, reunían a la mayoría de los habitantes y también a personas de la región que venían en busca de buena música, diversión o comida y bebida.

Los puestos los montaban los residentes locales, dueños de negocios o incluso campesinos, vendiendo sus productos o buscando un ingreso extra.

Con el buen y viejo asado texano y cerveza bien fría, nadie necesitaba nada más.

Bajamos de la camioneta después de estacionarnos en uno de los espacios del aparcamiento improvisado al lado del campo donde se había montado la fiesta. Ya había varios vehículos estacionados allí y, afortunadamente, el cielo no daba señales de lluvia. El clima iba a colaborar para que pudiéramos disfrutar de la noche.

—Vamos a encontrar a Malcon y Zoe. —Mi papá puso la mano sobre el hombro de mi mamá y la guió hacia el flujo de personas.

—Voy con ustedes. —Mi abuelo los siguió.

—Voy por una cerveza —les avisé, y me dirigí en otra dirección.

Amaba a mi familia, pero en un evento como ese, lo último que quería era estar pegado a ellos.

Ajusté mi sombrero y me dirigí hacia los puestos. Billy, el dueño del bar local, siempre aseguraba tener un excelente surtido de cervezas bien frías y bocadillos para que pudiéramos disfrutar de la fiesta bien atendidos.

—¿Billy? —Me apoyé en el mostrador improvisado de madera.

—¡Liam! —Se giró hacia mí.

El hombre tenía alrededor de cincuenta o sesenta años, era mucho más bajo que yo y gran parte de su cabello ya se había caído, dejando solo una especie de pelusa alrededor, casi como esos peinados de monjes.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero una cerveza bien fría —dije, sacando mi billetera—, pero guarda otras cinco para mí, pasaré a recogerlas durante la fiesta.

—De acuerdo. —Me pasó la botella y yo le entregué el dinero.

Arranqué la tapa con los dientes y la tiré en una papelera antes de caminar hacia el escenario, donde la banda ya comenzaba

a conectar los equipos para empezar el show.

Reconocí varios rostros con los que me cruzaba a diario en el pueblo. Todos estaban allí para divertirse, igual que yo.

—¡Hola, Liam! —Reconocí la voz y me giré, encontrándome con la dueña de la floristería y mejor amiga de mi hermana.

Era bonita y tenía una sonrisa amable, pero Zoe generalmente estaba cerca para evitar que intercambiáramos más que unos cuantos coqueteos.

—Tu hermana...

—Todavía no la he visto.

—Ah, voy a buscarla.

—Si no tienes prisa... —Me callé cuando mis ojos encontraron a mi vecina saliendo del estacionamiento, mirando discretamente de un lado a otro como si estuviera tratando de reconocer un campo enemigo.

—¿Si no tengo prisa qué? —insistió la florista.

—Déjalo. —Le acaricié el hombro y le sonreí a medias—. Dile a Zoe que le mando un beso.

La dejé allí, con una expresión algo confusa, y caminé hacia Suelen hasta detenerme frente a ella, lo que la hizo abrir los ojos y dar un paso atrás.

—Mira quién decidió aparecer.

—Hasta donde sé, la fiesta es pública.

—Sí, lo es.

—Entonces no soy una intrusa.

—No fue eso lo que dije.

—Mary dijo que iba a ser divertido.

—Seguro que puede ser muy divertido. —Me mojé los labios y tomé otro sorbo de mi cerveza—. ¿Quieres?

—No.

—Está bien fría.

—Mis padres me enseñaron a no aceptar cosas de un extraño.

—¿Extraño? Soy todo menos extraño.

—Te crees mucho, ¿verdad?

—¿De qué hablas?

—Sabes muy bien de qué estoy hablando. —Cruzó los brazos por debajo de las tetas, lo que terminó destacándolas por el escote de su blusa blanca.

—Solo estoy seguro de mí mismo.

—¡Ah, claro! Apuesto a que a la hora de ir a la cama no duras nada.

—¿Apuestas? Puedo demostrarte lo contrario.

—Prefiero gastar mi tiempo y mi dinero en algo que sí valga la pena.

—Estoy empezando a pensar que la que no aguanta eres tú.

—Solo tengo cosas más interesantes que hacer.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa, antes que estar aquí contigo. —Pasó por mi lado moviendo su culo y se dirigió a una de los puestos sin decir nada más.

Esa mujer realmente sabía cómo poner a prueba mis límites.


Suele
Jone

Capítulo veintitrés

Era obvio que Liam estaría allí. En un pueblo tan pequeño como ese, las posibilidades de encontrarme con mi vecino eran casi del cien por ciento en todos los eventos de la región. Solo esperaba no arrepentirme de haber aceptado la sugerencia de Mary de salir y divertirme un poco.

Con excepción de los Collins, no conocía a mucha gente, me sentía como una recién llegada a la escuela donde todos en mi grupo ya se conocían desde hacía años y se habían acostumbrado unos a otros.

Me acerqué a uno de los puestos y me dirigí al hombre que vendía bebidas.

—¿Una cerveza?

—Sí.

Él se inclinó para sacar una de la caja de hielo que tenía detrás de él y me la entregó.

—Son dos dólares.

—Yo invito —dijo Liam, deteniéndose a mi lado.

—Puedo pagar perfectamente mi bebida —le respondí, apretando los dientes.

—Solo intento ser amable.

—No quiero, vete.

El hombre nos miró, sin comprender y sin saber qué hacer, hasta que Liam pagó la cerveza, la agarró, pasó su brazo por mi cintura y me alejó un poco.

—¿Puedes dejar de hacer eso? —bufé.

—¿De qué hablas? —Se hizo el desentendido y se inclinó para beber un poco de la cerveza que tenía en la mano.

—De ser un idiota.

—Estás exagerando.

—¿Sabes qué? Quédate con esa cerveza. Ya no quiero tomarla. —Agarré la botella y la vacié sobre su rostro, dejando que el líquido le recorriera la camiseta gris, pegada a esos grandes músculos.

—¡Te has vuelto loca! —gruñó Liam, dándose cuenta de que estaba mojado.

—Esto es por... —No pude terminar la frase porque él me agarró por la muñeca y me sujetó por la nuca.

Su sombrero cayó al suelo antes de que su boca tomara la mía con fuerza y autoridad. Comencé a debatirme, empujando sus hombros y tratando de que me soltara, pero antes de poder hacer algo, me rendí. No era lo que quería, besarlo parecía ceder después

de todo, pero la presión de su lengua en mis labios hizo que finalmente bajara la guardia.

Sus brazos eran tan fuertes, tan firmes...

Ni siquiera había comenzado a beber para culpar al alcohol de eso.

Liam mordió mi labio inferior, intensificando el beso. Su lengua se entrelazó con la mía, dejándome con más sed y los labios adormecidos. Sentí que mi blusa también se estaba mojando, solo por el contacto de mi pecho con el suyo.

Pensé que era por la necesidad, el tiempo sin besar a un hombre, pero… *¡Dios!*

Nadie podía besar tan bien.

Recuperé algo de racionalidad y junté toda mi fuerza para empujarlo. Liam me soltó, aunque parecía más por la falta de aire que por la voluntad de interrumpir el beso.

Gruñí, más indignada conmigo misma por haberlo disfrutado que con él por haberme atrapado como si fuera uno de sus animales.

—¡Eres un idiota! —Le di una bofetada, estampando mis dedos contra su mejilla con tanta fuerza que me quedó la palma dolorida.

—Y hay mucho más todavía si quieres… —Sonrió, masajeándose la zona afectada como si no fuera nada.

—¡Imbécil! —Pasé junto a él y salí bufando.

Solo quería alejarme de ese ogro lo más rápido posible.



Liam Collins

Capítulo veinticuatro

Pasé la lengua por mis labios, sintiendo el sabor de su boca mientras Suelen se alejaba con pasos firmes, dejando las marcas de sus huellas en el pasto. Ella parecía resoplar como un toro, pero yo ya había domado yeguas mucho más rebeldes que ella y no se me iba a escapar.

Mi camisa estaba completamente empapada por la cerveza que ella me había tirado, así que decidí quitármela, usándola para secarme. La colgué en el costado de mi pantalón. No era la primera vez que me quedaba sin camisa y mi abdomen no era algo que me molestara esconder.

Me agaché y tomé mi sombrero, que había caído al suelo, colocándomelo nuevamente en la cabeza.

—¡Vaya, Liam! —Una mujer pasó por mi lado, fijándose en los contornos de mi abdomen y le sonreí.

Suelen ya había desaparecido de mi vista y aproveché para ir al puesto de Billy a conseguir otra cerveza y me acerqué al escenario donde la banda de country ya había comenzado el show. Mi familia estaba cerca y Jasmine vino corriendo hacia mí, tirando del dobladillo de mi pantalón.

—Tío.

—Hola, princesa.

—¿Por qué estás sin camisa?

—Se me mojó.

—Ah, ya entendí.

—Creo que tengo una en mi patrulla —comentó Malcon, que había seguido a su hija.

—Estoy bien así.

—No te controlas, ¿verdad? —Rió mi hermano mientras me veía coquetear con los ojos con las mujeres que pasaban cerca.

—Solo les dejo disfrutar de la vista.

Malcon negó con la cabeza.

—Vamos al carrusel, Jasmine. —Se agachó para levantar a su hija en brazos.

—¡Hurra! —La pequeña celebró—. ¡Carrusel!

—Adiós, preciosa de tu tío. —Le saludé con la mano y mi sobrina me devolvió el saludo desde los hombros de mi hermano.

A diferencia de mí, e incluso de Jackson, Malcon siempre se adaptó mejor al papel de hombre de familia. Durante mucho tiempo crió a la hija mayor solo, mientras intentaba encontrar a su mujer que se había escapado.

Ni de cerca me veía yo en el mismo papel.

¿Por qué esperar y preocuparme tanto por una mujer, si podía disfrutar de otras?

La banda comenzó a tocar una de las canciones que me gustaba y me acerqué, bailando junto a otros chicos que estaban ahí simplemente disfrutando del momento. No era un bailarín excepcional, pero me divertía y lograba llamar bastante la atención, especialmente de las mujeres.


Suele
Jone

Capítulo veinticinco

Prácticamente corrí hacia la zona de los niños, escondiéndome detrás de un carrito de algodón de azúcar como una fugitiva.

Mi corazón seguía acelerado y mi boca seca. Lo odiaba aún más por haberme besado, al mismo tiempo que no podía dejar de pensar en lo bueno que había sido ese beso.

¡Es solo la necesidad, Suelen!, me aseguré a mí misma. Era incapaz de admitir que alguien como Liam fuera capaz de besarme hasta dejarme las piernas temblando, la boca seca y el corazón acelerado.

Ese tipo podría robarme la cordura y eso era muy peligroso.

Estaba segura de que ese sujeto hacía lo mismo con todas las mujeres que le representaran algún reto. John ya me había advertido sobre su fama y definitivamente no era el tipo de hombre con el que quería involucrarme.

Tal vez en otro momento, sin un sobrino que criar o un rancho que administrar, podría lanzarme de cabeza en el tipo perfecto de hombre equivocado, pero no en ese. Tenía que mantener la cabeza en su lugar y no hacer tonterías.

—¡Ah, está bailando! ¡Sin camisa! —Escuché a una chica gritarle a su amiga y no le presté mucha atención, hasta que escuché su nombre.

—¿Quién?

—¡Liam!

—¿Estás hablando en serio?

—Sí.

Salieron corriendo y no fueron las únicas.

Debería haberme quedado justo donde estaba, sin mover un solo músculo. Sabía que Liam era un presumido, no necesitaba ir hasta allí para confirmarlo con mis propios ojos, pero de todas formas, acabé siguiendo la corriente.

Había al menos un par de docenas de mujeres cerca del escenario, ninguna de ellas realmente interesada en la banda, sino en un bailarín en particular.

¡Liam!

Con una mano en el sombrero, se movía de una manera que destacaba sus músculos. Un abdomen perfecto y bronceado que era difícil de dejar de mirar.

Era una fiesta familiar, el idiota no necesitaba parecer un *stripper*, pero yo parecía ser la única molesta con eso, porque las otras mujeres no compartían mi opinión.

Obvio que ninguna de ellas se acercó demasiado ni él se frotó con nadie, pero aún así seguía encontrándolo una completa estupidez.

—Alguien que saque a ese imbécil de ahí —murmuré.

—Déjalo bailar. —Una chica que no debía tener más de dieciocho años me miró con los dientes apretados, como si yo fuera una bruja.

—¡Ay, misericordia, qué cuerpo es ese! —Escuché a otra decir.

Cuando la música terminó, dejó de bailar, sonriendo y guiñando un ojo a la multitud que se había reunido para verlo. Algunas gotas de sudor recorrían su cuerpo, dejándolo aún más sexy.

¡Ya basta!

Me aseguré a mí misma que quedarme en esa fiesta era un error, Liam ya había probado mis límites y no quería que todo se volviera aún peor.

Volví al estacionamiento y me subí a la camioneta, conduciendo de regreso a casa.

Cuando llegué al rancho, vi a Mary sentada frente al televisor y se volteó hacia mí con sorpresa.

—¿Ya regresaste?

—Sí.

—Ni siquiera pudiste disfrutar algo.

—Créeme, aproveché lo suficiente. —Solté un suspiro mientras metía las manos en los bolsillos.

—Está bien...

—Puedes regresar a casa. ¿Thomy está durmiendo?

—Sí, acabo de ponerlo en su cuna.

—Muchas gracias, Mary.

—De nada, querida.

Me despedí de ella y subí las escaleras. Mi blusa ya se había secado, pero todavía podía sentir el olor a cerveza que tal vez estaba impregnado en mi mente.

Después de ese día, tuve una certeza que me asustó. Liam Collins iba a volverme loca.



Liam Collins

Capítulo veintiséis

—¿A qué hora llegaste anoche a casa? —me preguntó mi padre, cuando me desperté un poco más tarde de lo habitual y me acomodé a su lado en la mesa para tomar café y comer una suculenta rebanada de tocino con huevos que había preparado mi madre.

—No tengo idea. —Bostecé.

Mi abuelo se rió.

—¿Cómo volviste a casa? —Mi madre parecía preocupada cuando puso el plato frente a mí.

—Me dieron un aventón.

—Apuesto a que fue con una de las mujeres bonitas con las que estabas hablando en la fiesta —comentó mi abuelo, dejando a mi madre con una expresión aún más seria.

Ella siempre dejó claro que no era muy fan de mi estilo de vida. Si dependiera de ella, ya habría encontrado una buena esposa y tendría nietos, igual que el resto de mis hermanos.

Tomé una rebanada de tocino y comencé a masticar. No respondí al comentario de mi abuelo en voz alta, pero él lo sabía, y mis padres también.

Había intentado encontrar a Suelen después del beso que le di, pero había desaparecido. Sin embargo, si ella no quería, varias otras candidatas aparecieron para pasar un rato conmigo, o más que eso.

—Tenemos que revisar la cerca —alertó mi padre, cambiando de tema.

—Lo haré en un rato —aseguré.

—Perfecto.

—Puedes pedirle a uno de los empleados que refuerce las paredes del gallinero. Tuve la sensación de que vi una gallina suelta cuando llegué de madrugada.

—Pediré a alguien para que lo revise.

Asentí con la cabeza y me concentré en terminar mi desayuno.

Repetí la porción de huevos y tomé una buena taza de café antes de salir al establo y ensillar al Goliat para que pudiéramos recorrer el rancho.

Evitar que nuestros animales se escaparan era la principal función de la cerca, y de vez en cuando, alguno lograba hacer un agujero en el alambre, o el clima u otros animales dañaban la cerca hasta el punto de necesitar reparaciones.

Después del agujero que Suelen y John habían encontrado, realmente tenía que revisar si no había más.

—Vamos, muchacho —incité al Goliat a galopar mientras rodeábamos la cerca que divide nuestra propiedad con la de los Jones.

El otro lado daba a un barranco y era difícil que los animales escaparan por allí, pero tenía que revisar toda la cerca.

Me sorprendió verla caminando con un rollo de alambre en las manos. Con los ojos bajos y la visera del sombrero demasiado grande para ella, parecía completamente distraída hasta que la llamé.

—Buenos días, vecina.

—Ah, tú... —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Estaba esperando no encontrarte.

—Apuesto a que no era ese tu deseo. —Bajé del caballo y lo amarré a uno de los postes de la cerca cerca de mí.

—Creo que has estado en la fila de la persuasión unas veinte veces.

—¿Qué?

—Olvídalo. —Hizo un gesto de indiferencia—. Tengo trabajo que hacer, y apuesto a que tú también.

—¿Buscando agujeros en la cerca?

—No quiero que mis animales vayan a pastar de nuevo a tu lado.

—Ellos son bienvenidos aquí, y tú, aún más.

—¿Cómo lo haces? —Se giró hacia mí, apoyándose en la cerca.

—¿Qué cosa?

—Ser tan...

—¿Tan?

—Estúpido.

—Conozco a los de tu tipo.

—¿Mi tipo? —Arqueó las cejas.

—Te haces la difícil, pero en el fondo estás tan loca como las demás.

—Estás completamente equivocado. El problema es que tienes un ego tan grande como un toro y no te das cuenta de eso.

—Dudo mucho. —Salté la cerca hacia su lado, haciendo que ella retrocediera.

—¿Qué piensas que estás haciendo? —Dejó caer el rollo de alambre al suelo como si estuviera lista para atacar.

—Dime que no te gustó el beso de ayer.

—No me gustó. —Frunció el ceño.

—Hablar por hablar es fácil.

—¿Eres tonto o simplemente no entiendes lo que significa la palabra no?

—No soy tonto. —Avancé hacia ella y Suelen dio unos pasos atrás.

—Parece que sí.

—Te entiendo perfectamente.

—Entonces finge que no.

—¿Quieres mis besos? —Puse mi mano en su cintura y ella se movió un poco más hacia atrás, pero la cerca bloqueó sus movimientos.

—¡Vete! —Golpeó mi pecho con las manos.

—Me voy... —Me incliné hacia ella, dejando nuestros labios muy cerca.

—Entonces vete.

—Después de besarte. —Cerré la distancia entre nuestras bocas y ella mordió mi labio como un animal furioso, clavando las uñas en mis hombros, pero no pudo evitar mi beso.

Pronto su lengua se entrelazó con la mía, aunque sus manos intentaran apartarme.

La apreté más contra la cerca, empujando su cuerpo contra los alambres, y ella arañó mis hombros. Si sus uñas hubieran sido un poco más afiladas, habrían rasgado la tela de mi camisa.

Volvió a morder mis labios, y yo mordí los suyos de vuelta, sintiendo el sabor de mi propia sangre en la boca.

Presioné el bulto que se formó en mis pantalones contra ella y escuché un gemido escapar de sus labios.

Bajé con la boca por su cuello suave, dejando chupetones y mordiscos, y ella tembló, clavando sus uñas en mí con más fuerza.

—Tu...

—Yo... —murmuré con la boca en el escote de su blusa de tirantes.

—Maldito...

Pasé mi lengua por el valle entre sus pechos y ella bajó con las uñas hasta la base de mi camisa.

—Lo soy. —Sujeté su nuca y volví a besarla.

Mientras nuestras lenguas se entrelazaban, su agarre se hizo un poco menos agresivo, y me di cuenta de que tal vez estaba domando a la fiera. Sus manos pequeñas fueron a parar dentro de mi camisa, tocando y arañando mi piel, y yo me alejé para quitarme la prenda.

Colgué la camisa en la cerca y froté mi pecho contra ella, sintiendo sus tetas firmes bajo el sostén. Suelen golpeó mis hombros con las manos y bajó con las uñas hasta mi pecho, pero no me importó el surco que quedó por el camino.

—Hijo de puta... Maldito... —balbuceaba contra mis labios, pero aún me estaba besando, moviendo la cabeza para encajar en la mía mientras nuestras lenguas luchaban en un duelo feroz y cada vez más excitante.

Mis manos firmes bajaron hasta su culo y apreté sus nalgas bajo los jeans. Tenía un buen culo, redondo y firme.

Sus uñas se clavaron en mi pecho cuando abrí la cremallera de sus pantalones y los bajé hasta la mitad de sus rodillas.

—¿Te volviste loco?

—Pensé que era una de las cualidades que habías señalado en mí.

—Suelt... —Tembló, perdiendo la voz cuando mi mano bajó sobre su ropa interior.

El tejido estaba tan mojado que no podía mentir.

—¿Quieres...?

—No quiero una mierda. —Siguió desafiante.

Subí y bajé la mano, sintiendo cómo el tejido fino se humedecía aún más mientras ella me apretaba con los muslos.

—Dudo que aguantes. —Me retó.

—Mucho más de lo que puedas esperar.

—Solo deja de hablar. —Sacó el pecho, mirándome con una mirada desafiante.

—Te voy a mostrar.


Suele
Jone

Capítulo veintisiete

¡Corre, corre!

Estaba en una extraña mezcla de furia y calentura, al mismo tiempo que sabía que este juego era altamente peligroso, mis piernas estaban congeladas por la excitación y me limité a forcejear con Liam, como si quisiera provocarlo aún más.

—Te lo enseñaré —dijo con tono firme mientras sacaba la mano de entre mis piernas y me hacía girar para que mirara hacia la valla.

Me agaché bajo la alambrada mientras él me abofeteaba el culo como si fuera una de sus yeguas. Estaba furiosa, gruñí como un perro rabioso, pero el cabrón me pasó la mano por el culo y me apartó las bragas.

Estaba muy mojada y eso era algo que no podía controlar.

Dejé escapar un fuerte gemido cuando sentí aquella verga entrar en mí. Liam me penetró de un solo empujón, metiendo su miembro hasta el fondo y encajando su pelvis en mi culo.

Quería insultarlo, pero cuando empezó a moverse dentro de mí no pude hacer otra cosa que gemir.

¡Ahhhh!

Al principio me dolió un poco, hacía tiempo que no tenía relaciones sexuales y Liam tenía una verga generosamente grande, pero pronto me encontré completamente envuelta por sus movimientos contra mi cuerpo.

Me moriría sin admitirlo, pero estaba delicioso.

Con una mano en mi pelo, sujetándolo en una coleta, y la otra alrededor de mi cintura, se movía cada vez más rápido. Estábamos en medio del prado y lo único que oía era el sonido de su cuerpo chocando con el mío.

Cada célula de mi cuerpo reverberó cuando Liam se escabulló para invertirse de nuevo, haciéndome estremecer de dentro a fuera de una forma demencial.

Era una locura, John o algún otro empleado podía pasar y vernos como dos animales en celo contra la valla que dividía las propiedades.

Tenía que quitármelo de encima, pero mis instintos querían todo lo contrario. Me bajé aún más los vaqueros, haciendo que se deslizaran por mis muslos y se acumularan a mis pies.

Liam me desenredó y pensé que me daría paz, pero en el fondo, no era lo que yo quería. Le rodeé los hombros con los brazos y el vaquero me estrechó entre los suyos mientras yo le rodeaba la cintura con las piernas.

Volvió a bajarme las bragas y su verga estaba de nuevo dentro de mí, empalándome mientras Liam me movía arriba y abajo con sus fuertes manos sosteniéndome en el aire.

Era la primera vez que estaba en esa posición, nunca había tenido sexo con alguien tan fuerte y capaz de sostenerme durante más de medio segundo.

Mis caderas se movían solas, deslizándose arriba y abajo sobre aquel pene rígido y palpitante.

Iba a arrepentirme de haberme refregado sobre su verga como una salvaje, pero ya era demasiado tarde y lo único que quería era el orgasmo. Con mis brazos alrededor de sus hombros y mi boca en la suya, me moví arriba y abajo, apoyada en sus manos y sintiendo cómo me penetraba cada vez más.

El imbécil, idiota y estupído estaba de puta madre.

¡Wow!

Volví a clavarle las uñas en los hombros mientras me estremecía en medio de un delicioso orgasmo que me arrasaba, robándome la respiración y la estabilidad. Seguí subiendo y bajando, frotando mi pecho aún vestido contra su torso desnudo, curado y sudoroso.

Disfruté de cada gota de aquel maravilloso polvo hasta que me desplomé sobre sus hombros, respirando con dificultad.

Liam me levantó de su regazo con un rápido movimiento y tuve que apoyarme de nuevo en la valla para no caerme.

Se agarró el pene, apuntando al suelo, y vi cómo eyaculaba. Me di cuenta de que se había parado para no derramarse sobre mí.

En cuanto recuperé la racionalidad, volví a ponerme las bragas y recogí los pantalones caídos, poniéndomelos de nuevo.

—¿Te gustó? —Me miró con una sonrisa pícara mientras se recomponía.

—No, no me gustó. —Mentí—. Eres horrendo.

—¿Estuve mal?

—Sí.

—No sabes de lo que hablas.

—Estoy seguro de que sé de lo que hablo. —Hinché el pecho y levanté la nariz. Ni muerta admitiría que él era una delicia cuando se trataba de sexo—. Solo porque tienes esos brazos crees que sabes meterle la verga a una mujer como es debido.

—Lo sé, lo sé. —Apretó los dientes y me di cuenta de que le había tocado el ego—. Pero están todas muy contentas.

—O simplemente no quieren hacerte daño. —Me quedé viendo al vacío.

—No sabes de lo que hablas.

—¿Cuántas repitieron el acto?

No contestó, pero eso me bastó para deducir que no había muchas. Sabía que eso se debía a que probablemente no le importaban, pero le había plantado una pulga y quería ver la reacción.

—Tengo cosas mucho más importantes que hacer que lidiar con tu despliegue de masculinidad.

—¿Cómo?

—Adiós, Liam. —Me agaché para recoger mi rollo de alambre y desaparecí de su vista lo más rápido posible.

No quería admitir que habíamos tenido muy buen sexo y que lo había disfrutado demasiado.



Liam Collins

Capítulo veintiocho

Solo porque tienes esos brazos crees que sabes meterle la verga a una mujer como es debido.

No podía estar hablando en serio.

Me quedé paralizado mientras Suelen se alejaba, como si lo que acababa de pasar entre nosotros no significara absolutamente nada para ella.

Si había algo en lo que confiaba completamente era en el sexo. Estaba seguro de que cuando me probara, perdería toda esa actitud y se quedaría tranquila, pero me equivoqué, como si hubiera encontrado más formas de provocarme.

La había escuchado gemir, la sentí mojada, y podía jurar que había tenido un orgasmo mientras subía y bajaba sobre mí, pero por un momento me cuestioné.

¿Qué hice mal?

Se suponía que debería estar loca por mí, no viéndome con esa actitud de burla.

Goliat relinchó, recordándome que estaba atado a la cerca y había sido testigo de lo que acababa de pasar con la vecina.

Me ajusté el pantalón y me puse la camisa de nuevo.

Aún podía arreglar la situación y demostrarle que sería la mejor experiencia que tendría en su vida.

Me subí al caballo y traté de concentrarme en el trabajo que debía hacer. Afortunadamente, o no, Suelen no cruzó mi camino el resto del día, así que me enfoqué en las actividades que había que hacer en el rancho.

Caleb hizo algunas bromas sobre la fiesta del día anterior y terminó recibiendo unos patadones de mi parte. El pobre veterinario ni sabía que mi mal humor no era por él, sino por la reacción de Suelen.

—¿Liam?

Estaba completamente distraído, sentado en la veranda, mirando al vacío, cuando mi madre se acercó y puso una de sus manos sobre mi hombro.

—¿Estás ocupado?

—No.

—He separado algunos huevos y un pastel para que se los lleves a tus hermanos en el pueblo. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Claro.

Sonrió y acarició mi hombro.

Me levanté de la silla de madera y fui a la cocina a recoger las dos cajas que había separado. Estaban llenas de productos del rancho que hacía todo lo posible por enviarles a los dos, como si mis hermanos los necesitaran solo porque ya no vivían con nosotros.

—¿Hay algo más?

—No, eso es todo.

—¿Quieres que traiga algo?

—Si puedes pasar por el mercado y traer algunas mermeladas de Hope. Preferiblemente de frutas rojas. Las que compré el mes pasado ya se terminaron.

—Está bien. —Me incliné para darle un beso en la mejilla.

—Trae dos más. Cora debería venir este fin de semana y ya sabes cuánto le gusta esa mermelada.

—Lo recuerdo.

—Seguro que la está extrañando allá en Dallas.

—Es solo una mermelada, mamá.

—Yo la extrañaría. —Soltó una mirada confusa, haciendo pucheros.

—Está bien, la traeré.

—Gracias.

Tomé las cajas y salí.

Sería bueno pasar un tiempo fuera de casa y ver a mis hermanos para dejar de pensar en lo que podría haber hecho mal para que Suelen no estuviera en las nubes.


Suele
Jone

Capítulo veintinueve

Me quedé por un buen rato alerta y avergonzada, con miedo de que John o alguien más me hubiera visto con Liam. Dudaba que él fuera a comentar algo, pero no dejaba de ser vergonzoso.

El sexo era algo personal, no algo para hacer así, al aire libre, pero aún tenía todas esas sensaciones increíbles llenándome.

¡Dios mío!

¿Por qué los idiotas eran tan buenos en el sexo?

Es solo que hacía mucho tiempo que no lo hacía, Suelen, me aseguré a mí misma. Todo ese éxtasis era más por abstinencia que por la habilidad del vaquero. Liam era solo un engreído y no podía dejar que él se sintiera aún más por darme pie a cualquier interpretación suya.

No importaba, él había conseguido lo que quería y ese sexo salvaje no se repetiría. Podría seguir con mi vida normalmente sin tener al tipo ese molestándome.

—¡Tía!

—¡Titi!

—Hola, Thomy. —Me giré hacia mi sobrino y me di cuenta de que me estuvo llamando varias veces, por la expresión en su cara—.

¿Qué pasó?

—¿Lees para mí? —Me entregó un libro grueso con varias historias de cuentos de hadas—. Papá me leía.

—¿Qué te parece si vamos a acomodarnos allá en el sofá antes de que empiece?

—Está bien. —Asintió.

Lo tomé en brazos y subí las escaleras con él. Iba a concentrarme en los cuentos para que se quedara dormido. Honestamente, estaba dispuesta a todo para dejar de pensar en Liam.

Ese vaquero iba a volverme loca...

No importaba lo bueno que fuera en la cama, todos me habían dejado claro que ese tipo no era hombre de una sola mujer.

No necesitas más complicaciones...

Liam era el tipo perfecto de hombre que dejaba a una mujer fácilmente ilusionada. Con todo lo que estaba pasando, no necesitaba añadir esa combinación a mi galería de problemas.

—Tía…

—Ah... Entonces, el pie grande...

Respiré hondo y me concentré en contarle el cuento a mi sobrino. Afortunadamente, se quedó dormido rápido y yo fui a mi cuarto a hacer lo mismo.

Me recosté en la cama y esperé quedarme dormida pronto. Mi día había sido agotador con las actividades pesadas en la granja, pero ni siquiera cerré los ojos.

Me movía de un lado a otro, respiraba, me sentaba, me acostaba de nuevo. Cada vez que intentaba relajar mi mente, recordaba a Liam empujándome contra la cerca y penetrándome de esa manera ruda y salvaje, pero tan deliciosa.

Solo estabas necesitada...

Él ni siquiera es tan bueno.

Me repetía frases para intentar convencerme de ignorar mis instintos y deseos por ese tipo.

Me senté en el borde de la cama y saqué mi celular del mueble de la mesita de noche, le mandé un mensaje a Cloé. Solo quería hablar con alguien para dejar de pensar en él.

Suelen:

¿Estás despierta?

Cloé:

Más o menos...

Suelen:

No quiero interrumpir.

Cloé:

Me estoy recuperando de coitos ininterrumpidos.

Suelen:

¡Wow!

Cloé:

Estar recién casados es lo mejor, amiga.

Suelen:

Jajaja.

Cloé:

Tal vez tú necesites una buena metida de verga.

Suelen:

Estoy huyendo de eso.

Cloé:

¿Huyendo? ¿En serio?

Suelen:

Quiero evitar problemas.

Cloé:

El sexo no es un problema, amiga. Es una solución.

Suelen:

No con quien estuve hoy.

Cloé:

¡Espera! ¿Qué quieres decir? Pensé que no te estabas involucrando con nadie.

Suelen:

No lo estaba.

No estoy.

Cloé:

Explica bien eso.

Suelen:

Hay un vecino en el rancho de al lado. Por lo que entendí, su familia es la más influyente de la zona. Es un Collins, hermano del gobernador. Pero eso no es el problema. El tipo es el cabrón del pueblo, el tipo que se acuesta con todas.

Se me metió en la cabeza, probablemente porque soy carne fresca en el barrio. Al final, no pude resistirme. Hoy lo hicimos, en medio del campo, como si fuéramos animales.

Cloé:

¡Qué asco y qué delicia a la vez!

Mi amiga me mandó una foto del gobernador con un sombrero y una camisa más ajustada, sin el típico traje con el que siempre lo veía en la tele o en los carteles del pueblo.

Cloé:

¿Es igual de atractivo que su hermano?

Suelen:

Es más musculoso, más bronceado y más joven.

Cloé:

¡Ay, Dios! ¿Cómo resistirse a un monumento como ese? Solo me falta que me digas que tiene buen agarre.

Suelen:

El mejor que he probado.

Cloé:

¡Dale para adelante entonces!

Suelen:

¿Cuál parte de que se acuesta con todo el pueblo no entendiste?

Cloé:

Deja de lado los celos.

Suelen:

No puedo ser juguete de un tipo como él.

Cloé:

Ah, te estaba bromeando.

Suelen:

Tengo un sobrino que cuidar y un rancho que aprender a administrar. No necesito más problemas. Ese tipo de hombre es un lío seguro.

Cloé:

Un poco de emoción no hace daño.

Suelen:

¬¬

Cloé:

Está bien. Entiendo tu postura.

Suelen:

No puedo competir con las otras miles de mujeres de la zona que se le tiran.

Cloé:

¿Pero el sexo fue bueno?

Suelen:

Sí.

Cloé:

Entonces sigue adelante.

Suelen:

Jajaja.

Cloé:

Mi marido se despertó.

Suelen:

Vete.

Cloé:

Gracias.

Luego me muestras una foto del semental.

Suelen:

Relájate. Estás casada.

Cloé:

Solo voy a mirar, no hace mal jajaja.

Suelen:

Eres terrible.

Cloé:

Me voy.

Guardé el celular de nuevo en la mesita de noche, riendo.

La conversación con mi amiga no había logrado sacar a Liam de mi mente, pero al menos me divertí un poco.

Me di cuenta de cuánto me habían cambiado esos días desde que llegué al rancho. En otro momento de mi vida no estaría tan preocupada por involucrarme con el hombre equivocado. Liam no era el primero mujeriego de mi vida, pero antes no tenía otras responsabilidades además de cuidar de mí misma.



Liam Collins

Capítulo treinta

Cuando vi a Caleb por la mañana, mientras iba al establo a buscar uno de los caballos para revisar el ganado de carne en el pasto, tuve que contenerme para no contarle que por fin me había acostado con la vecina dura de roer.

Suelen había cedido, como todas lo hacían al final, solo que esta vez me dejó con un nudo en el estómago. Me dio miedo que alguien hiciera algún comentario y que ella dijera que yo no había sido gran cosa.

¡Eso fue puro impulso, Liam! Es obvio que le gustó, a todas les gusta.

Me repetía eso mentalmente, pero igual no lograba calmar mi ego. Me sentía muy molesto.

—Estás distraído hoy, Liam —comentó Caleb al pasar junto a mí, y recién ahí me di cuenta de que me había quedado parado junto al box del caballo, apoyado en la madera, con la mirada perdida, sin ver nada en concreto.

—Solo estoy pensando en algo.

—¿Desde cuándo tú piensas?

—Ah, vete a la... —Apreté los dientes y me detuve antes de soltar la grosería.

—Apuesto a que se trata de una mujer.

—¿Desde cuándo una mujer ocupa mi cabeza?

—Si está desnuda...

—Eso ya es otra cosa. —Me humedecí los labios.

—¿Quién es esta vez?

—¿No tienes trabajo que hacer? —Le di un coscorrón en la parte de atrás de la cabeza.

—Sí tengo.

—Entonces deja de meterte en mi vida.

—Uy, parece que esa mujer de la que hablas te dejó de mal humor.

—A trabajar, Caleb.

—Está bien, jefe... —Se alejó riéndose a carcajadas.

Sí, tenía razón, Suelen había logrado irritarme de una forma que no era común en mí.

Era solo una mujer, no había motivo para estar tan molesto ni perder tanto tiempo ni pensamiento en ella, pero aun así, parecía imposible sacármela de la cabeza.

Dudaba que siguiera manteniendo esa postura por mucho tiempo.


Suele
Jone

Capítulo treinta y uno

Después de que algunos animales se escaparan hacia el rancho de los Collins, había adquirido la costumbre de levantarme temprano y revisar si todos seguían en los pastos.

Antes no caminaba tanto, pero mis piernas estaban acostumbradas a pasar largos períodos de pie, sobre todo cuando la cafetería estaba llena.

Uno, dos, tres...

Eran casi cien cabezas de ganado de carne, y más de una vez perdía la cuenta y tenía que empezar de nuevo.

En un momento me acerqué a la cerca. Había unos cinco animales cerca del límite entre los ranchos, pero no me preocupé demasiado... hasta que se alejaron al notar mi presencia y vi quién estaba apoyado en la cerca.

Liam sonrió en cuanto nuestros ojos se cruzaron y sentí una mezcla de rabia con mariposas en el estómago que me descolocó por completo. Nunca había tenido que lidiar con una tentación tan fuerte.

Para colmo, el vaquero no llevaba camisa. Sus músculos y la piel bronceada por el calor de Texas estaban a la vista, marcándose cada vez que se movía.

—Buen día, vecina. —Ese gesto pícaro y descarado al bajar el sombrero solo alimentaba más mi furia.

Quería arañarlo con las uñas y, al mismo tiempo, volver a besar esos labios finos y ásperos.

—Buenos días.

—¿No dormiste bien?

—Como un ángel —mentí. Me la pasé toda la noche en vela por su culpa, pero ni loca iba a admitirlo.

—¿Y qué pasó?

—Mi mañana iba excelente... hasta que te vi.

—¿Y se puso mejor todavía?

—No. Fue como si el cielo se nublara de repente y se llenara de tormentas.

—Yo me veo más como un día soleado.

—Es bueno tener autoestima. —Hice una mueca.

—¡Excelente!

—Lástima que hay gente que tiene de sobra.

—¿Y quiénes serían? —Saltó la cerca y caminó hacia mí, obligándome a dar unos pasos hacia atrás, alejándome todo lo posible.

—Tú...

—No creo que sea solo autoestima.

—También es ego y prepotencia.

—No creo ser el único prepotente aquí.

¡Mierda! ¿Por qué sigue sin camisa?

Deja de mirar, Suelen.

—Ya noté que tenemos muchas opiniones diferentes.

—¿Tú crees? —Bajó la mirada hacia donde estaban mis ojos. Justo al comienzo de una línea de vello rubio que bajaba hasta el borde de su pantalón.

—Sin duda. —Saqué pecho y levanté la cabeza.

—¿Te gusta el atardecer?

—¿Qué?

—Cuando se esconde detrás de las montañas... —Pasó los dedos por su abdomen marcado y se detuvo en el borde del pantalón.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Solté una risa, aunque lo que realmente quería era humedecerme los labios.

—Nada. —Se limitó a mirar.

—Si tú ya no tienes nada que hacer, yo sí. —Intenté darme la vuelta para alejarme, pero antes de lograrlo, Liam me agarró del brazo.

—¡Espera!

—¡Suéltame!

—¿Y si no te suelto?

—Voy a gritar.

—Entonces grita. —Me tomó por la nuca y acercó mi rostro al suyo.

Con su lengua invadiendo mi boca, era imposible emitir cualquier sonido que alguien pudiera oír.

Le pegué en ese pecho firme y ancho con furia, pero enseguida mis instintos me traicionaron. Mis manos comenzaron a deslizarse por esos músculos deliciosos y por su piel sudada, casi como si se hubiera echado aceite.

Liam me agarró de la cintura con una mano firme y, con la otra, sujetó mi cabeza, haciéndome completamente su prisionera en ese beso salvajemente delicioso. Podía acostarse con todo el pueblo si quería, pero el cabrón besaba de maravilla.

Me dominó de tal manera, explorando cada rincón de mi boca, que cuando me di cuenta ya estaba correspondiendo el beso y ladeando la cabeza para buscar más. Incluso me puse de puntitas para nivelar la diferencia de altura entre los dos.

Era un desgraciado, un mujeriego, un patán... ¡pero qué rico beso!

Estaba toda caliente cuando su mano bajó y me apretó el culo con fuerza, clavando sus dedos en mi viejo pantalón de jean.

Liam no valía ni un centavo, pero besaba con un talento de otro mundo. Y no solo era bueno besando...

Bajó la boca hasta mi cuello y me mordió de un modo que me hizo poner los ojos en blanco y soltar un gemido ahogado. La excitación se acumuló rápido entre mis piernas, y sentía mi sexo palpitar.

Estaba completamente loca por repetir lo que pasó el día anterior, en contra total de lo que mi parte más racional me rogaba con desesperación.

Logré tomar un poco de aire justo antes de que sus manos pesadas se colaran debajo de mi blusa, y me escabullí de sus brazos.

—¡Detente! —Estaba jadeando.

—Tú lo quieres.

—No quiero.

—No sabes mentir.

—El que no sabe aceptar un no eres tú. ¡Idiota!

Lo empujé en el pecho y me alejé con pasos firmes.

Tenía las piernas temblorosas y necesitaba poner distancia entre nosotros antes de cambiar de idea y volver a tener sexo ahí mismo, en medio del pasto.



Liam Collins

Capítulo treinta y dos

Ella se alejó de mí, caminando lo más rápido que pudo, y yo me quedé parado, mirándola mientras se perdía a lo lejos, sin saber exactamente cómo reaccionar.

Suelen seguía diciendo que no me quería, aunque sus besos dijeran lo contrario. Estaba seguro de que no era el único lleno de deseo, pero esa forastera mimada no pensaba admitirlo bajo ninguna circunstancia.

—¡Maldita! —gruñí al mirar hacia abajo y ver el bulto en mi pantalón.

Las mujeres no solían dejarme así, con la verga dura, y luego irse como si nada, sin antes hacerme terminar.

Me acerqué a Goliat y él relinchó en cuanto me vio.

Le acaricié la cabeza mientras soltaba un suspiro largo y profundo.

—Esa bruja va a volverme loco.

Tomé mi camisa del sillín y me la volví a poner. Todavía sentía arder un poco el pecho por los arañazos que ella me había dejado, pero eso no era lo que más me molestaba.

Monté al caballo y volví a la casa principal justo para la hora del almuerzo. Me sorprendió ver que Cora y su marido estaban ahí.

—¡Liam!

—Hola, hermana.

Ella se levantó del sofá de la sala y me acerqué para abrazarla.

—¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Mejor ahora. —Le di un beso en la mejilla.

—¿Dónde está mi sobrina?

—¡Hola, tío! —Lara apareció desde el pasillo, cargando un osito de peluche y acompañada de su papá. Supuse que él la había llevado al baño.

—¡Hola, princesa!

—¿Sabías que voy a tener un hermanito?

—¿Ah, sí? —Me volví hacia mi hermana, que sonrió con algo de incomodidad y se llevó la mano al vientre.

—Lo supimos la semana pasada —dijo Cora, algo tímida.

—¡Felicidades!

—Al menos a este sí voy a verlo desde el principio —comentó mi cuñado.

—Eso espero. —Le lancé una mirada seria.

—Tu hermana fue la que no me dijo que estaba embarazada.

—Eso es cierto —admitió Cora, encogiéndose de hombros.

—¿Vamos a almorzar? —interrumpió mi mamá al entrar en la sala, disipando el pequeño momento de tensión que se había creado.

Yo seguía molesto, pero no era culpa de mi hermana ni de su esposo. Esa vecina loca me tenía con los nervios de punta y me estaba probando la paciencia.

¿Por qué no podía simplemente tener sexo salvajemente conmigo como cualquier otra mujer?


Suele
Jone

Capítulo treinta y tres

Él sabe cómo volver loca a una mujer...

Estaba cada vez más segura de eso cada vez que Liam se cruzaba en mi camino. Trataba de ser fuerte, hacía todo lo posible por resistirme a esa tentación, pero ese hombre jugaba en serio y con reglas que no eran las que yo conocía.

Ese pecho, los abdominales, el caminito del vello que bajaba hasta...

—¿Suelen?

Parpadeé cuando me di cuenta de que Mary me estaba llamando.

—Ah, hola...

—¿No te gustó la comida?

—Está excelente como siempre, Mary. Eres un hada en la cocina.

—No parece tan excelente si apenas has tocado el plato.

—Solo tengo la cabeza hecha un lío hoy. —Solté un suspiro antes de llevarme un buen bocado a la boca.

—¿Extrañas a tu hermano?

—Sí —mentí.

—Todos lo extrañamos, Austin hace mucha falta.

—Nunca voy a ser tan buena como él para ustedes, para este lugar y, sobre todo, para Thomy. —Volteé a ver a mi sobrino comiendo solo en su silla alta.

—No vas a ser como Austin, pero eso no significa que no seas buena también, y estoy segura de que estás dando lo mejor de ti.

—Gracias.

—De nada, querida.

Terminé de almorzar esforzándome al máximo por sacar a Liam de mi cabeza. No quería que siguiera metiéndose en mis pensamientos y me hiciera perder el enfoque, pero lamentablemente era justo lo que estaba pasando.

Era solo un hombre, un maldito mujeriego, no podía estar tan obsesionada con él.

—¿El gobernador solo tiene a Liam como hermano? —Me atreví a preguntar, llamando la atención de Mary, que estaba ocupada en la cocina.

—Ah, no. Son cinco. Jackson es el mayor, luego viene Malcon, que es el sheriff del pueblo, Cora, Liam y, por último, Zoe, la menor, que es maestra en la escuela primaria cerca de la plaza.

—Ah, ya veo. ¿Solo el gobernador está casado?

—No, el único soltero es Liam. Zoe fue la última, pero se casó el año pasado con Justin Foster. Él se había ido del pueblo cuando era joven, pero volvió por la muerte de su padre y terminó quedándose por ella.

—Entiendo.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, era solo una curiosidad tonta.

—Pensé que era por interés en Liam.

—No tengo ningún interés en Liam —respondí demasiado rápido y con tanta fuerza que terminé delatando mi mentira.

—Todas las mujeres jóvenes tienen interés en ese vaquero.

—Por suerte yo no soy como todas. —Torcí los labios.

—Hay otros hombres interesantes en el pueblo. Creo que podrías coquetear un poco. No te haría ningún daño.

—Ya tengo a un hombre de quién ocuparme, ¿verdad, Thomy?

—¿Qué? —Me miró confundido, dejando de comer.

Solo le mandé un beso y mi sobrino me devolvió otro.

—Aún eres muy joven, Suelen. Deberías divertirte, tener novio...

—Ay, Mary, solo no quiero meterme en problemas.

—Ni hace falta. Eres muy bonita, puedes encontrar un buen novio, uno que te haga feliz y te ayude a cuidar a Thomy.

—Tú ya me ayudas a cuidar a Thomy.

—Una figura masculina es importante para un niño.

—Tiene a John.

—Mi marido pasa más tiempo en el campo que en cualquier otro lugar.

—No sé... —murmuré al levantarme e ir al fregadero para lavar mi plato.

Tener novio en ese pueblo significaba involucrarme y crear lazos con un lugar con el que todavía no estaba segura de querer comprometerme. Sin embargo, no podía negar que mis planes de volver a Dallas o mudarme a alguna otra ciudad grande estaban cada vez más lejos.

Fredericksburg no era un pueblo tan perdido como yo pensaba.

—Este fin de semana hay un rodeo en uno de los pueblos vecinos. ¿Por qué no vas? Será una gran fiesta. Podrías conocer hombres jóvenes y guapos.

—¡Mary!

—Ay, querida, disfruta la vida. Al menos haz amigos.

—Tú eres mi amiga.

—Tengo edad para ser tu madre.

—Eso es solo un detalle.

—Ve y conoce gente de tu edad. Te hará bien.

—Lo voy a pensar.

—Date una oportunidad.

La última fiesta a la que fui terminó siendo un desastre terrible y no quería repetir la experiencia ni terminar en una situación aún peor.

—Voy a limpiar el establo —dije, al salir de la cocina.

—Que tengas buen trabajo.

—Gracias.



Liam Collins

Capítulo treinta y cuatro

Me había puesto unas botas especiales, uno de mis sombreros favoritos y una hebilla metálica con el grabado de un toro en el cinturón antes de salir para el rodeo ese día.

Como el gran campeón de los rodeos de la región, era de esperarse que ganara una vez más. Estaba seguro de que no fallaría. Llevaba años participando en esas competencias y sabía que cada vez lo hacía mejor.

Ese día fui solo, mis hermanos tenían otras cosas que hacer, ocupados con sus propias vidas. Mis padres se habían ido a Dallas con Cora, y el abuelo dijo que ya estaba muy viejo para volver a casa al día siguiente, pero me deseó buena suerte.

Fui en la camioneta hasta el lugar donde se realizaba la competencia. Era un terreno aislado en los límites de una ciudad vecina. Normalmente solo era un campo grande y verde con pocos árboles, pero una vez al año lo transformaban con estructuras de madera, cuerdas y hierro, montaban un escenario, circuitos para las competencias y puestos que vendían comida, bebida y otras cosas.

Apenas bajé del vehículo empecé a escuchar música. Ya había comenzado. Tocaba una banda country conocida en la región y en ese tipo de eventos.

Las mujeres no tardaron en acercarse a mí, sonriendo y saludando, mientras sus esposos o novios las miraban con cara de pocos amigos. No era mi culpa si resultaba mucho más interesante que ellos.

Recorrí el lugar, reconociendo rostros conocidos y otros nuevos, antes de presentarme para la competencia principal de la noche. Ese año había un toro nuevo, lo llamaban Diablo, y decían que ningún vaquero había logrado mantenerse los ocho segundos sobre él. Pero yo todavía no lo había montado.

Todos estaban esperando mi actuación, y yo iba a darles lo que querían.

—Hola, Liam. —Una pelirroja que no recordaba haber visto antes se acercó y puso una mano sobre mi hombro.

—Hola... —Le devolví la sonrisa.

—Estaba pensando si no quieres tomarte una cerveza conmigo.

—Más tarde podemos tomar lo que tú quieras. —Le guiñé un ojo, y ella soltó una risita.

—Me va a encantar.

—Solo espérame a que dome a ese toro y nos vemos.

—Suerte. —Se inclinó y me dio un beso en la mejilla.

Le agradecí, aunque no creía que fuera a necesitarlo.

Me di la vuelta, me alejé de ella y de las demás mujeres, y me preparé para montar. El toro ya estaba colocado en la cerca de metal y me subí sobre su lomo, sintiendo al animal moverse con fuerza debajo de mí, incluso antes de que se abriera la compuerta.

—Vamos, chico —le murmuré—. Sabes muy bien quién manda aquí.

Escuché la sirena y se abrió la compuerta. El animal empezó a dar saltos. Era bravo de verdad, y le hacía honor a su nombre, pero en esa competencia yo tenía claro quién iba a salir ganando.

Aparté la vista de él un instante y miré al público. Todos estaban emocionados al verme controlar la situación, gritaban y aplaudían. Pero no todos...

Para mi sorpresa, vi a Suelen en las gradas, pero no estaba sola. Había un tipo junto a ella. Otro vaquero que competía en los rodeos locales. Reían y conversaban como si fueran viejos conocidos.

No sé cómo, pero esa imagen me distrajo. El Diablo me sacudió, y cuando me di cuenta ya estaba rodando por el suelo de tierra dura y pasto arrancado por las patas de los animales. El toro no me pisoteó de milagro, porque los de seguridad lo detuvieron a tiempo.

Me levanté unos segundos después, un poco desorientado, viendo que solo habían pasado siete segundos. No ocho, ni más.

Siete...

Sentí un sabor amargo en la boca, una derrota que me golpeó el estómago mientras veía las caras de sorpresa y conmoción en el público.

Yo era el ídolo de los rodeos, siempre aguantaba los ocho segundos, siempre ganaba las competencias. Jamás me había caído de un animal, sin importar cuál fuera.

Jamás...

—¿Estás bien? —El locutor se acercó, preocupado, para ver si me había lastimado con la caída.

Asentí con la cabeza.

Físicamente estaba bien, pero mi ego... eso era otra historia.


Suele
Jone

Capítulo treinta y cinco

—¡Liam! —No pude contener el grito al verlo caer, inclinándome hacia adelante como si eso pudiera ayudar en algo para evitarlo.

Sentí un nudo en el estómago al verlo rodar varios metros por el suelo y al toro lanzarse sobre él con toda su fuerza, solo deteniéndose cuando fue interceptado por otros hombres.

—¡Tranquila! —El tipo que estaba a mi lado me sujetó para que no saliera corriendo hacia el cercado—. Está bien.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—Si no, se lo habrían llevado en camilla.

—Pero su cara…

—Eso es porque perdió. —El otro hombre a mi lado empezó a reírse a carcajadas—. Hasta donde sé, es la primera vez que no aguanta los ocho segundos.

—¿Y eso qué?

—Significa que tengo una oportunidad de ganar. Me diste suerte. —Extendió la mano y la puso sobre la mía. Me sentí completamente incómoda.

Había aceptado la propuesta de Mary de ir a ese rodeo y conocer gente nueva. Ese vaquero se cruzó en mi camino justo cuando bajé de la vieja camioneta de Austin. Él también acababa de llegar y descendía de un caballo con un pelaje negro brillante, el más hermoso que había visto en mi vida.

Era un hombre moreno, debía tener poco más de veinte, quizás treinta como máximo. Tenía ojos y cabello castaños, una barba oscura bien definida, y una sonrisa simpática que me atrapó enseguida en una conversación. Pensé que no tenía nada que perder.

Se llamaba Tyler, vivía en una ciudad vecina a Fredericksburg y llevaba compitiendo unos tres años.

—Ahora tengo que irme. Ya casi es mi turno.

—Okay.

—No te desaparezcas, eh.

—No te preocupes.

Lo vi alejarse y me quedé sentada en la tribuna. Cuando volví a mirar hacia el centro del espectáculo, Liam ya no estaba y todavía tenía ese sabor amargo en la boca, además del miedo de que realmente se hubiera lastimado.

Por más enojo que sintiera hacia él, no era tan cruel como para desearle algo malo.

—¿Quién era ese tipo?

Di un salto cuando Liam apareció a mi lado.

—¿Qué haces aquí?

—Primero responde mi pregunta. —Parecía molesto de una manera que me dio risa, pero cuando recordé su caída, comencé a examinarlo con la mirada.

—Tyler.

—¿Qué Tyler?

—Un amigo.

—¿Desde cuándo tienes amigos? —Frunció el ceño.

—¿Y desde cuándo eso es asunto tuyo? —Apreté los dientes.

—Parecía muy cercano.

—No tienes idea de cuánto. —Sonreí con más ganas al notar cuánto le molestaba.

Me había preocupado mucho por ese idiota, pensando que podría haberse lastimado de verdad, pero estaba bien... y seguía siendo un imbécil encantador.

—¿Cuándo se conocieron?

—Eso no es de tu incumbencia.

—¿Son solo amigos? ¿De verdad?

—Siéntate. —Tiré de la mano de Liam hacia abajo y lo hice sentarse a mi lado en la tribuna—. Es su turno de competir.

Liam empezó a refunfuñar, furioso, pero no entendí ni una sola palabra de los balbuceos que salían de su boca.

Estaba molesto, y yo simplemente me divertía.

Cuando se abrió la compuerta, Tyler salió montado sobre el mismo toro que había tirado a Liam. Mi nuevo amigo se sacudía bastante sobre el lomo del animal y por momentos pensé que caería, pero al final logró mantenerse los ocho segundos.

Apenas se bajó del toro, cayó de pie y me saludó con la mano. Con Liam sentado junto a mí, le devolví el saludo, haciéndolo enfurecer todavía más.



Liam Collins

Capítulo treinta y seis

Amigo... ¿Qué clase de amigo?

Suelen no tenía amigos. Ni siquiera vivía en la región antes de que Austin muriera. Mucho menos uno que fuera un idiota que había logrado superarme en mi propio juego. Yo era el campeón, siempre. No importaba dónde ni cuándo. Pero no esa noche.

Cuando el locutor levantó el brazo del sujeto y le entregó el premio, me hervía la sangre. No podía aceptar que alguien lo hubiera hecho mejor que yo en el rodeo.

Estaba lleno de rabia, y ese sentimiento solo empeoró cuando vi a Suelen ponerse de pie.

—¿A dónde vas?

No me respondió, simplemente siguió el flujo de mujeres que, en lugar de rodearme a mí, estaban mucho más interesadas en el tipo que se había llevado el premio esa noche.

—¡Suelen!

Me ignoró.

Intenté seguirla, pero se perdió entre la multitud.

¡No jodas!

Me levanté de las gradas y me abrí paso entre la gente hasta que la vi junto al tipo.

—Realmente me diste suerte esta noche.

—¿Quién carajos crees que eres? —dije, atrayendo la atención de él y de los que estaban cerca.

—¡Liam Collins! —respondió, con una sonrisa al mirarme—. ¿Viniste a felicitar al nuevo campeón?

—Ningún puto nuevo campeón —murmuré.

—Te caíste hoy, hermano. No siempre se puede ganar. —Puso el brazo alrededor de la cintura de Suelen y la atrajo hacia él.

No me di cuenta exactamente de lo que hacía hasta que mi brazo se movió solo y le di un puñetazo, haciéndolo tambalear hacia atrás y soltando a mi vecina.

—¡Liam! —gritó ella—. ¿Estás loco?

Cuando el tipo se recuperó del golpe y entendió lo que había pasado, se me fue encima con todo, intentando devolverme el golpe. Me hice a un lado y traté de soltarle otro puñetazo, pero esta vez el vaquero fue más rápido y logró esquivarlo.

—¡Por el amor de Dios, ya basta! —Escuché a Suelen suplicar.

La gente a nuestro alrededor formó un círculo y nos dejó espacio para ver la pelea sin correr el riesgo de recibir un golpe o una patada.

Me lancé contra él otra vez y traté de darle en el estómago. Me dio un puñetazo en la cara, pero yo lo golpeé en el estómago.

El sudor me corría por el rostro mientras esquivaba y buscaba otro hueco para acertarle. Se merecía cada golpe, cada patada y cada puñetazo.

Mi pie resbaló sobre el pasto y estuve a punto de caer de rodillas, pero encontré una oportunidad para golpearlo de nuevo en el estómago y lo hice caer hacia atrás. Iba a levantarme para rematarlo con una lluvia de puñetazos en la cara, pero antes de que pudiera hacerlo, escuché varios silbatos y vi que la policía se acercaba.

Hicieron falta dos oficiales para sujetarme y otros tantos para apartar a ese tal Tyler.

—¿Qué está pasando aquí?

—¡Suéltame! —Intenté forcejear.

—Llévense a los dos a la comisaría —ordenó el sheriff local.

—¡Ey, déjenme! —Seguí intentando zafarme, pero dejé de resistirme cuando vi la mirada atónita de Suelen. Probablemente no esperaba que terminara a los golpes con su nuevo amigo.

Me lanzaron al asiento trasero de una patrulla y me llevaron lejos, mientras todos los presentes en el rodeo observaban, preguntándose qué iba a pasar.


Suele
Jone

Capítulo treinta y siete

Entré en la vieja camioneta y seguí las patrullas que llevaban a Liam y a Tyler. Una parte de mí decía que debía volver a casa y dejar que ellos resolvieran las cosas. Todo ese caos no era culpa mía… ¿o sí?

Tragué saliva y apreté el volante con más fuerza.

Para alguien que no quería meterse en problemas, terminar en una comisaría con dos cavernícolas que casi se matan no era precisamente parte del plan. Sin embargo, la verdad es que estaba preocupada. Por Tyler… y, honestamente, también por Liam.

¿Por qué había sido tan imbécil al punto de armar una pelea? ¿Y qué tenía de malo si había perdido esa noche? Seguro habría muchas otras competencias donde pudiera recuperar su lugar. No podía ser que alguien fuera tan idiota como para no tener el mínimo espíritu deportivo y aceptar una derrota.

Me detuve detrás de las patrullas justo cuando los policías sacaban a los dos del asiento trasero para llevarlos al interior de esa pequeña caseta de aspecto rústico. Estacioné de cualquier forma, jalé el freno de mano y bajé sin cerrar el vehículo.

Fui hasta la entrada de la comisaría y vi a Liam forcejeando hasta que el policía lo soltó. El rubio parecía un perro rabioso,

resoplando como el toro que había montado.

—¡Suéltame!

Dejó de moverse cuando sus ojos se cruzaron con los míos en la puerta. Me miró con atención.

—Suelen...

—¿Estás loco? —dije entre dientes, molesta.

—Es un imbécil —murmuró Tyler.

—Ya verás quién es el imbécil cuando termine de romperte los dientes —amenazó el otro vaquero.

—¡Collins! —El policía alzó la voz.

—Ese idiota…

—Tu hermano no podrá salvarte el pellejo siempre —dijo el policía.

—Ni falta que me hace —Liam se encogió de hombros.

Imaginé que el policía se refería al sheriff o tal vez al gobernador, pero no podía estar segura.

—¿Y tú, señorita? —Uno de los policías se giró hacia mí—. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería saber cómo estaban.

—¿Eres el motivo de la pelea?

—¿Qué? ¿Yo? No… —No podía creer que esos dos estuvieran peleando por mi culpa.

—Estabas cerca cuando pasó.

—Sí, pero…

—¿Puedo irme a casa? —preguntó Liam, interrumpiéndome.

—Solo si Tyler no presenta cargos.

Nos giramos hacia el otro vaquero, y él negó con la cabeza.

—Solo quiero largarme de aquí.

—Está bien. —Asintió el oficial—. Pueden irse, pero si vuelven a pelear pasarán la noche tras las rejas para que aprendan la lección.

—¡Perfecto! —Liam pasó a mi lado y me agarró del brazo, jalándome con él hacia afuera.

—¡Ey! —Me sacudí hasta que me soltó—. ¿Qué estás haciendo? —Di unos pasos tambaleantes al liberarme de su agarre fuerte.

—Llevándote a casa.

—No necesito tu ayuda, conozco el camino.

—¿Ah, sí?

Miré como si no entendiera nada. No estaba tan segura, pero no iba a mostrarle ni un poco de debilidad.

—Okay. —Siguió mirándome fijamente.

—¿Y tú a dónde vas ahora, Suelen? —Tyler apareció detrás de mí y me di vuelta para enfrentarlo.

—A llevarme a mí en su camioneta —respondió Liam.

—Ah, ¿sí? —Tyler entornó los ojos—. No sabía que ustedes tenían algo.

—¡No tenemos nada! —respondí demasiado rápido—. Solo somos vecinos.

—Vecinos, nada más… —murmuró Liam.

—No pensé que yo estuviera sobrando —Tyler me miró con cierta tristeza—. Fue un gusto conocerte, Suelen.

—Tyler… —susurré, y no pude impedir que se marchara—. ¿¡Qué crees que estás haciendo!? —Empujé a Liam por los hombros. Esta vez era yo quien estaba furiosa.

—Protegiéndote.

—¿Protegiéndome? —La respuesta fue tan absurda que me dieron ganas de reír—. Deberías empezar por protegerme de ti mismo.

—Ay, ya basta…

—¡El que tenía que parar eras tú! —dije entre dientes.

—No me digas que de verdad te interesaba ese idiota.

—¿Y tú crees que eres mejor que él?

—Por supuesto que sí. —Sacó pecho, todo confiado.

—El ego es algo que definitivamente te sobra.

—Soy mucho mejor que él.

—No hoy. —Me reí al recordarme que había perdido el rodeo, y creo que él lo notó porque se puso todavía más molesto.

—Eso fue tu culpa.

—¿Mi culpa? —Fruncí el ceño.

No dijo nada, solo resopló.

—¿Sabes qué? Buenas noches, Liam. —Pasé a su lado y caminé hasta la camioneta que estaba a pocos metros.

Me senté en el asiento del conductor, pero antes de que arrancara, él se metió al lado y cerró la puerta.

—¿Qué estás haciendo?

—De verdad necesito que me lleves. Dejé mi camioneta en el rodeo.

Respiré hondo. Por un segundo pensé en dejarlo ahí, en medio de la nada, pero no tenía energía para echarlo.

—Está bien, te voy a llevar por tu camioneta.

—¡Genial! —Se puso el cinturón y encendí el vehículo.

La comisaría quedaba a solo unos minutos del lugar donde fue la competencia. El pueblo vecino era tan pequeño como Fredericksburg, todo quedaba cerca.

Durante el corto trayecto, me enfoqué solo en manejar. Estaba tan enojada que ni siquiera quería mirar a Liam. ¿Cómo podía alguien ser tan exagerado y narcisista como para agarrarse a golpes por una competencia?

Tenía que aprender a tomarse las cosas con más calma, pero dudaba que eso fuera a pasar.



Liam Collins

Capítulo treinta y ocho

Suelen se detuvo en el estacionamiento del rodeo y alcancé a ver mi camioneta no muy lejos. El lugar estaba prácticamente vacío. La mayoría de la gente ya se había ido. Solo quedaban algunos borrachos y parejas besándose a escondidas entre las sombras.

—Que te vaya bien —dijo, apretando los dientes mientras esperaba que me bajara del auto.

—Ey, no tienes por qué estar tan molesta.

—¡¿No tengo por qué?! —Mi comentario provocó el efecto casi contrario y bufó.

—Estás exagerando.

—¿Exagerando? Es la segunda vez que arruinas mi noche.

—Yo no arruiné tu noche.

—¿No? ¿Y seguirte a ti y a Tyler hasta la comisaría fue divertido, acaso?

—Te salvé de ese tipo.

—¿Salvarme? ¿Cómo puedes decir algo así?

—No puedo creer que de verdad te interesara ese imbécil.

—Sí me interesaba. —La forma en que lo dijo me hizo hervir la sangre.

—Tú no ibas a...

—Quien decide lo que hago o no hago soy yo, vaquero. —Señaló la puerta para que bajara de su auto.

—Suelen...

—Buenas noches, Liam.

—Tu noche no tiene por qué terminar ahora.

—¿De qué estás hablando?

—Soy mucho mejor que ese tipo.

—Seguro le ganas en tamaño de ego.

—Ah, vamos.

—Vete, Liam.

—¿Y si no quiero irme?

—Tú...

Me incliné hacia ella y la besé. Suelen golpeó con fuerza mis hombros, intentando apartarme, pero terminó cediendo cuando mi lengua invadió su boca, pidiendo paso, mientras mi mano firme se enredaba en su nuca.

Me mordió el labio inferior y sentí el sabor metálico de la sangre mientras el beso se volvía aún más salvaje. No había nada

que aquel vaquero pudiera hacerle que yo no pudiera ofrecerle de una forma mucho mejor.

—Maldito... —Mi lengua la interrumpió de nuevo y sentí sus uñas clavarse en mis hombros como si fueran garras.

Deslicé la mano hasta su cintura y la atraje hacia mí, haciendo que soltara la palanca de cambios y terminara sentada en mi regazo, en el asiento del copiloto de la vieja camioneta.

Arañaba mi cuello y jalaba mi cabello, mientras nuestras bocas se devoraban en un beso cada vez más salvaje. Agarré su culo firme y redondo, y la obligué a frotarse contra la erección que ya tensaba mi pantalón de jean.

Un gemido se escapó de mí en medio del beso mientras disfrutaba del roce de su cuerpo femenino y curvilíneo contra el mío.

Suelen estaba buenísima y alimentaba mi deseo como una maldita llama viva.

Solo podía pensar en lo mucho que quería que se subiera encima de mí.

Mis manos se metieron debajo de su camiseta y subieron hasta su sostén, apretando sus tetas mientras nuestras bocas seguían pegadas. Podía estar furiosa conmigo, pero era evidente que no era el único ahí muriéndose de ganas.

Le quité la blusa, hizo que levantara los brazos, y arrojé la prenda al asiento del conductor, quitándole el sostén enseguida, dejando que sus tetas firmes se frotaran contra mi rostro. Me lancé sobre uno, succionando como un animal hambriento, mientras mis manos sujetaban con fuerza su cintura.

Suelen echó la cabeza hacia atrás, dejando escapar gemidos, mientras los cristales de la camioneta se empañaban cada vez más.

Todavía chupando sus tetas, haciendo que los pezones se pusieran cada vez más duros, abrí el cierre de su pantalón y la giré, haciéndola inclinarse sobre el tablero del carro.

—¡Liam! —gritó, cuando empecé a bajarle el pantalón junto con las bragas, hasta los pies enfundados en botas.

—Siéntate en mi regazo.

—¡Estás loco!

—Solo te estoy mostrando que soy el mejor vaquero para que montes.

—¿Quién dijo que yo...? ¡Ahhh! —Empezó a gemir cuando pasé la mano por su vulva, tocando los labios vaginales húmedos de su excitación.

—¿Que tú qué?...

—¡Idiota!

—Vamos... móntame. —Abrí el cierre de mi pantalón y saqué mi verga, dura y lista, esperando que se encajara en mí.

Suelen bajó con el culo sobre mi regazo mientras sus uñas se clavaban en el tablero del auto y sus gemidos se volvían más intensos, casi como un suspiro de alivio por estar por fin montando en mí.

Le agarré esas deliciosas nalgas y la hice rebotar más rápido mientras mi verga se hundía más y más en su vagina mojada. Suelen podía negar lo que quisiera, pero se moría de ganas de mí.

Mis manos recorrían su culo y sus muslos mientras ella cabalgaba, haciendo que sus tetas se movieran y los gemidos llenaran el interior del auto empañado.

Le di unas nalgadas y apreté sus glúteos en un vaivén frenético que seguro duró más de ocho segundos.

Cayó hacia atrás, recostándose en mi hombro, y me di cuenta de que había llegado, moviéndose lento, aprovechando las sacudidas.

Yo aún no me venía, pero mi verga palpitaba dentro de ella. No faltaba mucho.

—Vamos a la caja.

—Nos van a ver...

—Créeme, nadie está lo suficientemente sobrio como para ver cómo tenemos sexo.

—Liam...

Abrí la puerta y la jalé conmigo. La levanté y la llevé a la caja de la vieja camioneta, haciéndola inclinarse hacia adelante y empujándola contra la estructura metálica de carga.

—Vas a... ¡Ahhhh!

—Ahora me toca a mí montar.

La sujeté de la cintura y me metí en ella por detrás, haciéndola retorcerse a medida que retomaba el ritmo. Suelen solo tenía las bragas y el pantalón enrollados en los tobillos, mientras la luna se reflejaba en el resto de su cuerpo desnudo, sus tetas rebotando con cada embestida.

Con una mano le agarré el cabello, enredándolo fuerte, y con la otra mantuve su cintura firme, aumentando la velocidad con que mi cuerpo golpeaba el suyo, y el impacto lo amortiguaban esas nalgas increíblemente redondas.

Solo había luz de luna, pero podía ver su piel brillando de sudor mientras teníamos sexo cada vez más salvajemente. Intenté aguantarme, disfrutar el momento, pero pronto acabé con un chorro caliente y firme que se derramó dentro de su estrecho canal.

Di unas cuantas estocadas más hasta quedar agotado y me desplomé sobre su espalda, respirando contra su nuca mientras me recuperaba.

—No soy una de tus yeguas para que me montes como se te dé la gana.

—Creo que ya es un poco tarde para decir eso.

Suelen gruñó y se giró, dándome una bofetada en la cara, pero en lugar de molestarme, me eché a reír.

—Bájate o juro que te tiro. —Saltó fuera de la caja y entró en la camioneta tan rápido como pudo.

Pasaron unos segundos antes de que encendiera el motor. Imaginé que se estaba vistiendo.

Me acomodé la ropa y justo cuando encendió el vehículo, salté.

Suelen no dijo nada. Solo pisó el acelerador y se alejó, dejándome ahí.


Suele
Jone

Capítulo treinta y nueve

¡Ese tipo no vale nada!

Estaba furiosa, a punto de golpear el volante de tanta rabia.

No me había mudado para terminar siendo el juguete de un imbécil. Por más que me metiera la verga de manera deliciosa.

Y vaya que lo hacía… Suelen...

Mientras conducía de regreso al rancho, mi mente se llenaba de flashes del sexo frenético e irresponsable que acabábamos de tener.

Ya tenía suficientes problemas en mi vida como para que Liam se convirtiera en uno más. Después de verlo acabar en la cárcel por golpear a Tyler, quedaba aún más claro lo irresponsable e impulsivo que era. La situación pudo haber terminado mucho peor si no fuera por la influencia de su familia, que cada vez demostraba tener más poder.

Todos respetaban a los Collins, pero Liam se pasaba de la raya.

Había demasiados riesgos al involucrarme con él. No podía quedarme tranquila pensando que solo sería sexo casual sin consecuencias para ninguno de los dos.

Detuve la camioneta frente a mi casa y vi que la luz de la sala seguía encendida. No tenía idea de qué hora era, pero debía ser bastante tarde.

Entré y encontré a Mary acostada, con la televisión encendida. Estaba puesto algún programa nocturno, pero ella se había quedado dormida en el sofá.

Me acerqué despacio y le toqué el hombro con suavidad.

—Mary...

—Ah, Suelen... —Se sentó en el sofá, frotándose los ojos con sueño—. ¿Qué hora es?

—No lo sé.

—¿Te divertiste?

—Gracias por quedarte con Thomy por mí.

—No tienes que agradecerme, amo a ese niño.

—Vete a casa a descansar.

—¿No necesitas nada más?

—No, tú necesitas descansar.

—Terminé quedándome dormida en el sofá. —Rió con pena.

—No te preocupes. ¿Thomy está en su cuarto?

—Sí, se durmió hace rato.

—De verdad, muchas gracias.

—De nada, querida. —Me dio un beso en la mejilla y salió de la casa.

Apenas Mary desapareció de mi vista, me dejé caer en el sofá donde ella había estado, soltando un largo suspiro. Todavía estaba algo agotada, y mi entrepierna palpitaba al recordar a Liam ahí. Estaría muy enojada con ese imbécil si no me metiera la verga tan bien.

Liam Collins era una trampa en la que no podía seguir cayendo.



Liam Collins

Capítulo cuarenta

A la mañana siguiente, fui a cuidar de los animales antes de que saliera el sol, revisé el agua y la comida en el establo y regresé a casa, encontrándome con un delicioso aroma a pastel que llenaba toda la casa.

—¡Mmm, qué delicia! —dije, acercándome a la cocina, donde vi a mi madre sacando el molde del horno.

—¿El olor te despertó?

—No. Acabo de llegar del establo. No me di cuenta de que ya estaban en casa. Pensé que iban a pasar el resto del fin de semana en Dallas con Cora.

—Ella y Brandon tenían turno en el hospital hoy. Lara se quedó con los padres de él y decidimos regresar, llegamos anoche.

—Entiendo.

—¿Cómo estuvo el rodeo?

—Mejor no hablemos de eso. —Torcí los labios, tomé una silla de la cocina y me senté en ella justo antes de que mi madre pusiera el pastel frente a mí.

—Te encanta hablar de los rodeos.

—No esta vez.

—¿Qué pasó? —Se acomodó junto a mí.

—Perdí. —Bajé la cabeza, molesto.

—No se puede ganar siempre, hijo. —Puso la mano sobre mi hombro y me acarició con ternura.

—Pero...

—Liam, no te castigues tanto. Ganarás el próximo, y si no, tampoco pasa nada.

Seguí con la cabeza agachada y en silencio. Pensé que era mejor no contarle a mi madre que había perdido la concentración por culpa de una mujer.

—¿Puedo comer el pastel? —Me incliné hacia adelante para cambiar de tema—. El aroma está increíble.

—Déjame terminar el café y llamar a tu padre y a tu abuelo.

—Está bien...

—¿Qué te parece si invitamos a la nueva vecina y al hijo de Austin a comer con nosotros? Es domingo y tus hermanos no vienen. Imagino que ella también debe estar extrañando los momentos en familia. Es tan triste pensar que la pobre perdió a su hermano y todavía tiene que cuidar a su sobrino pequeño.

—No sé si sea una buena idea, mamá.

—¿Por qué no?

—No sé. —Hice una pausa larga.

Otra cosa que decidí no contar era que ella me había dado una bofetada después de que tuviéramos sexo.

—¿Qué hiciste, Liam?

—¿Cómo que "qué hice", mamá?

—Te conozco muy bien.

—No hice nada. —Giré los ojos mientras mentía.

—Ella necesita apoyo ahora en esta etapa tan difícil de su vida.

—Yo la apoyaría muy bien… —añadí, pensativo, imaginándola en mis brazos.

—Ah, Liam...

Tal vez mi madre me conociera un poco más de lo que me gustaría.



Capítulo cuarenta y uno

Preparé el desayuno para Thomy, cortando una manzana y poniendo leche en su vasito con tapa antes de sacarlo de su corralito y ponerlo en la silla alta.

—¿Quién tiene hambre? —pregunté.

—Yo —respondió.

—Entonces vamos a comer.

Era día libre para Mary, y considerando que ella había estado con el niño hasta tarde la noche anterior, no había nada más merecido que pudiera quedarse en casa para descansar.

Puse el café frente a él y le di un beso en la frente a mi sobrino antes de preocuparme por el mío. La responsabilidad de cuidar a un niño pequeño se estaba volviendo menos pesada y aterradora con el paso del tiempo, y el hecho de que me estaba acostumbrando cada vez más a la rutina.

Freí algunas rebanadas de tocino y preparé huevos revueltos. Estaba dudando si hacer o no un panqueque cuando escuché un ruido.

—La puerta... —observó Thomy.

—Alguien tocó.

No era una pregunta, pero el niño asintió con la cabeza.

—Quédate quieto aquí comiendo tu desayuno que ya vuelvo.

—Está bien.

Apagué el fuego y fui hasta la entrada de la casa, abriendo la puerta y encontrándome con Liam de pie en mi entrada.

—Cuanto más rezo, más fantasmas se me aparecen —mascullé, frunciendo el ceño al verlo.

El vaquero tocó la ala de su sombrero y me sonrió con un gesto travieso en la esquina de los labios.

—Ojalá todas las fantasmas fueran tan bonitas.

—Creo que al menos son más humildes.

Él solo soltó una risita como si no le importara.

—No sé qué estás haciendo aquí, pero sería mejor que te fueras.

—Vine a invitarte a almorzar.

—¿Qué? —Levante las cejas, sorprendida por la propuesta. No pensaba que alguien, mucho menos Liam, me hiciera una invitación así.

—Mi mamá cree que sería bueno que vinieras a almorzar con nosotros y trajeras a Thomy. Los domingos deben ser solitarios para ustedes dos.

Obvio que tenía que ser su madre. No era el tipo de propuesta o preocupación que imaginaba que viniera de Liam.

—Mira, agradece a tu madre de mi parte, pero tengo otros planes.

—¿Y qué planes serían?

—No es asunto tuyo. —Apreté los dientes.

—Ah, vamos, Suelen.

—¿Siempre eres así?

—¿Así cómo?

—Tan... —Me costó encontrar la palabra correcta—. Insistente.

—Solo con algunas.

—¡Ah, claro!

—Te va a gustar almorzar con los Collins, la comida de mi madre es la mejor y siempre hay postre.

—¿Crees que me vas a convencer con comida?

—Bueno, la propuesta fue de ella, pero puedo decir que no quieres ir, no hay problema. —Se hizo el desentendido y dio media vuelta—. Estoy seguro de que a ella no le va a gustar la desfachatez.

—No me vengas con jueguitos.

—No es un jueguito. Soy un hombre muy directo.

—Eso ya lo noté.

—¿Entonces?

—Voy a pensarlo...

—No tardes mucho. —Bajó por la entrada, las escaleras de madera y lo vi alejarse hacia el caballo que estaba en la entrada de la casa.

Liam era un idiota, pero sabía muy bien cómo jugar sus cartas. Tal vez eso me molestaba aún más.

Volví a la cocina y encontré la carita amigable de mi sobrino mirándome.

—Tía, *telminé*.

—¿Quieres más?

—No.

—Está bien.

Tomé mi plato y mi taza de café y me senté a la mesa mientras lo observaba. Thomy estaba tranquilo, distraído en su propio mundo y parecía estar en paz. Cuanto más pasaban los días, mejor se veía respecto a la pérdida de su padre. En algunos momentos preguntaba por mi hermano, pero en el fondo sentía que ya había comprendido que su padre no iba a regresar.

—¿Thomy?

—Sí, tía.

—¿Quieres ir a almorzar con los Collins?

—¿Collins? —preguntó, inclinando la cabecita sin entender.

—Los vecinos de al lado.

—Mmm... —Pensó un poco. Yo no sabía qué relación tenía el niño con ellos, ni siquiera si sabía quiénes eran los Collins, pero después de un rato, Thomy respondió—. Sí, *quielo*.

—Está bien.

Quería una excusa para no ir, aunque una parte de mí todavía deseaba ver a Liam.

Ese idiota sabía perfectamente cómo volver loca a una mujer.



Liam Collins

Capítulo cuarenta y dos

—¿Viene? —preguntó mi madre, tan pronto como regresé a casa y me acomodé en el sofá, viendo una subasta de ganado en la televisión junto a mi padre.

—No sé.

—¿Cómo que no sabes?

—Ella dijo que lo iba a pensar.

—¿Qué le hiciste a esa niña, Liam? —Mi padre me miró con cara de pocos amigos y yo me eché hacia atrás en el sofá.

—¿Yo? —Levanté las cejas, haciéndome el desentendido—. No le hice nada —mentí.

—Déjalo. —Me defendió mi abuelo—. Es joven y está aprovechando la vida.

—Tu nieto aprovecha la vida demasiado, padre.

Dejé que siguieran conversando, no iba a defenderme porque no creía haber hecho nada malo. Yo era un hombre soltero y tenía todo el derecho de involucrarme con la mujer que quisiera. Me había acostumbrado a eso desde siempre.

Mi madre volvió a la cocina para terminar el almuerzo y nosotros nos quedamos frente al televisor. Tomé una botella de

cerveza y traté de esquivar el tema del rodeo de ayer. No quería tener que explicar mi derrota.

Cuando el almuerzo estuvo servido y mi madre nos llamó, me levanté para ir a la mesa, pero antes de eso escuché que llamaban a la puerta.

—Ve a ver quién es —me pidió mi padre.

Asentí mientras caminaba hacia la puerta y una parte de mí tenía esperanzas de que fuera Suelen. Cuando nuestros ojos se cruzaron, sonreí.

—Hola.

—Thomy quiso venir —dijo, mientras abrazaba al niño que se colgaba de su cuello, dirigiéndome una media sonrisa.

¿Thomy? ¿A quién quiere engañar?

Le sonreí ampliamente y abrí más la puerta para que pudieran pasar.

—Entra, siéntanse como en casa.

—Gracias.

Un poco incómoda, caminó hacia la sala y saludó a los otros dos que estaban allí.

—Llegaste en el momento justo —dijo mi padre—. Francine acaba de servir el almuerzo.

—Muchísimas gracias por la invitación, señor Collins.

—Siempre serás bienvenida aquí. Tu hermano era una persona muy querida por nosotros.

—Por todos. —Suspiró largo.

—Fue una tragedia terrible —balbuceó mi abuelo.

—Sí. —Movió la cabeza.

—Hablemos de cosas buenas. —Intentó cambiar de tema mi madre antes de que el ambiente se pusiera demasiado sombrío—. El olor de la carne está delicioso.

—Sí. —Suelen volvió a sonreír—. Parece delicioso.

—Entonces ven a probarlo. —Mi madre la guió para que se acomodara en la mesa del comedor.

El almuerzo fue tranquilo, aunque en algún momento Suelen y yo nos cruzamos miradas, ninguno de los dos se atrevió a decir nada sobre lo que había pasado la noche anterior, especialmente con mi familia cerca.

Admito que debo haber lanzado algunas miradas maliciosas hacia ella mientras mi mente divagaba un poco en lo que habíamos hecho. Quería más, me moría por repetirlo y dudaba que ella pensara lo contrario, aunque fuera difícil para ella admitirlo.

Después del almuerzo, mi madre sirvió una torta dulce con chocolate y sirope de postre. Estaba deliciosa.

Suelen se ofreció a ayudar con los platos y mi padre se quedó jugando con el niño. Le encantaban los niños y sabía que extrañaba tener a sus nietos en casa todos los días.

La observé mientras interactuaba con mi madre, fingí estar distraído al fondo de la cocina, pero lo que realmente me llamaba la atención era su culo moviéndose en esos pantalones tan ajustados. Traté de adivinar varias veces qué color tendría su ropa interior y me encontré sonriendo discretamente.

Cuando ella y mi madre terminaron, me acerqué.

—¿Tienes un momento?

—Liam...

—Puedes ir, querida. Ya me ayudaste mucho por aquí.

Casi le di un beso a mi madre en agradecimiento.

Hice un gesto con la cabeza y esperé a que Suelen me siguiera hasta el exterior de la casa, pasando por la puerta de la cocina. Me detuve cuando nos acercamos a un árbol cerca del granero.


Suele
Jone

Capítulo cuarenta y tres

No debería seguirlo, al mismo tiempo que quería hacerlo.

Liam me estaba volviendo loca y, por mucho que intentara resistirme, fracasaba estrepitosamente con cada momento que pasábamos juntos.

—¿Qué es lo que quieres? —Me crucé de brazos, mirándolo con una postura seria mientras me apoyaba en el árbol.

—Cualquier cosa menos charlar. —Me guiñó un ojo con su habitual mirada espeluznante.

—Crees que el lío de anoche no fue suficiente.

—¿Tú crees?

—Liam, en serio, basta.

—Tú no quieres que pare. —Estiró la mano para tocarme la cara y me aparté, pero no tenía mucho espacio para huir.

—¡Idiota! —Le pegué con las manos en el pecho duro, tratando de alejarlo.

—Pero sabes que beso jodidamente bien.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Solo disfrutar...

—Disfrutar de mí.

—Disfrutar contigo. —Sonrió aún más y yo seguía sin entender cómo alguien podía ser tan desgraciado.

—Déjame en paz...

—Soy demasiado bueno para eso.

—No eres tan bueno como crees.

—¿Cómo que no? —Logré herir su ego y Liam cambió la expresión.

—Apuesto a que Tyler es mucho mejor.

—Él no lo es.

—Eso lo voy a averiguar. —Giré el cuerpo hacia un lado, intentando salir de su alcance, pero antes de que pudiera alejarme mucho, Liam me agarró de la muñeca.

—No vas a irte a ningún carajo.

—¿Y quién va a impedirlo?

—¡Yo! —Me apretó contra el árbol, dejándome sin aliento.

Intenté mantener el control y volver a respirar mientras esa montaña de músculos y testosterona me empujaba contra la corteza del árbol.

—¿No confías en ti mismo, verdad? —Saqué el pecho y levanté el rostro para encararlo.

—Claro que confío.

—Estás muerto de miedo de que me acueste con Tyler y ande por ahí diciendo que él me mete la verga mucho mejor que tú.

—No te vas a acostar con ese tipo.

—Yo me acuesto con quien se me da la gana.

—¡No! —gruñó como un perro rabioso.

—¿Por qué?

—¡Porque eres mía!

Iba a decirle que no era suya de ninguna forma, pero antes de que pudiera abrir la boca, Liam me sujetó los brazos con fuerza y su boca se lanzó con violencia sobre la mía. Ese modo salvaje con el que me besaba y dominaba mi lengua me dejaba completamente a su merced. Resistirme era imposible.

Su lengua dominó la mía hasta dejarnos sin aire, jadeando y con los labios adoloridos. Cuando Liam deslizó los labios por mi cuello, quise tener fuerzas para empujarlo, pero cada parte de mí parecía dispuesta a traicionar mi razón con tal de mantenerlo ahí.

—Tus padres... —intenté encontrar un poco de lucidez.

—No van a salir de la casa —Liam mordió la base de mi garganta y me estremecí por completo—. Pero...

Su mano firme y pesada subió por mi nuca y se enredó en mi cabello, haciendo que mi cabeza se echara hacia atrás, apoyándose

contra el tronco del árbol.

—¡Liam!

—Tú me deseas...

—¡No!

—¿No?

Nos miramos fijamente. Aquellos ojos claros, verdes como la hierba, eran el mayor paraíso de una mujer. El maldito sabía lo caliente que estaba y que yo no podía resistirme más.

Contuve la respiración, mi boca estaba entumecida y seca mientras la suya permanecía muy cerca, pero sin tocarla. Tenía los labios finos, con la piel más seca, pero era la mejor boca que había sentido en mi vida.

Pensé en mi sobrino y en todo lo que tenía que cuidar y resolver, pero aun así, con esa cercanía era imposible resistirse.

—Vamos, semental. —Solté el aire que retenía en los pulmones—. Muéstrame de lo que eres capaz.

Se rió y me agarró por la cintura, echándome por encima de su hombro como si fuera un saco de patatas. Quise protestar, apartarlo, pero me pareció demasiado tarde.

Me di cuenta de que me había llevado a otro sitio cuando las puertas de madera se cerraron detrás de nosotros y Liam me arrojó sobre algo blando y que me picaba al mismo tiempo. Giré la cabeza

hacia un lado y me di cuenta de que estaba en el granero, encima de una pila de heno.

La única vez que tuve que respirar fue cuando se desabrochó la camisa, mostrando su pecho musculoso y su abdomen bien formado.

Me humedecí los labios, sintiéndome extremadamente caliente mirándolo.

¿Por qué estaba tan bueno el idiota?

Avanzó hacia mí y volvió a besarme. Le rodeé el cuello con las manos y respondí con la misma ferocidad, llevando mi lengua contra la suya casi en una competición.

Todo mi cuerpo ardía, como si no hubiera más espacio para la excitación y las pulsaciones en mi vulva eran cada vez más frecuentes. Habíamos tenido sexo como locos la noche anterior y yo seguía completamente desesperada por más.

Sus firmes manos tiraron de mi blusa y no opuse resistencia a que me la quitara. Sus dedos recorrieron mi espalda y abrieron el broche de mi sujetador, desabrochándolo y colocándolo sobre el heno.

Nunca había estado con alguien que hiciera que el sexo pareciera tan salvaje y delicioso al mismo tiempo. La sangre me corría por las venas y tenía un hambre insaciable de más.

Puse mis manos sobre su cara, sintiendo los pelos rubios de su barba sin afeitar, y acerqué su boca a la mía. Liam me mordisqueó el labio inferior mientras nuestras lenguas se encontraban, dándome aún más sed.

Sus manos me quitaron el resto de la ropa, dejándome desnuda sobre el heno y la única protección que tenía en la espalda era su camisa, que él había extendido. No había nada mejor que ese contacto pesado, con sus manos firmes y callosas mientras me entregaba por completo.

Su boca terminó en mis tetas y Liam lamió el valle que hay entre ellas de una forma sexy y sensual antes de chupar una de ellas. Me retorció el pezón con los labios y dejé escapar un fuerte gemido. Hundí la cabeza en el heno, completamente rendida mientras él me chupaba los pezones y me mordisqueaba los pechos.

Sabía muy bien lo que hacía.

Liam me agarró fuertemente por la cintura y me besó, me hizo chupetones y me mordisqueó los pechos, el vientre y el monte hasta que metió la cabeza entre mis muslos. La sola sensación de su aliento rozando mi vulva fue suficiente para ablandarme y ponerme aún más excitada.

Sí, por favor...

No podía pensar en otra cosa que no fuera esa deliciosa boca chupándome. Intenté darme la vuelta, pero él era fuerte y me quedé

quieta, murmurando en voz baja. Liam me lamió, separando mis grandes labios vaginales con su lengua y mis ojos se pusieron en blanco.

¡Ayuda!

Liam me provocó, como si yo fuera un trozo de carne en su plato. Casi me reí de aquello, porque estaba segura de que él me veía como algo parecido. *¡Piedad!* Solo quería que esa lengua empezara a lamerme, pero me estaba jugueteando, provocándome y volviéndome loca.

—¡Liam!

Dejó escapar una risita.

Alargué una mano y le agarré el suave pelo rubio.

—Chúpala... —Era una mezcla de orden y súplica.

En lugar de eso, se apartó, quitándose los pantalones.

—Ven aquí. —Me levantó para que estuviera de pie.

—¿Qué es lo que quieres?

—Que tú también me la chupes.

—Pero... —Me quedé un poco sin palabras.

—¿Ya has hecho el 69, Suelen?

Moví la cabeza negativamente.

—Siempre hay una primera vez... —Se acomodó en el suelo y me hizo un gesto para que me pusiera encima de él.

Me puse a cuatro patas encima de Liam, con la cara justo en frente de su dura verga. En cuanto la tuve entre mis dedos, las pesadas manos del vaquero volvieron a mi culo.

—¡¡¡Ah!!! —No pude contener el gemido cuando por fin empezó a lamerme y chuparme.

Necesitaba tiempo para recuperarme antes de inclinarme y meterme su verga en la boca. El sabor salado de su piel se hizo cada vez más dulce mientras la chupaba y mi excitación se disparó.

Era difícil mantenerla en mi boca, concentrarme en hacerle el oral mientras él me la chupaba simultáneamente. Había oído hablar de esa postura antes, pero pensaba que era algo para adolescentes apresurados que no tenían mucho tiempo para simplemente turnarse en el sexo oral. No me había dado cuenta de que podía ser tan buena.

Liam empezó a acariciarme el clítoris con la punta de la lengua y yo me revolví sobre su cara, mientras mi boca subía y bajaba por su verga, rozándola en mi garganta y saboreando su piel.

No sabría dónde esconder la cara si alguien de su familia entrara en el granero y nos pillara en una posición tan indecente, pero en ese momento definitivamente no pensé en ello, solo quería disfrutar.

Liam separó mis labios vaginales con sus dedos y me chupó el clítoris de una forma que me hizo arquear el cuerpo y echarme el pelo hacia arriba, revolviéndome aún más en su cara. Tuve que esforzarme mucho para seguir chupándosela mientras todo mi cuerpo vibraba con cada sensación.

Su verga se deslizó por mi garganta y acalló un poco mis gemidos mientras hundía aún más su boca en mí. Sus manos grandes y firmes me agarraron el culo y detuvieron los movimientos involuntarios de mis caderas.

¡Ahhhhh!

No podía imaginar que un 69 pudiera ser tan increíble. Nunca me había costado tanto hacerle una mamada porque me la chupaba de tal manera que me sacaba de órbita. Quería sentarme y revolcarme sobre su cara

Me estremecí por completo a medida que se acercaba el orgasmo. Intenté chupársela con más fuerza, pero me resultó difícil cuando su pesada palma golpeó mi nalga con una firme bofetada.

¡Qué locura! Lo que hacíamos era muy pervertido.

Liam me levantó y me tumbó en el suelo del granero. Lo último que me preocupaba en aquel momento era derrumbarme en el suelo mientras me recuperaba de mi orgasmo.

El vaquero me abrió las piernas, colocándolas en forma de V sobre sus hombros, y me la metió.

Puse los ojos en blanco cuando me penetró sin calma ni piedad, con movimientos cada vez más fuertes y rápidos. Sus manos me agarraron el culo y me sometieron a sus embestidas.

Mis tetas se elevaban hacia arriba, a medio camino entre mis ojos y los suyos, y vibraban con cada profundo empujón que me daba. Era completamente imposible no delirar. Acababa de recibir sexo oral, pero me moría de ganas de que me la siga metiendo. Se me pusieron los ojos en blanco y, por muy enfadada que estuviera, no pude resistirme a aquel hombre.

Ni siquiera sabía dónde metería la cara si alguien nos descubría allí, pero no era mi mayor preocupación en ese momento.

Tomé un poco el control y giré, haciendo que se tumbara en el suelo. Apoyé mis manos en su abdomen y Liam me agarró las tetas, apretándolas entre sus dedos.

—Mi turno, vaquerito. —Le sonreí.

—¡Sí! —Me dio una palmada en el culo, haciéndolo vibrar—. ¡Galópame!

—Quiero ver si me aguantas más de ocho segundos —me burlé de él.

—Estoy listo para mostrarte.

Era un idiota, pero no podía pensar en otra cosa que en la necesidad de moverme sobre él. Mi cuerpo se movía arriba y abajo

sobre aquel cuerpo firme, con sus manos apretándome las tetas, y yo solo podía pensar en la calentura y el placer que crecían cada vez más.

¡Piedad!

Tuve que contenerme para no gritar cuando otro orgasmo me recorrió, desgarrando mi cuerpo y dejándome tan plana como si me hubieran dado una patada. Mientras me inclinaba hacia delante, jadeando, Liam llevó sus manos a mi culo y me hizo moverme un poco más hasta que eyaculó dentro de mí.

Busqué sus labios y lo besé mientras disfrutaba de mi propio orgasmo y sentía su leche llenarme.

—¿Así que no aguantaría ocho segundos, eh? —Me dio una palmada en el culo, burlándose de mí.

—Cretino.

—Te gusta mi verga —bromeó.

Sentarme encima de él era peligroso, pero no pude resistirme.

Nos quedamos quietos unos instantes más mientras me recuperaba, hasta que conseguí levantarme de arriba de él.



Liam Collins

Capítulo cuarenta y cuatro

Mis padres no dijeron una sola palabra cuando Suelen y yo regresamos al salón. Ella estaba un poco despeinada y yo le quité una ramita de heno de su cabello dorado, dejando escapar una risita mientras lo hacía.

Ella se sintió completamente avergonzada, pero no dijo nada, temerosa de hacer aún más obvio lo que podría haber pasado entre nosotros dos. Dudaba que después de ese acto ella pudiera pensar en Tyler. Ese cabrón ni de lejos tenía el mismo estilo ni el mismo trato con las mujeres que yo. El hecho de que hubiera ganado ese rodeo fue solo un golpe de suerte que no iba a permitir que se repitiera.

Ella no se quedó mucho más tiempo. Recogió a su sobrino que estaba con mi padre, agradeció el almuerzo y se despidió, volviendo a su casa.

Yo estaba en la terraza, observando la camioneta alejarse en el horizonte cuando mi padre me dio un coscorrón en la cabeza.

—¡Eh!

—Necesitas ponerle orden a tu vida, hijo.

—¿Qué?

—Ella no es un juguetito.

—Nunca dije que lo fuera. —Apreté los labios.

—Pero la tratas a ella y a las demás mujeres como si lo fueran.

—Suelen es adulta, papá.

—Pero ya ha pasado por demasiadas cosas como para que tenga que lidiar con un hombre que no la toma en serio.

—Apuesto a que ella se está divirtiendo mucho. —Sonreí con malicia.

Él me dio otro golpe en la nuca.

—¡Ay!

—No fue ese tipo de hombre el que te enseñé a ser.

—Solo estoy disfrutando de mi vida, papá.

—Imagina que Justin hubiera vuelto para jugar así con tu hermana.

—Lo mataría. —Apreté los dientes, irritado.

—Probablemente Austin querría matarte por estarte divirtiendo con su hermana pequeña, pero desafortunadamente él ya no está aquí. Es un motivo aún más grande para que te comportes.

—Ella es adulta, papá.

—Zoe también lo es.

Me mordí el labio inferior, sin palabras para cuestionarlo. Por más que no quisiera darle la razón, mi padre tenía razón. Si fuera con mis hermanas, jamás dejaría que un tipo se comportara con ellas como yo lo estaba haciendo con Suelen.

—¿Qué quiere que haga?

—Asume responsabilidades.

—¿Qué quieres decir, papá? —Comencé a reír—. Solo falta que me digas que quieres que salga con ella.

—Sí.

—¡Papá! —Recibí otro coscorrón en la nuca—. ¡Ay!

—Hijo —masculló—. Si no es para tomártela en serio, es mejor que dejes de seguirla.

—Existe el sexo casual, papá. No sé si en tu época era así, pero hoy en día simplemente podemos tener sexo... ¡Ay! ¡Mierda, papá, para con eso! —Apreté los dientes, furioso, con la nuca comenzando a latir después de todos los golpes que me había dado.

—¡Póntelo en la cabeza, Liam! La pobre chica ya está sola, no necesita que le arruines la vida.

—Ella se está divirtiendo... ¡Ay! —Me llevé la mano a la nuca. Necesitaba protegerme antes de decir algo más—. ¿Vas a seguir pegándome?

—Hasta que te das cuenta de las tonterías que dices. No querrías que tus hermanas pasaran por eso y apuesto a que Austin tampoco.

—Una pena que él no esté aquí. —Miré al suelo—. ¡Ay! —Resoplé—. Está bien, papá, me callo.

Sabía que protegería a mis hermanas y sobrinas con uñas y dientes, no dejaría que ningún idiota se aprovechara de ellas, pero en el caso de Suelen, mi padre, lamentablemente, tenía razón: yo era el idiota. Aunque no quería dejar de tener sexo con ella, no me veía pidiéndole que fuera mi novia, de ninguna manera.

—Si no vas a tomártela en serio, déjala en paz.

—Pero...

—Austin era un buen chico, aunque seas mi hijo, no voy a permitir que te aproveches de la hermana de él.

—¿De qué lado estás, papá? —Crucé los brazos, molesto.

—Generalmente, no del tuyo.

—Eres mi padre.

—Exacto. Conozco muy bien al hijo que tengo. —Se quedó mirándome un rato más, asegurándose de que entendiera el mensaje, y luego entró a la casa.

Ese juego con ella, sobre todo el sexo, era una delicia. ¿Por qué yo iba a querer parar?


Suele
Jone

Capítulo cuarenta y cinco

Coloqué a Thomy en su cuna cuando llegamos a casa. Había jugado tanto con el señor Collins que terminó agotado. Se quedó dormido dentro de la camioneta y yo lo cargué en brazos hasta el piso de arriba.

Le acaricié la carita antes de alejarme e ir al baño. Estaba completamente sucia y con el cabello que me picaba. Había intentado limpiarme lo mejor posible, pero aún sentía que el sudor se había mezclado con la tierra y tenía trozos de paja pegados a mi piel y ropa. Por eso no me quedé demasiado tiempo en la casa de los Collins. No quería que empezaran a hacer suposiciones sobre mí, aunque estaba casi segura de que lo harían igualmente.

Pero tenía un problema enorme. Cuanto más pensaba que podría resistirme a Liam, más él me demostraba lo equivocada que estaba.

Después de la ducha, donde me deshice del polvo, sudor, semen y pedazos de paja, me fui a mi habitación y tomé mi celular. Tenía mensajes del día anterior de mi amiga Cloé, pero ni siquiera los había visto.

Considerando toda la confusión, me costaba pensar en el celular, además de que me estaba acostumbrando a una vida más

rural mientras estaba allí.

Cloé:

¡Hola, amiga!

¿Cómo van las cosas?

Suelen:

Me estoy acostumbrando.

Cloé:

¡Eso está genial!

Suelen:

Sí. Ya no me parece el fin del mundo.

Cloé:

¿Cómo podría ser el fin del mundo con ese bombón con el que te ves?

Suelen:

No empieces...

Cloé:

¿Dejaste de tener sexo con él?

Suelen:

No...

Cloé:

¡Sabía que no!

Suelen:

¡Basta!

Cloé:

¡Ten cuidado! Ese hombre deja a cualquiera emocionada.

Suelen:

No tienes idea de lo complicado que es.

Es el tipo de gallito que no perdona una.

Cloé:

Sexo sin apegos, jajaja.

Suelen:

Ni esa es la peor parte.

Cloé:

¿Cuál sería?

Suelen:

Es el tipo que canta como gallito y no puede ver a otro en su terreno.

Cloé:

¿A qué te refieres?

Suelen:

Estaba conversando con otro tipo en un rodeo y Liam se fue a pelear con él. Se agarraron a puñetazos.

Cloé:

¡Qué romántico! Estaba celoso.

Suelen:

¿Celoso? ¡Para nada! Es solo un imbécil.

Cloé:

No pelearía con otro sin motivo.

Suelen:

Por lo que escuché de los policías, no es la primera vez que se mete en problemas.

Cloé:

¿Lo hiciste pelear con otro por ti?

Suelen:

¡Claro que no!

¿Qué parte de "quiero estar lejos de dolores de cabeza" no entiendes?

Cloé:

Ese hombre sí me suena a que vale tomar un analgésico.

Suelen:

Estás terrible.

Cloé:

Jajaja. Si fuera tan malo, ya habrías dejado de tener sexo con él.

Suelen:

No tienes idea de lo que ese hombre hace en la cama.

Cloé:

No quiero saber y es mejor ni pensarlo, porque ahora soy una mujer casada.

Suelen:

Eso, hablemos de otra cosa. ¿Cómo va el matrimonio?

Cloé:

Maravilloso. Una pena que la luna de miel no dure para siempre.

Suelen:

¿Cuándo vuelven a trabajar?

Cloé:

Mañana.

Suelen:

¿Emocionada?

Cloé:

¡Claro que no! Lo que quiero es quedarme en la cama con mi marido.

Suelen:

Todavía pueden hacer eso todos los días cuando lleguen de trabajar.

Cloé:

Esa es la mejor parte.

Suelen:

Como las dos tenemos que trabajar temprano, creo que es mejor irnos a dormir.

Cloé:

Besos, amiga, hablamos después.

Suelen:

Hasta luego.

Dejé de intercambiar mensajes con mi mejor amiga y puse mi celular sobre la mesa de noche, dándome vuelta y hundiendo la cabeza en la almohada.

Esperaba quedarme dormida rápido, pero la imagen de Liam venía y se iba en mi mente en una extraña mezcla de pesadilla y sueño. Desde el primer momento que vi a ese tipo, supe que era sinónimo de problemas, pero parecía imposible no meter la pata cada vez que estaba cerca.

Todos decían que el sexo no era lo más importante del mundo y hasta estaba de acuerdo con eso, pero había sexo que era difícil de dejar de pensar.

Lo único que podía desear era que Liam se cansara pronto de buscarme y de volverse loco, porque si no, seguiría cometiendo el mismo error.

***

Desperté muy temprano con el sol brillando y los gallos cantando en el patio. Miré a Thomy en su cuna y mi sobrino seguía durmiendo tranquilo, así que lo dejé allí y bajé a la cocina.

Mary aún no había llegado. Puse agua a hervir para hacer café y fui a cambiarme de ropa. Cuando volví, ella ya estaba en la cocina, colando el café en un viejo filtro que le daba un sabor especial a la bebida.

—¿Te despertaste temprano?

—Sí.

Ni siquiera había dormido bien, pero pensé que mejor no decírselo.

—¿Cómo estás?

—Bien.

—¡Qué bueno! —Me sonrió.

—¿Cómo estuvo ayer?

—John salió a pescar y comimos pescado asado.

—Qué rico.

—Puedo hacer pescado algún día si quieres.

—Sería genial.

—Entonces déjalo en mis manos.

—Gracias.

—¿Thomy despertó?

—Todavía no.

—Voy a verlo en un rato.

Tomé café con ella y comí algunas rebanadas de tocino con huevos. Luego fui a buscar a John.

Seguí con las tareas del rancho, alimentando animales, limpiando el establo y revisando la cerca para asegurarme de que no

hubiera ningún agujero.

Admito que una parte de mí se quedó preguntándose cuándo aparecería Liam, si lo vería sin camisa colgado de la cerca o si llegaría a caballo con ese aire arrogante, solo para molestarme, pero eso no ocurrió.

El lunes pasó y no lo vi. Lo mismo sucedió al día siguiente, y luego al otro. La semana pasó y no vi ni una señal de Liam, como si hubiera desaparecido o se hubiera olvidado de mí...

Era lo que yo quería, ¿verdad?



Liam Collins

Capítulo cuarenta y seis

Mi padre no me dejaba en paz. Realmente parecía decidido a vigilarme para que me comportara con Suelen. Esa fue, sin duda, una de las semanas en las que más trabajé en el rancho. Me pidió que lo acompañara mientras verificábamos el trabajo de todos los empleados. Cargué sacos de comida, limpié establos y todos los días, cuando regresaba a casa, estaba muerto de cansancio y solo pensaba en dormir.

Hasta me olvidaba de la abstinencia porque mis músculos estaban completamente fatigados.

—¿A dónde crees que vas? —me llamó por la mañana, cuando puse la mano en el sombrero y caminé hacia la entrada de la casa sin ni siquiera pasar por la cocina para tomar café y arriesgarme a encontrarme con él.

—A dar una vuelta a caballo por ahí.

—Necesito tu ayuda.

—¡Ah, papá, ¿en serio?!

—Sí.

—Necesito un tiempo para despejarme.

—¡Liam!

—Ya he trabajado como loco toda la semana, papá. —Crucé los brazos.

—Déjalo descansar un poco, Lincoln. —Mi madre intervino por mí y le sonreí en agradecimiento.

—Siempre que no sea al otro lado de la cerca —murmuró mi padre, y en ese momento entendí lo que intentaba hacer.

—¿Me estás manteniendo ocupado para que no vaya tras Suelen?

No respondió, pero solo con la forma en que me miró, supe que sí.

—¡Oh, por favor!

—Ya te he dicho que dejes a la chica en paz.

—¿Me tratas como si fuera un demonio?

—¿Qué pasa? —Mi madre se acercó intentando entender la conversación—. ¿Qué pasa con Suelen?

—¡Nada! —respondí demasiado rápido.

—No quiero que nuestro hijo esté jugando con la vecina.

—¿Jugando? —Mi madre levantó las cejas.

—Mi papá está exagerando.

—¿Lo estoy? —Torció los labios.

—¿Me puedes explicar esto, Liam? —interrogó mi madre.

—Mi papá cree que no debo andar teniendo sexo con la vecina.

—¡Liam! —gritó ella.

—Fuiste tú quien preguntó.

—Pobre chica.

—Somos adultos.

—Él molestó a Zoe, pero cuando se trata de respetar a las demás mujeres, no sabe comportarse —comentó mi padre.

—Qué horror, hijo. —Se giró hacia mí con una expresión de indignación, como si no me conociera.

—Solo creo que mi papá está exagerando.

—La pobre chica perdió a su hermano y está cuidando de su sobrino, no necesita que Liam la ande cortejando.

—Apuesto a que soy una gran distracción para ella.

—¡Liam! —Fue el turno de mi madre de darme un golpe en la cabeza.

—¡Ay! ¿Pueden parar con eso?

—Tu padre tiene razón, déjala en paz.

—¿Ahora tú, mamá?

Ella me miró con una cara seria.

—Está bien —dije, mientras salía de la casa para ir al establo a preparar mi caballo favorito.

No podía ser que mi papá me persiguiera de esa forma solo para evitar que me acercara a Suelen. Eso era, como mínimo, ridículo.

Tomármela en serio, resoplé en mi mente.

Era muy serio cuando estábamos teniendo sexo, al menos esa parte era placentera.

Monté en mi caballo y salí por el rancho, galopando hasta el pasto donde estaban los bueyes de carne para la venta. Di la vuelta por la cerca que conectaba nuestras propiedades, pero no había señales de ella.

Incluso pensé en dejarlo pasar, mis padres podrían tener razón. Seguro que sí, pero yo era lo suficientemente terco como para no ceder.

Si fuera Zoe...

No parecía haber comparación entre Suelen y mi hermana, pero Austin pasó por mi mente. Lo conocía desde hace años, aunque no había nacido en el pueblo, desde que se casó con su esposa, parecía como si hubiera vivido al lado toda mi vida.

Conversábamos con frecuencia, no solo porque teníamos una edad similar, sino también para resolver temas comunes de las

propiedades, especialmente sobre los animales y problemas con la cerca.

Siempre fue un buen tipo y podría decir que nos llevábamos bien.

No salíamos juntos ni nada de eso, porque él estaba comprometido con su esposa e hijo, mientras yo siempre estaba dispuesto a conocer mujeres, pero teníamos una buena relación como vecinos.

No sabía nada de su hermana menor. Suelen no lo visitaba con frecuencia. Una que otra vez lo escuché comentar que tenía una hermana menor en Dallas, pero nunca le presté mucha atención hasta que ella apareció.

La verdad es que me había gustado conocerla. Mucho. Nunca imaginé que una mujer podría volverme loco de tantas formas como ella lo hacía.

Salí de mi rancho y cabalgué hasta el suyo, pasando por la puerta. Bajé hacia la casa principal, pero no la encontré allí. Mary, quien abrió la puerta, dijo que Suelen había salido temprano con su marido y probablemente estaría ocupada con algo de la propiedad, pero no sabía adónde habían ido.

Todo lo que tenía que hacer era buscarla.

Cabalgando hasta el establo, la encontré arrastrando un rollo de heno con un carrito de mano, hasta detenerse frente a las

puertas de madera y pasarse el dorso de la mano por la frente. Parecía terriblemente agotada.

—¿Necesitas ayuda? —Amarré mi caballo en la cerca de afuera y caminé hacia ella.

—¿Liam? —Suelen abrió los ojos como platos al verme.

—Buenos días...

—¿Qué haces aquí? —Apretó los dientes y parecía más furiosa conmigo de lo que me esperaba, considerando todo lo que habíamos pasado.

—En este momento, ofreciendo mi ayuda.

—¿Desde cuándo ayudas a alguien?

—¡Ey! Estabas menos enfadada conmigo el domingo.

—En realidad, tu memoria es corta. Solo te acuerdas de lo que te conviene.

—No exageres.

—Estoy diciendo la verdad.

Intenté tomar el carrito de su mano, pero Suelen siguió caminando, casi pisándome el pie para entrar al establo.

—¡Ey!

—Pensé que finalmente habías decidido darme paz.

—¿Por qué?

—Estuviste desaparecido toda la semana.

—Mi padre me mantuvo muy ocupado.

—¿Tu padre...? Mmm… —murmuró, como si no me creyera.

—Te estoy diciendo la verdad.

—No me importa. —Respiró hondo.

—Suelen. —La tomé por la muñeca y la hice girar para mirarme.

Los reflejos del sol en sus ojos castaños la hacían ver aún más hermosa.

Nos quedamos mirándonos un momento hasta que murmuré algo.

—Es cierto lo que dije.

—No hace falta que inventes excusas. Tal vez pasaste la semana con otra mujer, pero no eres lo suficientemente hombre para admitirlo.

—¡Soy lo suficientemente hombre!

—Ah, ya. Me acordé de lo mucho que odias que lastimen tu ego.

—No tiene nada que ver con eso.

—Siempre tiene que ver.

—¿Puedes dejar de ser tan terca?

—¿Terca? ¿Yo? —Rió en tono burlón.

—Mi papá no quería que me acercara a ti.

—Qué maduro de tu parte echarle la culpa a tu padre.

—Pero es cierto.

—Pensé que eras más hombre que eso.

Apreté los dientes y empecé a resoplar, tan molesto con todo lo que estaba diciendo.

—¿Por qué no puedes simplemente creer en mí?

—¿No te parece ridículo que tu padre no quiera que te acerques a mí?

—No quiere que ande jugando contigo.

Suelen abrió los ojos y retrocedió un paso. No esperaba eso.

—Ah...

El silencio se instaló por un momento mientras nos mirábamos hasta que ella intentó retroceder de nuevo.

—Supongo que debería agradecértelo.

—¿Agradecérmelo? —Me sorprendieron sus palabras.

Mi hermana menor nunca pensó en agradecerme cuando yo hacía todo lo posible para protegerla de ese desgraciado.

—Sí. Tu papá es un buen hombre.

—Yo también soy bueno.

—Puedes ser bueno en muchas cosas, pero no en eso.

—¿Qué quieres decir?

—No hace falta que lo diga.

—¿Me consideras un desgraciado, verdad?

—¿Lo ves? —Ella soltó una risita—. Ni siquiera tuve que decirlo.

—No soy tan así.

—Eres mucho peor, Liam.

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—No quieres que te deje en paz.

—¡Sí quiero!

Tragué en seco, sorprendido de que ni siquiera lo pensara antes de responderme.

—¿En serio?

—Sí.

—El sexo...

—Ya te dije que no eres tan grandioso. —Infló el pecho y sus palabras me golpearon fuerte, como un puñetazo en el estómago

que me dejó sin aire.

—Estás hablando por hablar.

—Tú eres el que se cree mucho y no te das cuenta.

—¿Estás segura de que no me quieres en tu vida? —le pregunté una vez más, porque aún creía que todo esto era solo una actuación, ya que las mujeres nunca me rechazaban.

—Absolutamente.

—Entonces te dejaré en paz. —Retrocedí unos pasos, un poco desorientado, aún procesando todo.

—No sabes el favor que me haces.

—Estoy seguro de que me extrañarás mucho.

—Lo dudo.

Cada frase de ella me dejaba más confundido. No podía creer que quisiera alejarse de mí tanto como lo hacía en ese momento.

Me acerqué tambaleándome a mi caballo.

—¡Que te vaya bien, Liam! —Me saludó con la mano.

No creía que pudiera hablar en serio, pero lo hacía.


Suele
Jone

Capítulo cuarenta y siete

Admito que fue gracioso verlo alejarse como si le hubieran dado una patada. Por el tamaño del ego de Liam, podría apostar que nunca había lidiado con una reacción así antes, pero para mí lo ameritaba.

Pensaba que se merecía un poco de rechazo para dejar de creérsela tanto.

¿Realmente quería que desapareciera? ¡Obvio que no!

El sexo era demasiado bueno como para dejar de pensar en él y admito que me puse un tanto celosa durante la semana, preguntándome si estaría con otra. Me pareció tierno que su padre se preocupara por mí, intentando hacer que Liam se comportara, pero dudaba que el hijo fuera a respetarlo mucho tiempo más.

Dudaba que pudiera pasar todo el fin de semana sin tirarme al suelo y ponerme a cuatro patas, teniendo sexo conmigo como el animal que era.

Dudaba que fuera capaz de cumplir la promesa de mantenerse alejado y comportarse. Podía decir lo que quisiera, pero ya lo había conocido muy bien en esos últimos meses para saber cómo se comportaba el semental de los Collins.

Escuché el relinchar de un caballo y recordé que estaba ahí para darles de comer. Separé el heno y empecé a ponerlo en cada cuadra para que los animales se alimentaran y, pronto, todos estaban masticando ese pasto seco.

Después de eso, continué con mis demás tareas.

No volví a ver a Liam el resto del día, tal vez él fuera capaz de sobrevivir veinticuatro horas sin mí, o quizás ya había encontrado a otra mujer para divertirse. De las dos opciones, la segunda me parecía la mejor, por más que me pusiera celosa.

Después de un largo día de trabajo, volví a la casa, me di un baño y fui a estar con mi sobrino, que jugaba con bloques de construcción. Le encantaba esa caja con piezas de colores y podía notar cuánta curiosidad expresaba.

Perder al padre, cuando ya no tenía a la madre, no era nada fácil, pero afortunadamente, los niños parecían adaptarse mejor. Además, no lo había sacado del ambiente al que estaba acostumbrado, ni de la presencia de Mary y los demás.

Seguía guardando todo el dinero que sobraba de las ganancias del rancho, después de pagar los suministros y los empleados. En unos meses sería una buena suma, pero ya no pensaba tanto en irme.

Las cosas finalmente parecían estar encarrilándose para mí y, aunque Liam me estuviera molestando, estaba construyendo una

vida de la que me sentía orgullosa y no necesitaba escapar.

Al final, terminé entendiendo el verdadero significado de ese dicho que dice que "no hay mal que por bien no venga".

—¿Tía?

—Hola, pequeñito. —Sonreí a Thomy.

—*Aiuda*. —Estaba tratando de sacar una pieza de otra y necesitaba mi ayuda para hacerlo, así que se las quité con facilidad.

—Listo.

—Gracias.

—De nada, mi príncipe.

Antes de la muerte de Austin, jamás me habría imaginado cuidando de un rancho y de un niño pequeño. Todo cambió demasiado rápido, pero estaba feliz de estar manejando todo y ver una posibilidad de futuro y crecimiento.

Mi vida en Dallas no era la mejor de todas, estaba hundida en deudas, con un trabajo de mierda y probablemente acabaría siendo desalojada. Al menos allí tenía una casa y veía el rancho prosperar.

No había tiendas para gastar mi dinero ni mujeres intentando competir en estilo conmigo. Me las arreglaba bien con dos pares de botas y pantalones vaqueros resistentes. Admito que mi vanidad se había quedado un poco de lado, pero ni siquiera parecía tan

importante, especialmente si Liam cumplía la promesa y me dejaba en paz.



Liam Collins

Capítulo cuarenta y ocho

Me senté a cenar con mis padres y me pasé empujando el pedazo de comida de un lado al otro del plato, sin comer nada, mucho menos los espárragos apilados en una esquina.

No podía dejar de pensar en lo que Suelen me había dicho, ella realmente quería que la dejara en paz. Puede que solo fueran unas palabras, pero esas fueron sus palabras exactas. Como si mi padre fuera el héroe y yo el villano.

Por mucho tiempo pensé que lo único que quería era que Justin nunca hubiera vuelto y que mi hermana estuviera en paz. Por más que intentara protegerla tanto para evitar a hombres como yo, no pensaba realmente en el daño que podría causar.

Está bien, la dejaré en paz.

Parecía simple llegar a esa conclusión, pero me molestaba.

—Fuiste a buscar a Suelen, ¿verdad? —Quiso saber mi padre, porque había pasado todo el día fuera.

En parte sí, pero el resto del tiempo me dediqué a pasear por el prado, a pensar y a ir al pueblo a comer. No quería quedarme con mi padre taladrándome la cabeza ni diciéndome lo equivocado que estaba por hacerle a la hermana de Austin lo que no quería que le hicieran a mi hermana.

—Me convenciste, papá. La dejaré en paz. —Resoplé.

—¿De verdad?

—Lincoln, no hace falta ser tan duro con él —intervino mi madre.

—Nuestro hijo ya no es un niño.

No era exactamente por lo que mi padre había dicho, sino por una suma de factores, sobre todo porque ella había dicho que no quería.

Podrían ser solo unas palabras, pero me gustaría verla correr tras de mí y decirme realmente que me quería. Suelen tendría que confesar que me deseaba y que había mentido en cada palabra que me había dicho.

—Ella sería una gran novia... —comenzó mi madre.

—No quiero una novia —la interrumpí.

—Liam...

—No tengo hambre. —Me levanté de la mesa de la cocina, salí caminando hacia la terraza y me hundí en una de las sillas mecedoras.

Me quedé observando el cielo nocturno lleno de estrellas. No estaba de muy buen humor y prefería estar solo.

Estaba distraído y pasó un rato antes de darme cuenta de que mi abuelo había salido afuera y se había acomodado a mi lado.

—La luna está bonita, ¿verdad? —Inició la conversación.

Solo asentí con la cabeza y seguí mirando al frente.

—Tu padre es un buen hombre.

—Nunca dije que no lo fuera. —Solté el aire por la nariz.

—Pero está molesto.

—No tiene que meterse en mis asuntos. —Crucé los brazos.

—Lincoln solo quiere que tú seas un buen hombre también.

—Lo soy... Bueno, la mayor parte del tiempo. —Me recosté en el respaldo de la silla y me dejé caer.

—Si yo tuviera tu edad, también estaría aprovechando la vida al máximo.

—Créeme, abuelo, la estoy aprovechando.

—¡Ah, ya lo sé! —Se echó a reír—. Pero no todas las cosas buenas de la vida se resumen a estar soltero.

—Solo la mayoría de ellas. —Reí.

—En parte...

—¿Te vas a unir a mis padres para decir también que necesito conseguirme una novia?

—Tus hermanos parecen felices, ¿no es así?

—Malcon siempre jugó ese papel de hombre de familia. Las dos se dejaron llevar por el cuento de cualquier imbécil y Jackson siempre amó a Tatiana, solo que él no lo veía.

—Jackson solía ser muy parecido a ti.

—Eso fue hace tiempo.

—Pero él está feliz.

—Así es...

—Tú también puedes ser feliz.

—Soy feliz, abuelo.

—Tu cara dice otra cosa.

—Fue solo porque mi papá me estaba fastidiando.

—¿Seguro?

—Con toda certeza. —Podía afirmarlo con los ojos cerrados y sin titubear.

No iba a extrañar a Suelen, podría tener a todas las mujeres que quisiera.


Suele
Jone

Capítulo cuarenta y nueve

Los días que siguieron fueron más tranquilos, no volví a encontrarme con Liam. Él me evitó como lo hizo la semana anterior, pero al menos esta vez sabía la razón. Una parte de mí pensaba que no podría mantener esa actitud por mucho tiempo, sin embargo, otra parte deseaba que todo siguiera así.

¿No era eso lo que quería?

Necesitaba una vida tranquila sin un idiota interrumpiendo mi paz, pero muy en el fondo, mi boca se hacía agua solo de pensar en Liam.

Él literalmente era el tipo de hombre que no dejaba en paz, incluso cuando ya no me perseguía.

—¡Buenos días! —Bajé con Thomy en brazos y lo acomodé en su silla alta al saludar a Mary, que ya estaba en la cocina.

—Buenos días, ¿cómo fue tu noche?

—Excelente. —Traté de mantener la sonrisa aunque estaba mintiendo.

—Me alegra por ti. —Se giró hacia mí con la mano en la cintura y me dirigió una sonrisa—. Es muy bueno que te estés

llevando tan bien con todo. Ya eres una mujer muy diferente de la que llegó aquí.

—Espero que para bien.

—Sin duda.

—Gracias, Mary.

—¿Quieres que prepare panqueques?

—Por favor.

—Panqueque —respondió Thomy, casi como un loro imitando —. Me *guta* el panqueque.

—¿A quién no? —Sonreí a mi sobrino.

—¿Y los hombres del pueblo? —Mary comenzó un tema que quería evitar—. ¿Todavía no has encontrado ninguno interesante?

—Dejemos a esos hombres en paz. —Moví los labios.

—Me enteré de que conociste a otro vaquero en el último rodeo y a Liam Collins no le gustó mucho.

—Él no tiene por qué gustarle algo de mi vida. —Me limité a mirar, molesta. Liam ya había perturbado demasiado.

—Parece que estás molesta.

—Es un gran idiota, Mary.

—Idiota… —repitió Thomy, haciendo que me volteara hacia él.

—Tú no seas así cuando crezcas.

—Yo voy a crecer.

—Sí, crecerás, Thomy, pero aprende a tratar bien a las mujeres.

—Sí.

—Bueno... —Mary murmuró, asintiendo—. La fama de Liam Collins no es la mejor.

—Ojalá fuera solo la fama.

—Te molestó bastante. —Mary soltó una risita.

—Ni te imaginas cuánto.

—Es mejor si están enojados.

—¿Mejor? —Alcé las cejas, sorprendida.

—Así cuando se reconcilian van a la cama y se agarran...

—¡Mary! —Me incliné hacia adelante para cubrirle los oídos a mi sobrino.

—Apuesto a que ya exploraste el cuerpo de ese vaquero.

La miré con una expresión de sorpresa, pero no pude mentir. La peor parte de vivir en un pueblo pequeño era que los secretos se volvían imposibles de esconder.

—Fue solo un error. —Me hice la desentendida.

—Y vaya error. —Soltó una carcajada.

—¡Mary, estás casada!

—Y tengo edad para ser su madre, lo sé... Aún así, es difícil no mirarlo.

Solo moví la cabeza en señal de desaprobación.

Terminó de preparar los panqueques y los puso en el centro de la mesa acompañados de un frasco de mermelada.

—Gracias.

—De nada.

Primero serví a Thomy y dejé que se manchara con la mermelada mientras yo me servía un poco para mí.

—¿Vas al pueblo hoy? —Mary cambió de tema.

—Necesito pasar por el banco para ver algunas cosas y resolver unos asuntos.

—Si tienes tiempo, pasa por el mercado y tráeme algunos ingredientes que se están agotando en la cocina.

—Claro, solo dame una lista.

—Está bien.

Me alegré de que hubiera dejado de hablar de Liam, ya era suficiente con que pensara solo en ese hombre, no necesitaba más razones para que mi mente se viera perturbada por aquel vaquero.



Liam Collins

Capítulo cincuenta

—Necesito otro rollo de alambre, un saco de clavos... —Me incliné sobre el mostrador de la tienda de materiales.

Había salido temprano del rancho, necesitaba algunos suministros, principalmente piezas para pequeñas reparaciones, clavos, nuevas rejas, tejas. Eso era algo bastante común en mi rutina de cuidado de la propiedad. A veces, más de una vez al mes, regresaba allí a buscar los mismos objetos.

—¿De qué tamaño? —preguntó el empleado, mientras caminaba hacia la estantería en el fondo donde estaban los clavos.

—De los medianos.

—¿Necesitas tornillos también?

—Esta vez no, pero quiero esas rejas de metal para cambiar las del gallinero. No sé cómo lo hacen, pero siempre logran hacer agujeros.

—¿Qué tamaño?

—Dos por dos.

—¿Necesitas listones de madera?

—No. Cortamos un árbol allá en el rancho y todavía estamos usando los restos.

—Está bien.

Tomé todo lo que necesitaba en la tienda de herramientas y lo llevé hasta mi camioneta, que estaba estacionada en la puerta. Organicé todo en la caja de carga y me aseguré de que estuviera bien amarrado.

Jackson, mi hermano mayor, tenía una pequeña colección de esos hermosos autos deportivos, pero siempre venía al rancho en helicóptero. Esos vehículos, por más bonitos que fueran, no tenían la fuerza ni la resistencia para sobrevivir aquí. Reí al recordar al idiota del esposo de mi hermana, que había destrozado la suspensión de uno de esos en las carreteras de la región.

Lo que realmente me gustaba era mi 4x4, espaciosa, grande y fuerte, igual que yo. Cambiaba el modelo cada dos años, generalmente optando por la misma marca, pero nunca me había dejado tirado. Aunque mi familia siempre tuvo dinero, yo disfrutaba de la vida rústica del campo, como mis sombreros y botas.

Estaba amarrando el rollo de malla metálica con una cuerda para que no volara mientras conducía de regreso a casa, cuando vi la patrulla de policía de mi hermano pasar por la calle.

Malcon también me vio, porque se detuvo justo frente a mí y estacionó el vehículo.

—¡Hola, Liam! —Ajustó su sombrero y caminó hacia mí con el uniforme de sheriff.

—¡Hola, hermano!

—¿Cómo estás? —Se detuvo junto a la camioneta y me ayudó a tensar la cuerda.

—Estoy bien, vine a buscar algunas cosas para el rancho.

—¿Nuestros padres necesitan algo?

Negué con la cabeza.

—Mamá solo sigue quejándose de que ustedes se fueron y que esa casa está muy vacía sin los hijos ni los nietos.

—Voy a hablar con Jeniffer para ir a visitarlos hoy, después de que las niñas salgan de la escuela.

—Hazlo. Sabes que si dependiera de mamá, ustedes nunca habrían salido de casa.

—Lo sé. —Malcon rió—. Pero tener tu propia casa tiene sus ventajas.

—Como hacer más hijos —bromeé.

—Para eso tenemos que esperar a que las niñas se duerman. No podemos estar teniendo sexo todo el tiempo como tú haces.

—¿Yo? —Abrí los ojos, haciendo como si no supiera de qué hablaba.

—Me enteré del lío en el último rodeo. Tienes que dejar de ser tan impulsivo, hermano. O la próxima vez vas a pasar varios días

en la cárcel y no habrá nada que yo pueda hacer.

—Ese idiota me estaba provocando. —Apreté los dientes.

—¿Siempre te provocan? —Cruzó los brazos.

—¿De qué lado estás?

—No siempre es fácil estar de tu lado.

—Relájate.

—Créeme, lo intento.

—Yo estoy tranquilo. —Lancé una mirada de desconcierto.

—Espero que sí.

Estaba mirando a mi hermano cuando vi una camioneta azul acercándose en el horizonte. Levanté la vista un poco más y supe que era Suelen, incluso antes de que estacionara.

Hacía un buen tiempo que no la veía, para ser honesto, desde nuestra conversación en la que hizo énfasis en que prefería que me alejara. Todos parecían estar felices con eso, empezando por mi papá, pero aún sentía algo de incomodidad en el estómago.

Aunque no quería mirarla directamente, fue imposible desviar la mirada. Mi expresión se quedó fija, hasta que Malcon terminó girando hacia mí.

—La hermana de Austin...

Afirmé con la cabeza.

—La causa de tu última pelea. —Malcon soltó una risa.

—No fue ella —mentí.

—Te conozco bien, hermano.

—Solo es una mujer.

—Siempre empiezan con "solo es una mujer"...

—Malcon, déjame en paz.

—Como quieras. —Mostró una expresión de desconcierto—. Es bonita, yo apostaría por ella si fuera tú.

—Estuviste hablando con nuestro papá, ¿cierto?

—¿Por qué? ¿Te dijo algo?

—Olvídalo.

—Voy a la comisaría.

—Mándales un beso a mis sobrinas de mi parte.

—Claro. Dile a mamá que pasaré por ahí en cuanto pueda.

—Está bien.

Malcon regresó a la patrulla y yo busqué con la mirada a Suelen, pero ya no estaba allí, se había esfumado de mi vista.

Seguí el impulso de alejarme de mi camioneta y di unos pasos hacia la plaza, hasta donde estaba estacionada la camioneta

que ella manejaba. Suelen no estaba cerca, probablemente había entrado en algún lugar.

¿Qué estás haciendo, Liam?, me regañé en mis pensamientos.

Me había prometido a mí mismo que no iría detrás de ella. Si esa mujer no me quería, no era yo quien perdía, sino ella.

—¡Hola, Liam!

Me giré cuando escuché una voz femenina saludándome desde el otro lado.

—¡Hola! —La saludé de vuelta.

Todavía podría tener a cualquier otra chica, y Suelen era una pérdida de tiempo.

—¿Qué tal si tomamos un milkshake en la cafetería? —Ella cruzó la calle para acercarse a mí.

Estaba a punto de aceptar la invitación cuando vi a Suelen salir del supermercado y poner algunas compras en la caja de su camioneta.

Nuestros ojos se cruzaron por un momento y nos quedamos mirando lo que me pareció una eternidad. Hasta que ella negó con la cabeza, como si hubiera sacado alguna conclusión de mí, y se dio la vuelta, alejándose para entrar al banco.

—¡Liam! —La chica cuyo nombre había olvidado me tocó el hombro para llamar mi atención.

—¿Sí?

—Entonces, ¿vamos?

Negué con la cabeza.

—Tendré que dejarlo para otro día. Tengo que regresar al rancho y llevar este material a los empleados.

—¡Ah! —Su expresión pasó rápidamente de emoción a decepción—. Será para otro día entonces.

—Así es —murmuré, casi automáticamente, mientras le daba la espalda y entraba en mi camioneta, conduciendo de regreso al rancho.

En otro momento no me habría importado, pero en ese momento me quedé imaginando qué estaría pasando por la mente de Suelen.

Mira a ese estúpido coqueteando con otra…, estaría ella pensando.

Siempre había estado con cualquiera, no me importaba lo que pensara nadie, entonces, ¿por qué la opinión de ella hacía alguna diferencia en ese momento?


Suele
Jone

Capítulo cincuenta y uno

Era obvio que el cabrón ya estaba con otra. La mujer ni siquiera trataba de esconder la sonrisa mientras coqueteaba con Liam. Y él, bueno... Mejor no pensar en eso.

Sabía exactamente qué tipo de hombre era Liam desde el principio. John me había avisado, y con cada experiencia que tuve con él, esa advertencia se confirmaba más.

Liam Collins no es hombre de una sola mujer...

Hasta Mary, que se mostraba emocionada al hablar de él, me había advertido sobre la reputación de ese tipo.

Mantenerme alejada de él era lo mejor para mí. Ya tenía demasiadas cosas en las que pensar, no necesitaba más problemas. Me lo había dicho a mí misma un millón de veces, pero en ese momento parecía imposible soltar el deseo.

No podía seguir con ese tipo en mi cabeza solo porque besaba bien y era aún mejor en la cama.

En el fondo, tenía que admitir que me había encariñado demasiado, aunque sabía que era un tremendo error. Liam era el tipo de hombre para una noche y nada más. Ya me había engañado demasiado y no podía seguir así. Quería una vida tranquila en ese pueblo, y no podía olvidarme de que ya no solo se trataba de mí.

Thomy necesitaba mis cuidados y yo era lo más cercano a una madre que él tendría, aunque ninguno de los dos hubiera elegido eso.

Necesitaba un hombre decente, alguien que se preocupara por mí y fuera un buen ejemplo para mi sobrino, no un idiota que siempre andaba coqueteando con todo el mundo.

—Oiga, señora... —dijo el gerente del banco, sacándome de mis pensamientos.

—¿Sí?

—¿Escuchó algo de lo que dije?

Negué con la cabeza.

—Perdón.

—No pasa nada. —Sonrió y me habló con paciencia—. Estaba hablando sobre una línea de crédito que podemos ofrecer para mejorar el rancho...

—Por ahora solo quiero ahorrar el poco dinero que pueda como ganancia. Quizás, algún tiempo más adelante, empezaré una cuenta de ahorros para la universidad de Thomy. Mi hermano querría que lo hiciera.

—Sí, podemos analizar planes de ahorro.

—Sería genial.

—¿Necesita algo más?

—No.

—Lo que necesite, puede contactarme.

—Muchas gracias.

Salí del banco y volví a la plaza. Por instinto, busqué el coche de Liam, pero la camioneta ya no estaba allí.

Probablemente estaría en algún rincón con esa chica, dándose el gusto como el animal que era.

Traté de convencerme de que no me importaba, por más que en el fondo me molestara un poco.



Liam Collins

Capítulo cincuenta y dos

Volví al rancho y me concentré en el trabajo por el resto de la tarde.

No quería ver a Suelen, pero el pueblo era tan pequeño que encontrármela sería inevitable, por más que esquivara el otro lado de la cerca.

Andaba con una sensación extraña, un peso en el pecho y un malestar que no desaparecía nunca. Me preguntaba cuánto tiempo más tendría que lidiar con eso, porque no era algo a lo que estuviera acostumbrado.

No me importaban las mujeres, nos involucrábamos, ellas desaparecían y la mayor parte del tiempo ni siquiera recordaba sus nombres. Sin embargo, esta vez estaba siendo diferente. Tal vez era por lo de mi padre o por todo lo demás.

Intentaba asegurarme a mí mismo que no haría diferencia, que solo necesitaba unos días más para no importarme.

Al final del día, me senté en la terraza y tomé una botella de cerveza, bebiendo poco a poco mientras observaba la puesta de sol.

Disfrutaba del silencio, mi mente vagaba sin preocuparme por nada hasta que vi la patrulla de mi hermano acercarse. Se

detuvo frente a la casa y bajó, ayudando a la mujer y a los tres niños.

Las niñas eran simpáticas, alegres, y cada vez estaban más grandes. Judy solía ser la alegría de nuestra casa y podía entender por qué mi madre la extrañaba tanto.

No pensaba en tener hijos, pero no era porque no me gustaran los niños, sino porque no me veía formando una familia como lo hicieron mis hermanos.

—¡Tío, Liam! —Judy subió corriendo la terraza y dejé la botella de cerveza a un lado, poniéndome de pie para tomarla en mis brazos cuando se lanzó hacia mí.

—Hola, princesa. —Le acaricié el cabello rubio mientras apoyaba su cabeza en mi hombro y me daba un beso en la mejilla—. ¿Cómo estás?

—Bien.

—Qué bueno.

—¡Tío! —Jasmine tiró de la parte de mi pantalón corto y me incliné para tomarla con el otro brazo, sosteniendo a las dos.

La otra pequeña también me dio un beso en la cara.

Me gustaba estar con las hijas de mi hermano, y a ellas también les gustaba estar conmigo.

—¡Qué onda, bro! —Malcon pasó por mi lado.

—Hola. —Asentí con un gesto en la cabeza.

—Hola, Liam.

—Hola, Jen.

Ellos entraron y yo me quedé con las niñas un rato hasta que bajaron de mi regazo para ir a encontrarse con mi madre. Siempre era una fiesta cuando veían a la abuela.

Volví a la silla y tomé la cerveza nuevamente. Pasó un rato antes de que mi hermano apareciera y se acomodara a mi lado.

—¿Quieres un poco? —Le ofrecí la cerveza.

—Ya agarré una para mí.

—¡Genial!

—Pensé que estarías preparándote para el rodeo de la próxima semana.

—Ni siquiera sé si voy a ir. —Fruncí el ceño sin decir nada.

—¿No sabes? —Malcon abrió los ojos como si eso fuera lo más increíble que había escuchado.

—Pues no sé...

—¿Cómo que no sabes, Liam? Siempre vas a todos los rodeos desde que tienes edad para competir.

—La última vez no me fue tan bien.

—No siempre se gana, bro.

—Aun así. No sé. —Alcé una ceja.

—¿Es por lo de Suelen?

—No tiene nada que ver con Suelen.

—Ajá...

—Déjame en paz, ¿sí?

—¿Por qué no te quedas con ella? —Se giró en la silla y me miró fijamente.

—¿Quedarme con ella?

—Está claro que te gusta.

—No tiene nada de claro. —Bebí lo que quedaba de la cerveza.

—Tienes mala cara desde la última vez que te vi.

—Es por el último rodeo.

—Que perdiste por ella...

—No perdí por ella. —Apreté los dientes.

—Ok. —Malcon soltó una risa—. Tú sabrás...

Nos quedamos en silencio por un momento hasta que solté un suspiro profundo y me giré hacia él.

—No soy como tú.

—¿Cómo que no eres como yo? —Alzó una ceja, confundido.

—No soy de los que se casan y forman una familia.

—No existe ese tipo de hombre, Liam.

—Mírate a tí, Malcon: tienes tres hijos, estuviste años buscando una mujer que muy bien podría haberte dejado y escaparse con otro. Si eso no es ser de familia, no sé qué es.

—Es más sobre encontrar a una mujer y querer pasar el resto de la vida con ella.

Giré la cabeza y me hundí en el respaldo de la silla.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro de eso?

—Cuando la necesidad por ella es más grande que por las demás.

—Quizás solo estabas borracho —bromeé.

—Estaba enamorado… y lo estoy.

—Prefiero estar borracho. —Me reí.

—Hay cosas buenas en eso, Liam.

—¿En acostarse con una sola mujer por el resto de la vida?

—¿Con cuántas otras estuviste después de ella?

—Yo... —Me detuve un momento mientras hacía una cuenta mental. Quería decir nombres, pero no me acordaba de nadie—. Eso no importa.

—Ninguna.

—¿Esto es una competencia ahora?

—Claro que no.

—Papá no quiere que me acerque a ella.

—¿Por qué? —Malcon frunció el ceño, confundido.

—Para no hacerle a la hermana de otros lo que no quiero que le hagan a la mía. —Intenté imitar la voz de papá y mi hermano solo se rió.

—Ya entendí.

—Solo tienes que tomarla en serio y papá te va a apoyar.

—Ya estoy harto de este tema. ¿Qué tal si hablamos de otra cosa?

—No se puede evitar este tema para siempre.

—Ella es solo una mujer, Malcon. Tengo otras opciones mucho más fáciles por ahí.

—Y sigues con cara de insatisfecho. Si fuera tan fácil, ya lo habrías dejado ir.

—Yo no toqué el tema. —Desvié la mirada mientras me levantaba—. Voy por más cerveza, ¿quieres?

—No, con esta es más que suficiente.

—Ok.

Aproveché la oportunidad para escapar de Malcon y de ese tema. Estaba harto de oír a la gente decir que yo sentía por Suelen más de lo que era en verdad. Bueno… O de lo que estaba dispuesto a admitir.


Suele
Jone

Capítulo cincuenta y tres

Idiota, gallina, arrogante, creído...

¿Con cuántas mujeres él ya habría estado mientras yo perdía el tiempo pensando en ese imbécil?

Aunque Liam ya se había alejado de mi vida, no logré encontrar la paz que esperaba. En algún momento siempre terminaba pensando en él.

Me sorprendí varias veces pensando en correr hacia él para ver si lo encontraba apoyado en la cerca, sin camisa y con esa sonrisa de idiota que me derretía.

Necesitaba superarlo, seguir con mi vida y sacarlo de mi mente, pero estaba siendo mucho más difícil de lo que imaginaba. Ese imbécil me había robado la cabeza de una manera que no estaba preparada.

Me había vuelto adicta a su beso, a su forma de tocarme, a cómo me hacía temblar y me dejaba flotando. Liam era muy bueno en la cama, mucho mejor de lo que me gustaría admitir, pero eso no debería ser suficiente para afectarme de esa manera.

—¡Tía! —Thomy tiró de la parte lateral de mi pantalón y me di cuenta de que me había perdido en mis pensamientos, mirando la ventana de la sala, observando el cielo nocturno, completamente distraída.

—Hola, Thomy.

—¡*Aiuda*! —Señaló la cremallera de su pantalón—. Quiero hacer pipí.

—Claro, vamos.

Lo acompañé al baño y le ayudé a quitarse la ropa para usar el inodoro. Thomy se estaba volviendo una persona cada vez más independiente y me sorprendía lo mucho que se estaba pareciendo físicamente a su padre.

Austin me había cuidado cuando quedamos huérfanos y ahora era mi turno de devolverle el favor.

Después lo ayudé a cepillarse los dientes y lo llevé a su cuarto, acostándolo en su cuna. Él me miró con los ojos bien abiertos, observándome por un buen rato.

—Ya estás creciendo, ¿qué te parece si empiezas la escuela?

—¿Escuela?

—Sí. Aprenderás, harás amigos...

—¡Quiero ir a la escuela!

—¡Qué bien! Entonces iré al pueblo para ver cómo funciona para que puedas empezar en la clase del próximo año.

—¡Hurra! ¿Tía?

—¿Sí?

—¿Me lees?

—¿Qué libro quieres?

—El del niño de madera.

—¿Pinocho?

—¡Eso!

Fui a la estantería en su cuarto, busqué el libro entre los demás disponibles y me senté en la silla al lado de la cuna.

—Lee, tía.

—Ya voy...

Él estaba ansioso e impaciente, pero se calmó cuando empecé a leerle.



Capítulo cincuenta y cuatro

Mi hermano y su familia se fueron antes de que fuera demasiado tarde y yo me quedé en el mismo lugar, mirando el cielo nocturno desde el balcón.

Todos decían lo mismo, que estaba interesado en una mujer que no era capaz de admitir. Me repetía una y otra vez que ella era solo una mujer como cualquier otra con la que ya me había involucrado. Sin embargo, no dejaba de pensar en ella y eso ya estaba volviéndose insoportable.

Los días pasaban y la necesidad debía disminuir, pero estaba sucediendo exactamente lo contrario. Pensaba en ella y me veía con una necesidad cada vez mayor de cruzar la cerca.

Estaba absolutamente seguro de que solo era porque me decía a mí mismo que debía dejarlo pasar, pero saberlo no parecía suficiente para hacer que parara.

Ni siquiera sé qué hora era cuando me acosté esa noche.

Mis padres no dijeron nada, y eso solo confirmaba que sabían lo que estaba pasando y me dejaron resolverlo por mi cuenta.

Para Malcon, la solución parecía muy simple: decir que me gustaba la mujer y quedarme con ella, pero a mí no me gustaba nadie, o al menos eso era lo que pensaba hasta ese momento y estaba dispuesto a poner las manos en el fuego por eso.

Creía ser el tipo de hombre que nunca caería a los pies de una mujer.

Nunca...

Entonces, ¿por qué no podía dormir?

Me di vueltas de un lado a otro en la cama toda la noche y eso me estaba volviendo cada vez más furioso. No quería que me importara. Literalmente no me importaba, pero en el fondo, tal vez sí me importaba.

—¡Ah! —Gruñí al sentarme, pero mi grito fue apagado por el sonido de un rayo que retumbó en el cuarto y brilló a través de mi ventana.

Me pasé la mano por el cabello, empujándolo hacia atrás, y noté que mi frente estaba sudada. No hacía tanto calor, pero sudaba como si estuviera bajo el sol más ardiente.

—¡Qué mierda, Suelen!

Esa mujer me estaba volviendo loco.

Quizás todo lo que necesitaba era librarme de esa necesidad insoportable.

Me dejé caer hacia atrás y mi espalda resonó en el colchón suave. Todo lo que quería era volver a dormir, pero no parecía que eso fuera a suceder.


Suele
Jone

Capítulo cincuenta y cinco

Me desperté con el sonido de los truenos. Para ser honesta, ni siquiera sabía si había logrado dormir. Después de dar vueltas en la cama, me levanté con el resplandor de un rayo e inhalé profundamente.

Lo mejor es alejarte de él, Suelen. Liam no es hombre de una sola mujer y tú tienes un sobrino que criar, me dije a mí misma mientras me ponía de pie.

Salí de mi habitación y fui hasta la de mi pequeño Thomy, donde lo había dejado dormido después de leerle la historia del muñeco que se convertía en niño. Me quedé un buen rato junto a su cuna, observándolo, hasta que otros sonidos de la tormenta entraron en la habitación, pero, a diferencia de mí, mi sobrino ni se movió, parecía estar en un sueño profundo y tranquilo, sin miedo de la lluvia ni de nada más.

—Ah, pequeño… —susurré, inclinándome y dándole un beso en la frente.

Ajusté la manta sobre él y revisé la almohada, antes de ir hasta las cortinas y cerrarlas para evitar que la luz de los rayos siguiera invadiendo la habitación y lo despertara. Ya con mi insomnio era suficiente por esta noche.

Volví al pasillo. Tenía esperanza de hundirme en mi cama y en algún momento volver a dormir, pero escuché un ruido proveniente del piso de abajo. Al principio pensé que podría ser solo un sonido causado por la lluvia, pero lo escuché de nuevo hasta identificarlo como un golpeteo en la puerta.

¿Quién sería a estas horas de la noche, en medio de la madrugada?

No es nadie, me aseguré, pero al llegar a la puerta de mi cuarto, escuché el golpeteo nuevamente.

Sentí miedo de quién podría ser y, al mismo tiempo, curiosidad.

Ya habían pasado meses desde que llegué allí y había escuchado muchas cosas de los habitantes locales, especialmente sobre tener cuidado, pero parecía ser un lugar tranquilo, sin maníacos atacando en medio de la noche.

Estaba solo con el pijama puesto y decidí bajar así.

Llegué hasta la puerta del salón y la abrí. La lluvia estaba intensa, pero no vi a nadie en la entrada. Era cosa de mi cabeza.

Estaba a punto de cerrar la puerta y regresar al interior de la casa cuando un rayo iluminó el horizonte y escuché un relincho de caballo. La luz de la tormenta reveló a un vaquero montado en medio del diluvio de agua.

—Liam... —No había visto su rostro, pero la certeza fue casi instantánea—. ¿Qué haces aquí? —Bajé los escalones de la entrada y la lluvia con viento comenzó a mojar mi cuerpo, haciendo que mi pijama y mi cabello se pegaran.

—Ven —dijo, acercándose y extendiéndome la mano.

—¿Estás loco?

—Ven pronto.

Miré hacia atrás y cerré la puerta de la casa.

—Thomy está durmiendo.

—Volveremos pronto.

Conocía bien el sueño del niño y sabía que no se despertaría hasta la mañana siguiente, pero aún así me sentí insegura. Al menos quería que eso sirviera como excusa para que Liam se fuera.

—No soy bueno cumpliendo promesas —dijo entre la lluvia.

Parece que yo tampoco lo soy.

Cuando el rayo iluminó su rostro nuevamente, acepté su mano y Liam me ayudó a subir al caballo con él. Había varios lugares mejores, pero no pensé mucho cuando él me acomodó sobre el animal, de frente a él, con las manos rodeando mi cintura y, al mismo tiempo, sujetando las riendas firmemente.

Coloqué mis brazos sobre su cuello y me acomodé sobre sus fuertes muslos, sintiendo su ropa aún más mojada que la mía

mientras la lluvia caía sobre nosotros. Mi parte racional se deshizo en medio de la tormenta cuando nuestras bocas se encontraron.

El vaquero se rindió a mí, sus labios firmes dominaban los míos mientras nuestras lenguas se entrelazaban, y yo podía sentir el sabor de su saliva mezclándose con las gotas de lluvia. Estuve semanas sin besar a ese hombre y no podía saciar la necesidad desesperada que rugía dentro de mí.

Liam bajó con su boca por mi cuello y yo eché la cabeza hacia atrás, estremeciéndome con el contacto de su lengua y el calor de su cuerpo. Me entregó las riendas y tuve que contorsionarme para sostenerlas y mantener al caballo inmóvil.

Con las manos libres, rasgó la parte superior de mi pijama como si fuera papel. Los trozos cayeron al suelo antes de que él se lanzara a mi pezón. Estaba sin sujetador, lo que solo facilitó el trabajo.

—Dijiste que no lo harías más... Ah... —Era difícil hablar con la lluvia, los besos y el delicioso peso de sus manos sobre mi cuerpo.

—Solo ten sexo conmigo, Suelen. —Mordió mi pezón y dejé escapar un gemido estridente, pero fue completamente ahogado por el sonido de la lluvia.

Podría ser malo para cumplir promesas, pero en el sexo...

Levanté su rostro con las manos y volví a traer su boca a la mía, mientras frotaba el fino tejido de mi short contra el bulto de su

bermuda. Sería una gran mentirosa si dijera que no estaba completamente desesperada por más.

Mientras nos besábamos, él se quitó la camisa y pude sentirlo mejor. Sus músculos, su abdomen...

Ese hombre era mi perdición.

Mi short y mi ropa interior tampoco escaparon de su fuerza y se convirtieron en harapos en el suelo embarrado, mientras él me dejaba completamente desnuda sobre ese caballo, justo en medio de la lluvia. Afortunadamente era de madrugada y nadie nos vería así.

Solo podía seguir besándolo mientras Liam abría la bermuda, sacando su verga firme y palpitante. Solté las riendas del caballo y comenzó a moverse, pero no pude tener miedo. Antes de que me diera cuenta, estaba metida en la verga de ese vaquero.

Volví a gemir alto, moviéndome sobre sus muslos y agitando las piernas.

Liam volvió a tomar las riendas y el caballo dio una vuelta con nosotros frente a la casa, pero no era el único que se movía. Con las manos sobre sus hombros, me moví arriba y abajo, con mis tetas mojadas frotando contra su pecho firme y aumentando aún más la loca excitación que me consumía.

Cualquier miedo que pudiera haber tenido de montar desapareció por completo al darme cuenta de que estaba teniendo

sexo con Liam.

¡Piedad!

La lluvia, el caballo, él rasgándome la ropa, todo hacía que el sexo fuera aún más salvaje y delicioso.

No quería perder el control, pero ya era demasiado tarde.

Grité, entregándome a la maravillosa sensación mientras seguía saltando sobre su regazo.

El hijo de puta era demasiado excitante.

La lluvia fría que recorría mi cuerpo no era suficiente para mitigar el calor que me consumía mientras teníamos sexo como animales salvajes.

Liam me despegó de su regazo y pensé que me devolvería al suelo, pero en lugar de eso, me giró y me hizo acostarme sobre el cuello del caballo. Pensé que solo me iba a poner en una posición diferente, pero me encajó de una manera que no esperaba.

—No vas a... ¡AHHHHHH! ¡Mierda, Liam!

Era tarde, ese pene grueso y resbaloso me estaba entrando, invadiendo mi agujero inexplorado. No me imaginaba haciendo sexo anal, mucho menos sobre un caballo y en medio de la lluvia. Pero ese vaquero me había rendido por completo.

—¡Liam! —Abracé el cuello del caballo mientras ese cuerpo musculoso se hundía en mí desde atrás.

Al principio fue algo incómodo, pero pronto el deseo salvaje, combinado con el agua de la lluvia, hizo que me relajara y disfrutara mejor del momento.

Miraba los rayos cruzar el horizonte mientras los truenos ahogaban el golpe del cuerpo de Liam sobre el mío.

¡Ahhhhhh!

Él enterró los dedos en mis nalgas y deliré con el vaivén hasta sentir su líquido caliente llenándome. No tuvo ningún reparo en acabar dentro de mi culo y yo me incliné hacia adelante, tratando de recuperarme de esa locura.

Liam bajó del caballo y me levantó en brazos.

—Mi pijama ya no sirve.

—Por una buena razón. —Se rió.

—¡Eres un idiota! —Caminé hacia mi casa desnuda, desequilibrada.

Todavía sentía el líquido de él resbalando por mi culo y estaba completamente empapada.

—Suelen...

—¡Buenas noches, Liam!

—¡Espera! —Corrió tras de mí.

—No debería haberme sorprendido esto. —Crucé los brazos, apretando los dientes sin importarme estar desnuda bajo la lluvia.

—¿Cómo?

—Que aparezcas solo para meterme la verga y luego irte. Dijiste que me dejarías en paz, pero no pudiste, ¿verdad, semental? Eres tan narcisista que necesitas tener a todas las mujeres a tus pies, sin importar cuántas hayas penetrado con tu verga desde la última vez que lo hicimos.

—Suelen, no es así...

—¿Ah, no? —Solté una risa.

—¡No! No he tenido sexo con otras.

—Mentiroso. No me engañes, Liam. Sé muy bien cómo eres.

—No es mentira.

—Lo dudo.

—Me gustas —Escuché las palabras salir de su boca, pero sonaron tan incrédulas que no pude aceptarlas.

—Estás bromeando.

—No. —Se acercó más y me agarró la muñeca—. Me gustas, o mejor dicho, te amo.

—No intentes jugar conmigo.

—Te lo estoy diciendo en serio.

Abrí la boca varias veces, dispuesta a responderle, pero me quedé completamente en silencio, demasiado incrédula.

—No dejo de pensar en lo mucho que te amo desde que dejamos de vernos. No hay un momento en que no esté pensando en lo mucho que te quiero cerca.

—¿Y las demás?

—Olvídalas.

—No puedes estar hablando en serio.

—Lo estoy.

—¿Eso significa...? —Ni siquiera podía terminar de formular la frase de lo confundida que me dejaron sus palabras.

—Que te quiero para mí, quiero que seas mía.

—¿Tú en un compromiso?

—Sí.

—¿Te escuchas, Liam?

—¡Por supuesto que sí!

—No puedes comprometerte con ninguna mujer.

—Solo necesito que me dejes demostrarte que puedo.

—¿De verdad?

—Sí. —Tocó mi rostro y sostuvo mi cintura. Cuando me di cuenta, ya estábamos entrelazando nuestras lenguas nuevamente.

—Entremos... —murmuré contra sus labios y él asintió, entrando conmigo a la casa.



Liam Collins

Capítulo cincuenta y seis

Estaba en la cama con ella cuando salió el sol esa mañana. Frente a la luz amarillenta que tocaba la ventana, ni siquiera podía imaginar la tormenta que había caído la noche anterior.

Recordé a mi caballo y esperé que hubiera sido lo suficientemente listo como para encontrar refugio por su cuenta.

Me moví y sentí el peso de Suelen en mi pecho. No era exactamente lo que quería, pero al final la desperté.

—Hola —dijo, frotándose los ojos con el dorso de las manos —. ¿Sigues aquí?

—¿Dónde más estaría?

—Pensé que saldrías corriendo en cuanto me quedara dormida.

—¿Por qué haría eso?

—Solo pensé que...

—¿Que estaba mintiendo?

—Sí.

—No lo estoy, Suelen. —Admitirlo se estaba volviendo más fácil con cada segundo que pasaba.

—¿Realmente estás dispuesto a quedarte solo conmigo? —Giró sobre mi pecho y se apoyó en los codos para mirarme fijamente.

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo?

—No tengo prisa por descubrirlo.

—¿No crees que te vas a arrepentir?

—Para ser honesto, no tengo ni idea. —Abrí una sonrisa amarga—. Solo sé que te quiero, te quiero mucho. Llevo días ignorando lo que dicen mi papá y mi hermano, pero no quiero seguir así.

—Mira que soy celosa —provocó.

—Creo que no más que yo.

Nos reímos los dos al recordar lo que había pasado con Tyler.

—¿Aceptas ser mi novia? —Toqué su rostro.

—Déjame pensarlo. —Desvió la mirada, mordiendo el labio inferior y creando algo de suspenso—. ¿Te vas a portar bien?

Solté una carcajada mientras le daba un golpe en el culo desnudo que tenía levantado.

—Puedes estar segura de que voy a hacer muchas cosas, menos comportarme.

—Eres terrible...

—Nunca dije que no lo fuera. —Pasé la mano por su redondo culo, recordando la sensación de estar dentro de ella la noche anterior.

Había salido de casa tan desesperado que no pude controlarme.

Estaba a punto de girarla en la cama y regresar a estar dentro de ella cuando escuchamos un golpe en la puerta.

—¿Suelen, ya te despertaste?

—Sí. Ya salgo. ¿Thomy ya despertó?

—Aún no.

—Ah, genial. Ya bajo, Mary.

—Está bien.

Suelen se deslizó fuera de la cama y no pude evitarlo.

—¡Vuelve acá!

—No...

—Pero acabamos de admitir algo aquí.

—Tengo trabajo que hacer, y tú también.

—Puedes hacerlo más tarde.

—No, no puedo. —Tomó mis pantalones del suelo y me los lanzó. Aún estaban un poco mojados, pero era todo lo que tenía para vestirme.

Se vistió y salió del cuarto. Sin opciones, fui detrás de ella.

—Qué tormenta fue esa, niña. Ni pude dormir anoche. —Escuché la voz de la mujer antes de llegar a la cocina.

—Hola, Mary. —Las mejillas de la señora se sonrojaron cuando me vio sin camisa.

—Parece que tú tampoco dormiste anoche. —Soltó una risa.

Suelen se quedó completamente avergonzada y no dijo nada.

—¿Quieres una taza de café, Liam?

—No, señora, gracias. Me mandaron a casa. —Reí al mirar a Suelen.

—¿Qué pasó? Quédate para el café.

—No te eché. —Suelen intentó esquivar.

—Más o menos.

—Qué exagerado. —Me tiró un trapo de cocina que estaba sobre la mesa, y me reí a carcajadas.

—Voy a hacer panqueques —comentó Mary.

—Me encantan los panqueques. —Me senté en la mesa cerca de Suelen y tomé su mano—. ¿Sabías que ahora somos novios,

Mary?

—¿Novios? —La mujer casi dejó caer la cafetera.

—Así es.

Mary miró a Suelen, y ella solo asintió con la cabeza, avergonzada.

No imaginaba que fuera tan fácil admitir que estaba comprometido con una sola mujer, pero tal vez Malcon tenía razón, y quizás esta fuera una fase diferente, pero, al mismo tiempo, buena de mi vida.


Suele
Jone

Capítulo cincuenta y siete

Meses después...

—¡Ay, mierda! —balbuceé al ver el resultado de la prueba de embarazo entre mis dedos.

No esperaba ser madre en ese momento, pero tampoco podía decir que habíamos tomado todas las precauciones. Desde que Liam y yo empezamos a salir, el sexo era algo frecuente y muchas veces frenético.

Pensé que me enseñaría a montar a caballo, pero prefería que montara sobre su regazo. Salía más con vestido y casi siempre sin ropa interior cuando estábamos juntos.

No podía quejarme, porque me encantaba.

Liam era el mejor novio de todos, especialmente cuando hacíamos el amor.

A las otras mujeres, que no les gustaba nada que el principal galán del pueblo se comprometiera conmigo. Les dolió. Sin embargo, en esa competencia, yo había ganado y estaba más que feliz con ello.

Thomy también estaba contento de tener un tío, ya que siempre que podía, Liam pasaba tiempo con él y le daba un poco de

la presencia masculina que mi sobrino tanto necesitaba desde la muerte de su padre.

Salí del baño con el test en el bolsillo y me dirigí a mi cuarto a arreglarme. Liam y yo saldríamos a hacer un picnic esa mañana de sábado, y Thomy estaba con Mary, quien, desde que supo de nuestro noviazgo, se había convertido en nuestra principal fan.

Aún pensaba en cómo contarle que estaba embarazada, pero todas las formas que se me ocurrían me ponían bastante tensa.

¿Y si no era lo que él quería?

¿Y si nuestro castillo de arena se desmoronaba?

Estaba demasiado feliz y no quería que eso cambiara.

Me puse un vestido, mis botas de cuero y me apliqué protector solar antes de bajar a la terraza. No tuve que esperar mucho hasta que él apareció en el horizonte montado en su caballo.

—¡Buenos días! —Esa sonrisa brillaba más que su cabello rubio.

—Buenos días, amor.

—Ven. —Extendió la mano para que subiera al caballo con él.

Envolví mis brazos alrededor de su torso ancho y Liam giró la cabeza para besarme.

—¿Por qué no te vienes al frente? —murmuró.

—Tranquilo...

—¿Por qué?

—¿Adónde me vas a llevar?

—Sorpresa.

—Entonces, vamos ya.

—Está bien.

Movió el caballo y salió a galope, lo que me hizo gritar cuando tomó impulso y saltó la cerca, entrando a su propiedad y siguiendo a paso rápido hasta que nos detuvimos cerca de un arroyo.

—¡Estás loco!

—Admite que fue divertido. —Se rió.

—Podría haberme caído.

—Te habría sostenido.

Bajamos cerca del arroyo, donde vi una manta a cuadros y una cesta de picnic, que sería nuestro desayuno.

—¿Fuiste tú quien preparó todo esto?

—¿La comida?

Asentí.

—Claro que no. —Se rió—. Pero mi madre es una genia.

—Ah, lo sé.

Los Collins ya me trataban bien de antes, pero después de que Liam anunció nuestra relación, se volvieron más cercanos y me acogieron como si fuéramos familia. Después de haber perdido la mía, nada me hacía más feliz que encontrar a tantas personas dispuestas a recibirme y cuidarme.

Bajamos del caballo y nos acomodamos sobre la manta a orillas del río.

El día estaba hermoso, con el cielo muy azul y el sol aún suave, sin dañar la piel.

Sentía el pecho lleno de alegría, mientras que la tensión y el miedo me hacían sentir nerviosa.

Liam se inclinó para besarme, pero antes de que su boca tocara la mía, le sujeté los hombros y lo empujé hacia atrás.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Necesito contarte algo.

—¿Que no dormiste pensando en mi boca...?

—¡Liam!

—Está bien. —Se rió—. ¿Qué pasa?

Respiré profundo y él notó lo tensa que estaba.

—¿Pasó algo? —Acarició mi rostro, obligándome a mantener la mirada fija en la suya.

—Sí, pasó.

—¿Qué? —Ahora fue él quien se tensó.

Solté el aire con fuerza y esperé algunos segundos para reunir el valor de contarle.

—Suelen... —Insistió para que hablara.

—Estoy embarazada, Liam.

—¿Embarazada? —Abrió los ojos como platos.

Asentí.

Debería haber medido mejor las palabras, pero no podía pensar en otra forma de decírselo.

—Sé que no lo planeábamos, pero...

—¡Ey! —Me dio un beso—. Es una gran noticia.

—¿En serio? —Fue mi turno de quedarme sorprendida.

—Sin duda, este es el momento perfecto para hacerlo. —Sacó una caja de terciopelo de su bolsillo y me quedé paralizada.

—Vas a...

—Suelen, ¿quieres casarte conmigo?

—¿Hablas en serio?

—Nunca hablé tan en serio en mi vida.

—¡Sí! Claro que quiero. —Le tiré los brazos alrededor del cuello y empezamos a besarnos.

Pensé que Liam me pondría el anillo en el dedo, pero la caja de terciopelo cayó en la hierba cuando sus labios se encontraron con mi cuello y yo me estremecí mientras sus manos se deslizaban por debajo de la falda de mi vestido.



Liam Collins

Epílogo

Seis años después...

Estaba sentado en la terraza, tomando mi cerveza bien fría mientras veía a mis dos hijos correr uno detrás del otro sobre la hierba, junto con el primo mayor. Aunque Thomy sabía que no era hijo mío ni de Suelen, nosotros lo habíamos criado y él se sentía como si lo fuera. Siempre estaba cuidando de sus hermanitos más pequeños.

—Quién te ha visto y quién te ve, vaquero. —Escuché la voz de Malcon antes de girarme al sentir su mano pesando sobre mi hombro.

—¿Que yo también puedo ser padre?

—Se trata más bien de que te hayas tranquilizado.

—Fuiste tú quien me dijo que valía la pena.

—¿Te arrepientes?

—Para nada.

Malcon sonrió antes de darme una palmada en la nuca.

—Llama a los niños, vamos a almorzar.

—¡Genial! —Me levanté—. ¡Niños, vengan, ya está listo el almuerzo!

Subieron las escaleras corriendo y pasaron por mi lado; apenas tuve tiempo de evitar que uno de ellos tropezara y se diera de lleno contra el suelo de madera.

—¡Tengan cuidado!

—Está bien, papá.

—¡Niños! —murmuré, y Malcon se rió.

Nos reunimos alrededor de la mesa del comedor. Ese día, la casa estaba llena, como a mis padres les gustaba. Todos mis hermanos, hijos y cónyuges habían venido a almorzar. Se escuchaban risas de niños por todos lados y me di cuenta de que todos estábamos bien y felices, exactamente donde debíamos estar.

Me acerqué a Suelen y la tomé por la cintura, atrayéndola hacia mí. Ella dejó su cabeza sobre mi hombro.

No podría haber imaginado que una mujer llegaría a ese pueblo solo para ponerme límites. Sin embargo, como me dijo Jackson en el tiempo de mi matrimonio, todos nos rendíamos en algún momento y encontrábamos una nueva forma de ser felices.

Sí, yo era muy feliz.

—Te amo —murmuré a Suelen.

—Yo también te amo —me respondió.

El vaquero había sido domado, pero eso me mostró una nueva forma de ser feliz.

Informazioni sull'autore

Jéssica Macedo, 29 anni, è brasiliana e fa parte della classifica Under 30 di Forbes Brasil, la classifica dei giovani più promettenti del Paese. Vive a Belo Horizonte con il marito, la figlia e tre gatti. Scrive per bambini e adulti, fantasy, avventura, romanticismo e, soprattutto, letteratura hot, un vero fenomeno editoriale tra i lettori.

È una delle autrici più vendute su Amazon in Brasile e in Europa e i suoi libri sono disponibili in sei lingue. Jessica ha iniziato a scrivere all'età di nove anni ed è diventata autrice all'età di 14 anni con l'uscita del suo primo libro, "Vale das Sombras". Con oltre 200 libri pubblicati, è scrittrice, editrice, designer e sceneggiatrice. Ha partecipato all'adattamento di uno dei suoi romanzi, “Eternamente Minha”, in un lungometraggio

trasmesso sulla piattaforma Cinebrac. Oggi Jéssica è il nome principale di un team di autrici, in maggioranza donne, che compongono il catalogo del Portale Editoriale Grupo, da lei fondato a partire dalle sue esperienze in altre case editrici.

Scopri gli altri libri dell'autore sui social.

Facebook - http://www.facebook.com/autorajessicamacedo/

Instagram - www.instagram.com/autorajessicamacedo/

Sito web dell'autore Amazon - https://www.amazon.fr/stores/J%C3%A9ssica-Macedo/author/B07FVVRC1X


Jéssica
Macedo
escritora

Leggi anche:



Link: https://amzn.eu/d/e9l2cHJ

Sinossi:

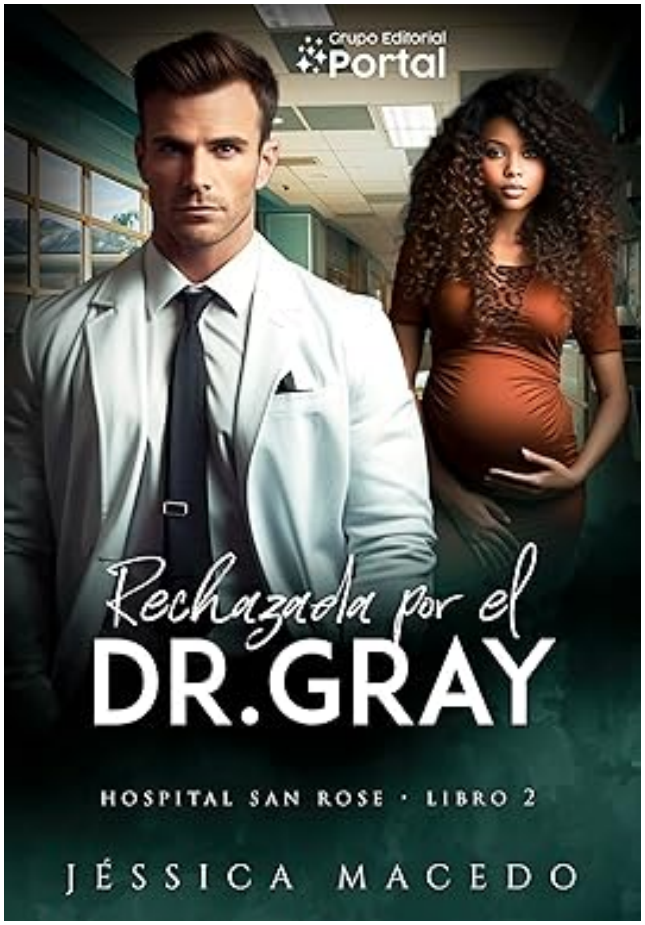
Llegó a su vida, derribando sus barreras, pero se fue llevándose su corazón...

Khalid Al Saud es algo más que un médico con talento, es el príncipe heredero de una de las familias más poderosas de Medio Oriente. Al llegar al hospital San Rose de Miami, su objetivo era claro: aprender de la renombrada oncóloga Cristine Clark y aplicar esos conocimientos a su país, pero Khalid carga con un oscuro secreto que amenaza su vida.

Cristine nunca imaginó que el arrogante y misterioso doctor tendría tanto que ver con ella. Lo que empezó como una

colaboración profesional se convirtió rápidamente en algo más profundo y peligroso. Su romance estalla, aunque Khalid intenta mantener las distancias.

Pero todo se desmorona cuando el secreto sale a la luz y Christine tendrá que enfrentarse a las consecuencias de amar a un hombre que quizá nunca vuelva, mientras lucha por recuperar lo que es suyo por derecho.



Link: https://amzn.eu/d/fPHZ78c

Sinossi:

Guapo, arrogante y lo bastante rico como para actuar como si fuera el dueño del mundo, el doctor Gray era odiado por la enfermera Yasmin Jackson.

Ivan Gray es un neurocirujano de renombre y heredero del hospital San Rose. Soltero empedernido y mujeriego, a diferencia de su hermano gemelo, nunca había pensado en comprometerse con nadie.

Yasmin Jackson es una enfermera dedicada que trabaja en uno de los hospitales más grandes de Miami. Es amable y querida por todo el personal y los pacientes, pero no soportaba tener que

lidiar con el heredero prepotente del hospital. No quería asistir a un cóctel elegante de inversionistas, pero su supervisora insistió en que la acompañara. Después de unas copas de más, la tensión sexual entre ella y el doctor Gray estalló.

Al día siguiente, ambos prefirieron fingir que nada había pasado, pero fue imposible cuando Yasmin descubrió que estaba embarazada. Ivan decidió no creerle y rechazó la posibilidad de que el bebé fuera suyo.



Link: https://amzn.eu/d/fOMSkzX

Sinossi:

Debería haber sido el día más feliz para una pareja, pero él le rompió el corazón...

Ian Gray es el director general del hospital San Rose, una institución que su familia fundó hace años. Detrás de su apariencia impecable y distante, esconde una herida profunda que lo ha sumergido en un mar de amargura.

Priscilla Menezes tenía el corazón hecho pedazos por el hombre que alguna vez creyó que era el amor de su vida. La dejó plantada en el altar, sin darle una sola explicación, dejándola con un vacío inmenso. Días después, descubrió que estaba embarazada, pero él no quiso escucharla, ni siquiera cuando intentó contarle que

iba a tener una hija, fruto de ese amor con el que una vez se ilusionó, pensando que sería eterno.

Nunca imaginó que volvería a ese hospital, ni mucho menos que se reencontraría con el hombre que la destrozó. Sin embargo, un accidente con su bebé la dejó sin opciones, aunque sabía que no estaba preparada para enfrentarlo de nuevo, ni para lidiar con el dolor de su rechazo.

Social network (dall'editore)

Sito web dell'editore:

https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram:

https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook:

https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br